

Nueva era

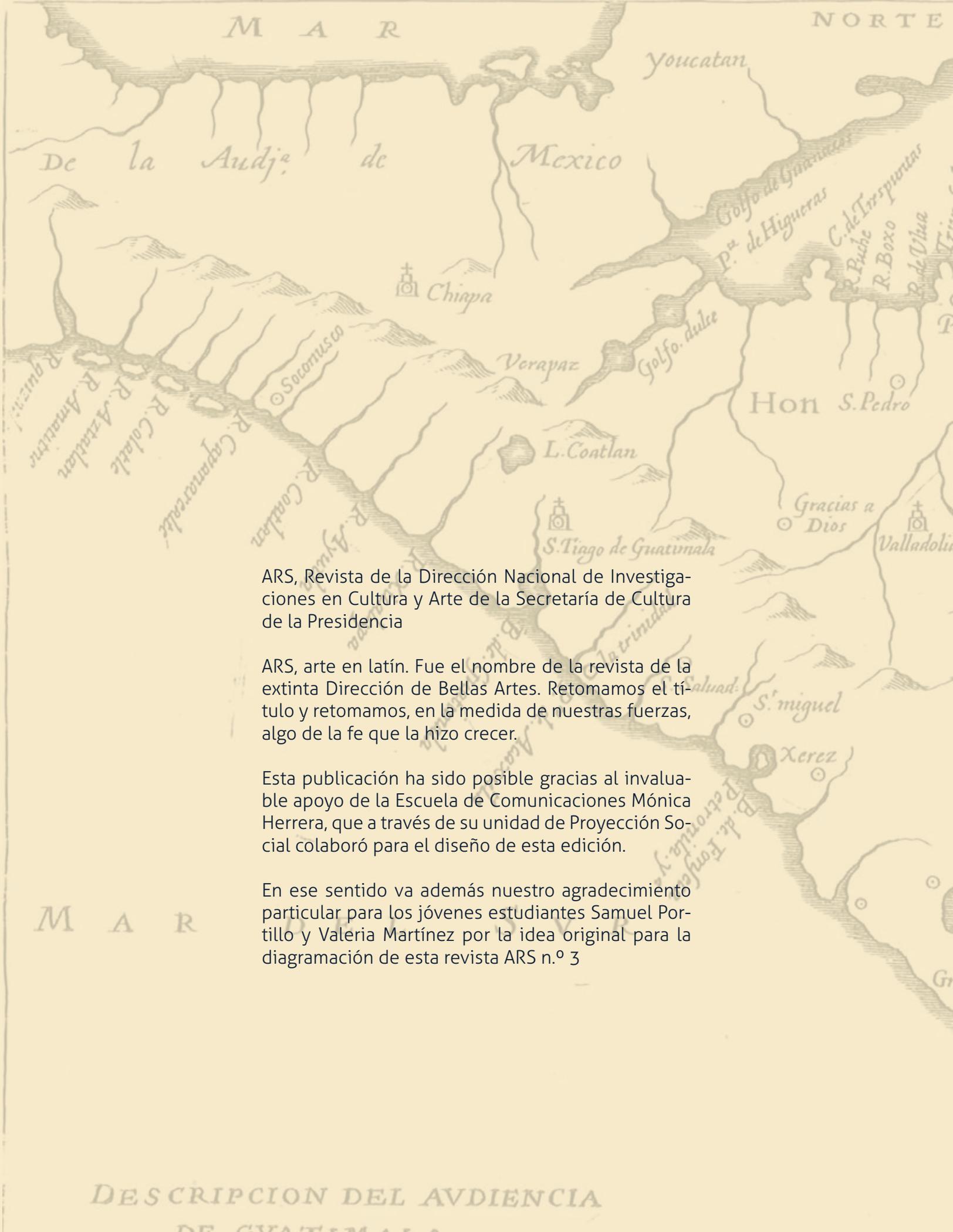
Número 3

Año 2013

ARS



Secretaría de Cultura de la Presidencia
Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte

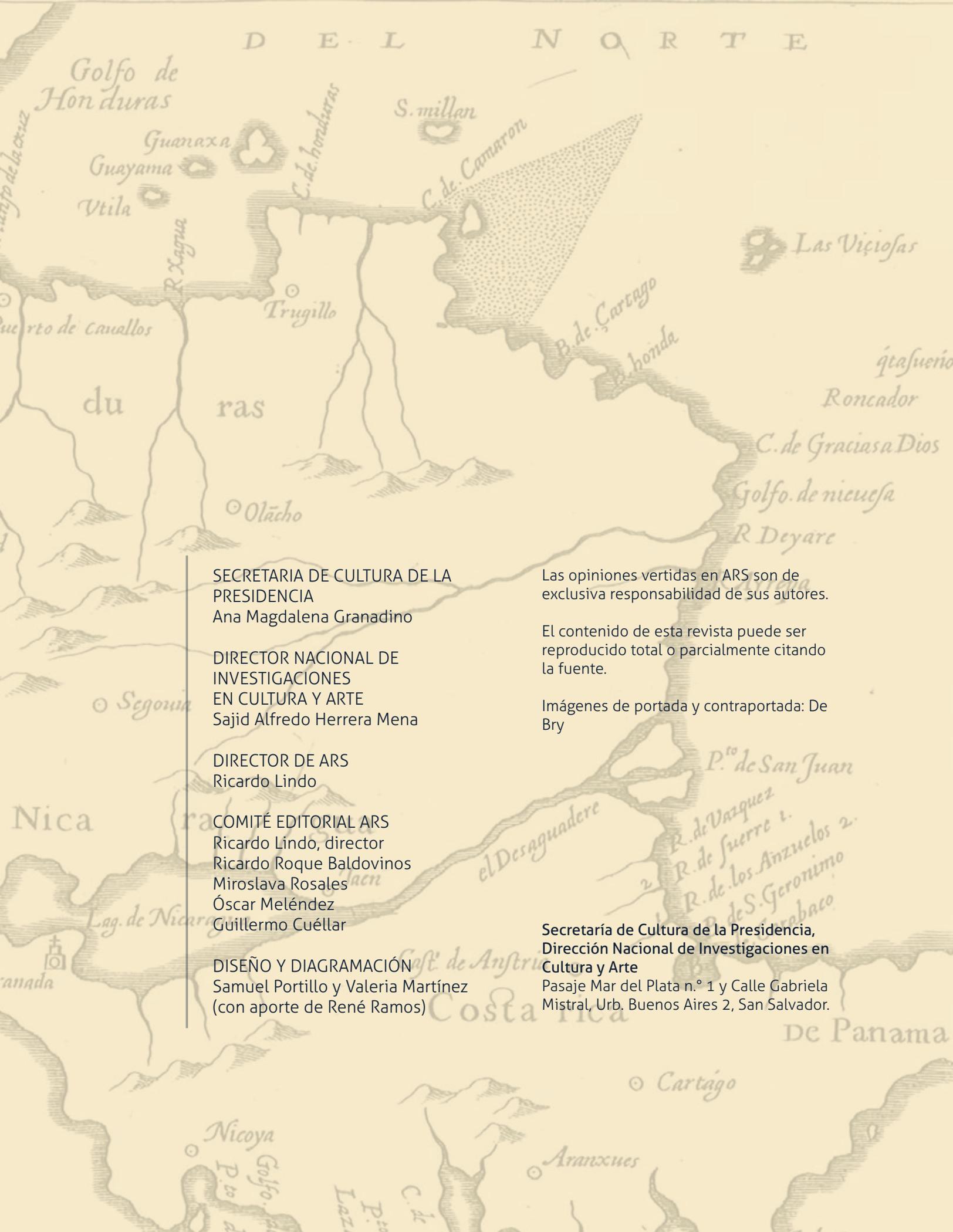


ARS, Revista de la Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte de la Secretaría de Cultura de la Presidencia

ARS, arte en latín. Fue el nombre de la revista de la extinta Dirección de Bellas Artes. Retomamos el título y retomamos, en la medida de nuestras fuerzas, algo de la fe que la hizo crecer.

Esta publicación ha sido posible gracias al invaluable apoyo de la Escuela de Comunicaciones Mónica Herrera, que a través de su unidad de Proyección Social colaboró para el diseño de esta edición.

En ese sentido va además nuestro agradecimiento particular para los jóvenes estudiantes Samuel Portillo y Valeria Martínez por la idea original para la diagramación de esta revista ARS n.º 3



SECRETARIA DE CULTURA DE LA
PRESIDENCIA

Ana Magdalena Granadino

DIRECTOR NACIONAL DE
INVESTIGACIONES
EN CULTURA Y ARTE

Sajid Alfredo Herrera Mena

DIRECTOR DE ARS
Ricardo Lindo

COMITÉ EDITORIAL ARS
Ricardo Lindo, director
Ricardo Roque Baldovinos
Miroslava Rosales
Óscar Meléndez
Guillermo Cuéllar

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Samuel Portillo y Valeria Martínez
(con aporte de René Ramos)

Las opiniones vertidas en ARS son de
exclusiva responsabilidad de sus autores.

El contenido de esta revista puede ser
reproducido total o parcialmente citando
la fuente.

Imágenes de portada y contraportada: De
Bry

Secretaría de Cultura de la Presidencia,
Dirección Nacional de Investigaciones en
Cultura y Arte

Pasaje Mar del Plata n.º 1 y Calle Gabriela
Mistral, Urb. Buenos Aires 2, San Salvador.

ARS

06 EDITORIAL

08 PÁGINAS MODERNISTAS

LA CRÓNICA MODERNISTA
EN EL SALVADOR.
Ricardo Roque Baldovinos

- 10 Crónicas
- 41 Sonetos de Venus Púdicas
- 43 Una historia de amor

48 PROSAS Y VERSOS DE HOY

- 48 ARGUMENTOS MEDIANAMENTE
ESTÚPIDOS O BELLAMENTE
INHUMANO
Aníbal Cerón
- 52 EL GRITO DE LOS CONFUNDIDOS
Roger Guzmán
- 54 MEMORIAS DEL EDÉN
Ronald Rivas
- 55 LA PURÍSIMA
Elena Salamanca
- 63 REGALOS
Miroslava Rosales
- 63 POR MUCHOS AÑOS
Armando Molina
- 65 EL POEMA
Carlos Santos
- 70 FLOR PARA ROQUE
Silvio Rodríguez

71 GALERÍA FOTOGRÁFICA
Augusto Vásquez

76 LIBROS

76 PROCESOS DEL ARTE EN EL
SALVADOR
Sajid Herrera

78 AGUA INHÓSPITA
Elena Salamanca

78 LA INSURRECCIÓN DE MARIANA
Juan Rodríguez

82 LAS ABUELAS
Juan Santos de la Cruz

82 AUTORES

85 ILUSTRADORES

EDITORIAL

Más de un año ha transcurrido entre la ARS II y este número tercero. Las dificultades tanto materiales como de personal lo han ido postergando contra nuestra voluntad, pero esperamos retomar el ritmo a partir de ahora.

Venimos con una redefinición de la revista, si bien no se aparte esencialmente de lo que ya era.

Dado que ARS es un órgano de la Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Artes y que la revista está desde su nombre dedicada a las artes, se impone incluir trabajos de carácter investigativo en estas áreas, yendo en pos de lo ignorado o de lo injustamente postergado, si bien, asimismo, publicando las creaciones de los autores del presente y de los valores emergentes en particular. Otro punto es dar cabida a lo cosmopolita y más específicamente a lo centroamericano

Bien podemos pues seguir indagando en la historia desde los terrenos del arte, servirnos aun de los grabados del editor holan-

dés De Bry, de ese fantasioso “retrato” de la América que hallaron los conquistadores y a través de los cuales los europeos entre los siglos XVII y XVIII creyeron conocer nuestro continente. Y, junto a esos grabados, veremos los graciosos dibujos de la pintora salvadoreña Licry Bocard.

Esta vez de la mano del Dr. Ricardo Roque, investigador de la Secretaria de Cultura, seguiremos ahondando en la independencia literaria de América Latina, o sea en el movimiento literario del Modernismo que, separándose de los cánones españoles, va a marcar su impronta incluso en España. Y podemos recordar que el joven Rubén Darío inició su magisterio en San Salvador y fue acompañado por un joven salvadoreño, Francisco Gavidia, cuyo magisterio a su vez Darío reconoció generosamente desde la cima de su éxito.

Hurgando en olvidados arcones, Ricardo Roque hace volver a vida para nosotros algunas páginas evocadoras y va ahondando en ese fruto extraño del Modernismo, la crónica, los textos escritos por escritores y poetas para las pasajeras páginas de revistas y periódicos.

Aquí estos autores del pasado suelen evocar su propio pasado y van poblando de añoranzas un El Salvador que ya había dejado de existir.

Estos vívidos relatos nos hacen saber algo no de la gran historia sino de la menuda historia, de los usos y costumbres de un tiempo ido. Y en la llamada Postmodernidad, que ha desviado cabalmente su atención a lo pequeño, dejando a los grandes hombres con sus espadas y sus hazañas encerrados en sus dorados marcos (recordemos por ejemplo la “Historia de los modales a la mesa” de Michel Foucault), estas breves estampas vuelven a cobrar una actualidad inesperada. Escucharemos luego ecos de una historia de amor cuyos protagonistas son parte de la historia literaria del istmo... Y de ahí vamos a los jóvenes autores que piensan, hacen versos, narran historias, separándose ya de esas polaridades políticas y con frecuencia politiqueras que marcaron la literatura del tiempo de guerra y la inmediata postguerra.

Visitaremos asimismo la obra de autores contemporáneos con trayectoria y leeremos una página que el célebre cantautor cubano Silvio Rodríguez dedica al célebre poeta salvadoreño Roque Dalton y a su familia para concluir, antes de pasar a la sección LIBROS, con una galería del fotógrafo mexicano-salvadoreño Augusto Vásquez que nos da un vívido relato de la guerra que asoló a El Salvador en fechas aún recientes.

LA CRÓNICA MODERNISTA EN EL SALVADOR

Ricardo Roque Baldovinos

¿Qué significa entonces ser moderno a finales del siglo XIX en El Salvador? Esto lo comprenderemos mejor si revisamos la personalidad literaria de Arturo Ambrogi, uno de los nombres obligados del modernismo salvadoreño. A diferencia de otros escritores que se definen como hombres de letras, es decir capaces de combinar la escritura de obras poéticas y de ficción con la investigación científica o la reflexión filosófica, desde el comienzo de su carrera Ambrogi pretende que se le reconozca exclusivamente como literato. Y su género predilecto no es ni la poesía lírica ni mucho menos el drama histórico, sino un extraño híbrido con que el mundo de la prensa había contribuido a la literatura: la crónica. La revista *El Fígaro*, que edita junto a Víctor Jerez entre 1894 y 1895, es ya una revista predominantemente literaria, donde la crónica constituye un ingrediente protagonista, aquel que permite conectar el valor estético con una cotidianidad marcada con la letra impresa del periodismo.

La crónica ya no pretende tratar temas elevados, ni hacerlo desde una perspectiva seria o erudita. Antes bien, muchas crónicas de finales del XIX podrán parecernos ligeras y hasta frívolas. Ambrogi no tiene vergüenza de admitirlo; porque la crónica implica la elección de otra mirada, la búsqueda de otros temas de inspiración literaria. Hombres de letras serios, como Francisco Gavidia, tratan en sus poemas o dramas de llegar a verdades fundamentales, a los grandes sentidos que pueden asentar el establecimiento de la joven patria sobre bases sólidas. Las tramas, los personajes, los objetos son siempre expresión de algo más, de sentidos fundamentales, trascen-

dentos: la razón universalizante o la esencia histórica que define la particularidad nacional. La crónica, por su parte, implica la búsqueda de inspiración precisamente en lo fugaz, en lo cotidiano, en lo evanescente, en el confuso fluir de impresiones que posibilita el mundo de finales del siglo XIX, donde las distancias y los tiempos se achican, y donde la existencia de las personas se ve marcada por un flujo creciente de mercancías: objetos novedosos y fascinantes, sin marca de origen, ni sentido unívoco. ¿Cómo hacer sentido de ello? Gavidia cree que es posible elevar el vuelo a las moradas del ser, Ambrogi se sumerge en el aluvión de los nuevos tiempos porque está convencido que con el nuevo modo de escritura se puede arriba a un nuevo tipo de verdad.

Mucho más que el cuento, será la crónica el verdadero laboratorio donde la escritura narrativa moderna se forjará. Encabezan esta selección tres textos cuya inclusión considero oportuno explicar. El primero de ellos es una crónica de Joaquín Méndez publicada en *La juventud* en 1880, quien en un día en que manifiesta estar escaso de asuntos hace un recorrido visitando a los colegas de otros periódicos. Allí nos podemos tener un atisbo de cómo está organizado el mundo de la imprenta de entonces. La segunda crónica la publica Rubén Darío diez años después en el último número de *La unión*, que describe un viaje por la campaña sonsonateca. Se titula extrañamente "El libro del trópico" y, en cierto sentido, viene ser una anticipación del importante libro homónimo de prosas poéticas que Ambrogi elaboraría casi veinte años después. Nuevamente vemos la conexión di-

recta que se establece entre escritura modernista y el movimiento vernáculo. Pero también esta crónica evidencia las tensiones que este espacio de enunciación imponía al artista, pues en realidad se trata de un refrito de otra crónica que Darío habría publicado algunos años antes en Guatemala, a propósito de otro paisaje¹. La tercera crónica de la selección es la titulada "La fiesta de los muertos" publicada también en La unión, pero con el pseudónimo Chic, por un autor que no hemos podido identificar. La factura apresurada e incompleta de esta crónica delata su procedencia periodística, pero ello no invalida su habilidad para captar el detalle al vuelo y hacernos revivir con particular efectividad impresionista las sensaciones de su momento. Las crónicas de Rubén Rivera nombre con cierto lustre en la política pero oscuro en la literatura sorprenden por su agilidad y la capacidad para captar el detalle. Más consagrados son los nombres de los restantes cronistas seleccionados: Román Mayorga Rivas y Vicente Acosta, nos entregan crónicas de costumbres donde se despliega una mirada etnográfica sobre costumbres populares. Finalmente, tenemos una muestra de crónicas tempranas de Arturo Ambrogi, algunas publicadas con nombre propio o bajo el de Conde de Paúl, pseudónimo que empleó en la revista El fígaro. La atención de Ambrogi en estas crónicas es la textura de la vida de la capital, el contraste entre su ritmo todavía pueblerino y su ansioso sueño de transformarse en una urbe moderna.



¹ Darío publicó esta crónica con el título de "El trópico" en El Imparcial, No. 109, de 12 de Septiembre de 1889, p. 2.

Crónicas

Una visita a los colegas de la capital

Joaquín Méndez

Hay momentos en que la imaginación no sirve de nada. He visto oradores que se quedaron con la boca abierta cuando iban a hablar; ¡terrible aprieto! He visto estudiantes que quedaron en la misma actitud a la primera pregunta del réplica, ¡horribilísimo aprieto! He visto por el estilo una infinidad de seres representando diversos papeles; pero nunca he visto aprieto semejante a aquel en que se encuentra un pobre cronista cuando nada hay que decir de nuevo. Y si no, véanme ustedes: —en este momento, mi imaginación se pasea desde San Jacinto al cementerio, pasa por todas las calles de la ciudad, las examina... y ¡nada, señor! si se exceptúa lo que ya han dicho mis otros compañeros y que yo callo por no llevarme lo de ellos.

Pero vamos más allá de la parte exterior de las casas, penetremos en las redacciones de periódico.

Entremos en el despacho de la Imprenta Nacional, habitación de cuatro de nuestros colegas, y veamos lo que pasa.

El Diario Oficial, serio siempre, está meditando en si será estable la paz de que hoy disfrutamos; se pone silogismos demasiado concluyentes, y satisfecho exclama:

“todo va bien”.

El Imparcial, acalorado y enérgico, grita que Guardia es esto y que Guardia es lo otro; este no anda con silogismos, este se va al grano y sólo a él.

El Pueblo, con su calma habitual y como quien no quiere la cosa, está disponiendo concluir la camorra que le han armado o que él ha armado; está registrando un rollo de antiguos papeles, a los cuales es él muy aficionado.

El Diario de Avisos, es el polo opuesto de los demás colegas: va de un extremo al otro de la habitación; se le oye murmurar nombres de zapateros, boticarios, dueños de almacén, etc., etc.; de repente dice que el patrón Lagos ha recibido chales para las muchachas bonitas; que Morales está dispuesto a hacer botas de verdadero oro, en caso de que así se lo pidan, conforme la última moda; que en el almacén Aguilar y Serrano “encontrará todo ciudadano un surtido muy cabal de azadones, tachuelas, machetes”... y otros comestibles; que Niebecker ha recibido muchas medicinas frescas y demás drogas medicamenticias; que la compañía de gas ofrece sus servicios lumínicos, con lo cual constituye una utilísima novedad; que avisa al público que admite anuncios a precios módicos; en fin, el periódico de avisos es un loro; bien cumple con su cometido.

Pero abandonemos la Imprenta nacional, dejemos la sección oficial, y tomemos la calle de la Aurora.

Llegamos ya a la Imprenta del Comercio; entremos en ella. Encontramos a La Nación con la salud un poco alterada, razón por la cual se ha visto obligada a no salir de casa los días primero, diez y veinte de cada mes; sin embargo, promete que pronto que cese el impedimento, aparecerá ante el público

como antes lo hacía, es decir, sirviendo con la lealtad los intereses que representa. En cambio de La Nación se ostenta gallarda La Opinión Pública, cuya estatura ha aumentado notablemente. Este periódico dice que ha sido liberal, que es y lo será, aunque le corten la cabeza; agrega que es enemiga del retroceso y que no ha emprendido una cruzada de violencias, etc. Haciendo la venia a la señora Opinión y deseando a La Nación pronto restablecimiento, salgamos de la Imprenta del Comercio y dirijámonos a la de La Paz, en la calle de Concepción.

Entramos en una pieza entapizada y cubierta con cielo raso, en cuya esquina derecha se levanta, con la altivez del pensamiento libre, una prensa de regulares proporciones. Preguntamos si está en casa el colega El Cometa, a lo cual se nos contesta que no vive en la Imprenta de La Paz, sino en una casa que está al frente de la plaza de San José, casa en cuyo zaguán se ve un letrerito ovalado que dice: Administración de El Cometa. Nos dirigimos a este punto, y encontramos al cofrade con su habitual modo de ser; siempre amante de la libertad, dice que prefiere irse al infierno, antes que transigir con ideas contrarias a las suyas; que él desea de todas veras se acabe la camorra que existe entre él, La Opinión y El Pueblo. Después de las preguntas que están de moda, tales como el estado de fondos de su administración, el número suscriptores que tiene, si está subvencionado, si la casa en que vive es propia, etc.; nos retiramos, tomando el camino para la Universidad, donde preguntamos si por fin es de esta vida el periódico universitario que hace días se proyecta por los amantes del progreso;

pero el tío Escobar nos dice que todavía, no es tiempo de que tengamos el gusto de saludarlo, sin embargo de que nos asegura que muy luego le veremos aparecer en la arena y que vivirá mucho, porque todo el mundo tiene mucho entusiasmo por él.

Un poco desairados, porque fuimos a buscar periódico donde sólo hay proyecto, tomamos la calle de Minerva, pasamos por en frente del Palacio Nacional y llegamos a casa de Proaño, es decir, a casa The Times. El buen caballero Times está escribiendo artículos sobre "las manos", "los pies" y otras importantes partes del cuerpo humano; su chispa para esta clase de trabajos es admirable; tiene pendiente una cuestión de "pies y manos", o de "manos y pies" con E. López, quien por cierto tiene mucha gracia en sus artículos jocosos. ¡Ah lectores! no quisiéramos separarnos ni un instante del agradable y simpático Times; pero la tarde empieza a caer y antes de que la noche venga y tengamos que servirnos del admirable alumbrado de la compañía que anuncia el Diario de Avisos, marchémonos. Salimos de casa de The Times, y volviendo a la esquina del Palacio, por donde acabábamos de pasar, nos encaminamos a una casa de alto, que es de la propiedad de La Linterna y que se ostenta frente a nuestro Parque central, que para no confundirlo con los otros muchos que hay en la ciudad, se le había agregado otro adjetivo, como por ejemplo, nacional, de modo que dijera "Parque central nacional". Entramos en una de las piezas que dan a la calle, y encontramos al joven Barrieri, le preguntamos si podemos ver al colega La Linterna. Luego se nos presenta este, haciéndonos los ho-

nores que debe y trabamos conversación. Dice que, aunque su estatura no es como la de La Opinión, La Linterna puede ser un faro y solo su modestia puede hacer que lleve aquel nombre. Nos despedimos con muestras de sincera amistad y estimación, y salimos de la casa de altos, volviendo a pasar por la casa del picaresco Proaño.

Colocamos en la esquina del General Hernández, doblamos sobre la derecha y vamos al colegio del Dr. Reyes. Preguntamos por El Recreo, y poco después se nos presenta. Sus finos modales y su aire apacible no son suficientes a encubrir las huellas que le causan sus estudios sobre Geología, que han venido a interrumpir los que con tanto empeño y tan buen gusto había emprendido sobre historia patria. De su mesa de redacción han huido los papeles rotos de tiempos pasados, los cuales han sido reemplazados por pedazos de roca, pececitos chamuscados y otras curiosidades que actualmente ofrece el lago de Ilopango. Desearíamos estar mucho tiempo con El Recreo, pues verdaderamente recrea; pero ha oscurecido u quién sabe qué tal nos vaya en la cuadra y media que nos falta para llegar a nuestra casa, situada en la calle de La Libertad, antes Candelaria, casa casi contigua a la Imprenta Nacional, lugar donde concluiremos nuestra excursión periodística. Despidiéndonos cordialmente del colega del colegio, nos dirigimos a nuestra redacción, que por ser la última en edad, dejamos para postrera visita.

Estamos, pues, queridos lectores, en casa. Ved, aquí está el pobre redactor de La Juventud inventando excursiones periodísti-

cas para llenar lo que le falta de material. Y es que es cosa dura como una piedra, eso de que estén pide y pide originales. Cuando los cajistas están así, os aseguro que no los aguantaría ni el mismo diablo.

¡Uff! qué cansados estamos! No habiendo más que tratar, suspendamos aquí nuestra excursión, yéndonos cada cual a su casa; pues si siguiéramos, el cajista nos diría: "alto; que es demasiado".

Hay momentos en que la imaginación no sirve de nada... Ahora me desdigo de lo que dije al principio, y digo con todo mi corazón: "La imaginación siempre sirve de mucho".

(*La juventud*, Entrega VI, marzo de 1880, p. 94-95)

El libro del trópico

Rubén Darío

En el campo

El tiempo caluroso me hace estar en el campo, y escribo estas líneas bajo una arboleda por cuyo ramaje se ve lleno de sol el ancho cielo sin nubes. Ir al campo, ¡qué deleite! Todo artista ama esta verde y libre república, donde cantan a su gusto los pájaros del aire. Un buen amigo me dijo: "Y bien! deseas clima fresco, tranquilidad, azul arriba, verde abajo, una hacienda que es un preciosidad? Vente a la mía". Y en efecto, esa misma noche no dormí casi, pensando en la partida.

A las cinco de la mañana ya estaba yo despierto.

–Buenos días compañero: ¿listo?

Una ráfaga de aire matinal me trajo el aliento de los caballos que en la puerta piafaban, aliento que anima el viaje, con el ruido metálico del freno que la lengua de las bestias hace bailar entre los dientes. En la madrugada, allá, pálida, pálida, se iba alzando el alba, y al estirar a la altura del cielo claveteado de oro los brazos desnudos, el sol que venía despacio, todavía tras los montes orientales, le sonrosaba los dedos húmedos que se estremecían apagando las estrellas.

Caminábamos silenciosos en la alegría de la aurora. –Mi acompañante, Víctor, hombre

charlador y ocurrente, interrumpía a veces la falta de conversación con algún alegre pensamiento, mientras los cascos de las bestias o repicaban en los pedregales, o chapoteaban en el fango negro. En cuanto a mí, yo soy triste, yo soy meditabundo. Sobre todo, cuando siento más cerca las misteriosas palpitaciones de la naturaleza, el vaho de la tierra, el soplo del bosque flechado por el sol, el mar, la tempestad.

Y ya pasábamos bajo el toldo de una selva, ya subíamos una elevada pendiente lodosa, en tanto que la sangre del pájaro, ardiente con el amanecer, ponía la música del buche sobre las ramas verdes, en los nidos tibios, como una diana trémula y dulce por el despertamiento forestal.



¡Soberbia vida del trópico, por vida mía! Se levantan agrupados, solemnes, altos como para que en sus cumbres se aniden las nubazones que como enormes águilas negras llevan sobre ellos las borrascas, gordos árboles, repleta de savia la carne henchida de sus troncos, unos jorobados, llenos de bifurcaciones en que florecen orquídeas salvajes y frescas, otros erguidos como columnas de un peristilo, o agobiando el ramaje ancho y grueso por las colgantes y hermosas espesuras de las lianas, semejantes a cabellos sueltos al viento, o a gigantescas charreteras encrespadas.

Ese italiano Paolo Liroy, que ha observado con exquisita percepción la armonía de



las montañas y de las selvas, saborea con paladar de sabio artista las distintas expresiones de las aves. Podría, con adorable puerilidad, hacer notar en estos boscajes combinaciones de trinos y de gorjeos en que estos pájaros de la América Central ponen algo de crepúsculo cálido y dorado que saluda, del ambiente que flota como llevando en sus alas sueños y ardores. Y luego, cuando tras la jornada del día, la tierra caliente se prepara a recibir el rocío de la noche, el stri stri de las cigarras, antes favoritas de las gentes de Grecia, puebla el espacio y se forma un concierto adormecedor en el campo, propicio para los que piensan en las cosas lejanas y misteriosas que se esfuman lejos, lejos, así, en una polvareda de oro que se desvanece en la sombra invasora.

Huiiiii... huiiiii... Sobre un árbol pomposo cantaba un pequeño pájaro triste. Caminábamos. A un lado había una hondonada profunda, donde sonaba el viento entre las ramas; al otro, una altura cubierta de vegetación. A la luz solar que inundaba de fuego el azul, se veían colinas no muy lejanas, redondeadas como caderas femeninas, con el vello esmagdino del césped, del pasto tierno, por donde, como culebras morenas, suben las veredas. Por una de ellas venía bajando una india con el busto desnudo, como un repujado bronce; anduvo, anduvo, dio vuelta a un recodo, se acercó por fin, la encontramos cerca; india adolescente, llevaba de la cintura a media pierna una manta roja a rayas azules; con los brazos alzados, la canéfora salvaje sostenía sobre su cabeza un cesto cubierto de hojas de bananero, y cuando iba,

temblaban firmes y nacientes, en el florecimiento de sus catorce años, sus pechos menudos como los de Psiquis.

Como estamos en agosto –cuando aquí es invierno– se ven levantarse a lo lejos, casi imperceptiblemente, con amontonamiento de cúmulos, las nubes que anuncian las lluvias. Llegamos a una quebrada que, rodeada de verdores, desliza pausadamente, sus corrientes enturbiadas por el pasado aguacero. Un árbol caído, grande como un obelisco egipcio, sirve de puente a los que emprenden el camino a pie. Las caballerías nuestras se detienen a la orilla, haciendo sonar con sus cascos delanteros las guijas del agua. Tienen sed: les quitamos los frenos, y así sorben haciendo sonar los tragos como un movimiento rítmico del gargüero que se hincha. A veces resoplan, y lanzan de los belfos vibrantes un esparcimiento de rocío que brilla en el aire al sol.

El compañero me habla de la hacienda que dentro de poco aparecerá delante de mi vista, y habla iluminando la descripción con sus carcajadas chispeantes. Nada más pintoresco que su pintura, sus proyectos y el bravo humor que produce su franca risa bon enfant. El es el propietario. Una hacienda, chico un paraíso! Y con aire algo gascón: –Ahí escribirás un libro que será el mejor de los tuyos! Se sube por cuestas admirables, se pasa por riachuelos cristalinos, cerca de los cuales garlan las avecillas de Dios; se cruza por entre balsamares tupidos que de sus heridas emergen un perfume delicioso, y luego, al salir de un recodo, vense en la altura las casas de la hacienda, desde donde se divisa a un lado

el gran Izalco, con su penacho de humo como el plumero de un yelmo, y al otro, azul o verdoso, tendido como el paño de un billar, el Pacífico vasto.

Después de la quebrada, subir. Subimos por una cuesta lodosa, donde ha quedado reluciente y profunda la huella de una troza, que arrastrada por una yunta de bueyes, sacaron los labradores de la floresta. Parecía el rastro de una enorme serpiente fantástica, de esas que en las tradiciones populares del país, habitan cuevas profundas, bajo barrancos inaccesibles, monstruos que sorbiendo el aire atraen un toro y que sólo mueren si el buen Dios, como Jove a Encelado, les lanza sus rayos. Subimos. Nada más grandioso que esta vegetación lujuriente que nos rodea; el árbol de hoja menuda y ancha base, balancea su copa de manera sacerdotal, la caoba que da su rica madera acanelada, el “cortés” florecido de flores amarillas, murmuran, sin metáfora, murmuran frases misteriosas en su incomprensible lengua de vegetales eólicos. Subimos. Aparece al lado del camino una choza rústica y pajiza; por entre la puerta entreabierta vemos unos cuantos campesinos alrededor de un buen fuego, cuyas llamaradas de oro danzan loca y alegremente. Mazorcas de maíz tierno se asan despidiendo un olor apetitoso.

Las perlas del maíz hinchadas por el calor revientan con un ruido crepitante y en cada grano dorado resalta un punto negro. ¡A la gracia de Dios! Las buenas gentes nos ofrecen de sus mazorcas, y a poco continuamos nuestro viaje, comiendo al paso el sabroso y primitivo desayuno.

He aquí el cuadro que luego apareció a mi vista. Sobre dos colinas juntas que traían a la imaginación una estupenda forma calipigia, y en las cuales armonizaba en la luz toda una sinfonía en verde, la gama decreciente, el cardenillo, el verde gay, el verdinegro alimonado, el verde amarillo que es tierno y jocundo, resaltaban como manchas movibles unos cuantos bueyes blancos y alazanes, con el alazán boyuno y fino que raya en metálico y resplandece en la claridad de las campiñas. La pastura estaba fragante y nueva, y llegaban las agudas puntas de las hojas apiñadas hasta rozar las barrigas redondas y repletas. Un toro joven, de pitones retoñantes, mugía con mugido de triunfo y el eco resonaba entre los montes con son de cuerno. El sol ya picaba y subía relumbroso como el centro celestialmente bruñido de una adamantina coraza arcangélica. Sus rayos caían oblicuos sobre la extensión reverdecida e iluminaban los matorrales, los céspedes y las pequeñas agrupaciones de pasto que con su color vivo y resaltante parecen hechas a espátula por un capricho paisajista. Sobre todo pasaba una ráfaga de vida, un efluvio de fecundidad, y el claror solar resplandeciente al través de las cercanas arboledas fingía la reverberación espléndida de una decoración feérica.

Gozo de los tiempos, triunfo de la bella vida natural... Comencé conversando, conversando una especie de discurso a lo Don Quijote, como aquel de las armas y de las letras. Al recitar iba el *Beatus ille quid procul*, etc., cuando divisé una casa risueña y enigmática al modo de la zorrillesca de Juan Torrea, en la cima de un montículo.

Eran las casas de la hacienda. Subíamos conversando: –Con que...

(*La Unión*, No. 172, lunes 9 de junio de 1890, pp. 1-2)

La fiesta de los muertos

Chic (Pseudónimo de autor desconocido)

A la puerta del Cementerio

Las cuatro de la tarde.

Desde el relleno de piedra y tierra que tiene alrededor de su tronco la vieja ceiba que está a la puerta del Cementerio, se veía un oleaje de cabezas, un movimiento de colores, un hormigueo de gente. Nosotros llegamos a las cuatro de la tarde. Todavía era tiempo de adornar las tumbas. La muchedumbre empezaba a llenar el lugar de los muertos. La tarde llena de sol, prometía un tiempo delicioso. De tanto en tanto llegaba un coche cargado de visitantes. Los coches de Manzano y Castaña hacían su agosto el primero de noviembre.

Rodeaban la ceiba muchas gentes del pueblo, y abundaban las vendedoras de dulces y frescos. Por ahí andaban también mozos que llevaban helados en sus tubos de hojalata. El murmullo de las voces hacían un ruido de hervor. De repente, entre las indias de rebozos rojos y los buenos obreros que llenaban el frente del Panteón, aparecían las hermosas damas rosadas, vestidas de negro. En la puerta del Panteón, a cada lado, había dos mesas con bandejas para limosnas. Arri-

ba, los dos ángeles blancos que guardan la entrada, levantaban silenciosos y enigmáticos, sus delgadas trompetas de metal.

Las tumbas

Al penetrar en el recinto del Cementerio, lo primero que llamaba la atención, era el mausoleo de doña Jacinta Gutiérrez, adornado como estaba con tristes coronas de rosas pálidas, rosas tristes y fúnebres en que el color se desmaya.

Cerca se miraba el de doña Rosario de Zaldívar, lleno de guirnaldas verdes de ciprés.

Dos damas vestidas de luto, hijas de la difunta, concluían en ese momento de adornar el lugar sagrado en que estaban los huesos de la madre.

El monumento del General Gerardo Barrios estaba espléndidamente decorado. Espesas coronas de ciprés, de esas flores amarillas de oro que llaman inmortales, coronas de violetas, y de hojas doradas y negras. El mártir estaba ahí, tendido en el lecho de piedra. Cerca de él, arrodillada, con el rostro triste, doña Adela, –siendo el alma del hermoso grupo que cinceló un hábil artista,– tenía en el blanco rostro sus eternas lágrimas de mármol.

La generalidad de las tumbas estaban con adornos, pero en la calle principal del Cementerio, estaban las mejores.

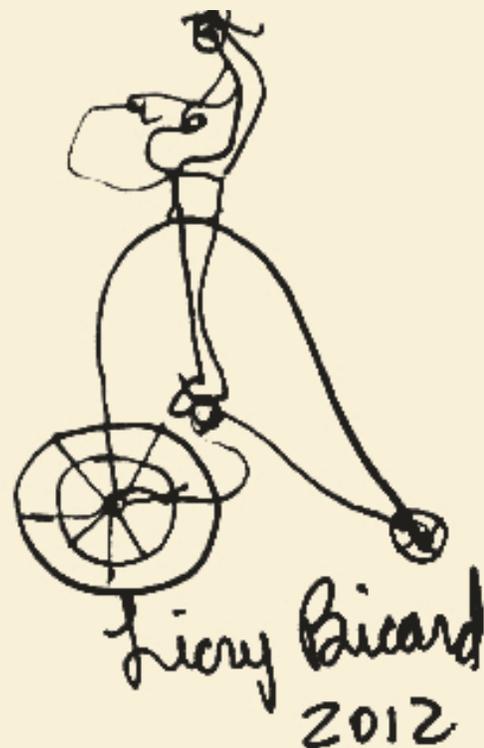
Tuve ocasión de visitar el subterráneo de las familias Dorantes y Ojeda, gracias a la amabilidad del doctor de Machón. El mausoleo es magnífico como lo saben los que le han visto. Está rodeado de una reja de

hierro. Para descender al subterráneo se entra por una puerta que queda al lado sur.

Cuando bajé al interior, había dos distinguidas señoras que concluían de arreglar en los distintos nichos, los adornos y las flores. Eran coronas negras, guirnaldas varias de rosas y pálidas mariscalas.

Entre las otras tumbas recuerdo el bonito obelisco de los niños Trigueros, en piedra gris. Estaba decorado con coronas amarillas de inmortales y de flores varias. La tumba de Emilia Cromeyer, guirnaldas negras.

Las dos de las familias José María y Antonio Peralta, que tienen buenos altos relieves en mármol, tenían profusión de cipreses, inmortales y coronas negras.



Familia Tomás Aguilar, cipreses, rosas y flores varias.

Sara Zaldívar de Aguilar, corona de cipreses entremezcladas con heliotropos y flores varias.

Familia Emilio G. Palomo, coronas de musgo, rosas e inmortales.

General Santiago González, corona de inmortales y flores varias.

Familia Meléndez, coronas de inmortales. Era una tumba suntuosa.

El monumento de Morazán, en el cual sobre la urna que guarda sus restos se yergue su soberbio busto, estaba abundantemente ornado de rosas, coronas de inmortales y cipreses. Vi a varios visitantes que al pasar frente al lugar donde reposa el héroe, se descubrían.

Familia Chacón, cipreses y coronas negras, blancas y de inmortales.

Sor Mercedes Valdés, coronas de cipreses y rosas, flores varias. Este mausoleo estaba artísticamente adornado.

Josefa Peña, multitud de coronas de inmortales, cipreses y flores varias.

Carlos E. Desponds, artísticas coronas de siempre vivas—inmortales y cipreses.

Familia Bogen, corona de cipreses y rosas blancas.

Doña Gabriela C. de Chacón, corona de cipreses, de rosas blancas y de inmortales.

Don Francisco Bustamante, estrellas blan-

cas argentadas, en fondo negro, coronas de plata, negras y cipreses e inmortales.

Sería imposible poder dar una idea exacta, una descripción minuciosa de todo el cementerio en este día de los muertos.

El cementerio protestante

He nombrado arriba tumbas que están en el pequeño cementerio protestante, como la del pobre y querido Carlos Desponds. Todos los muertos de este lugar tenían flores, o cipreses, o guirnaldas de luto.

La concurrencia

A cada minuto la concurrencia aumentaba, concurrencia de personas distinguidas y de gentes del pueblo. Se formaban grupos pintorescos y no faltaba la nota cómica.

En ciertos recodos había buenos obreros sentados en el suelo, cerca de canastos de flores.

Algunos carpinteros concluían pequeños túmulos de madera. Ardían aquí, allá, velas. Los pobres tienen sus modos y costumbres para con sus difuntos.

La escuela de Cabos y Sargentos, vestida de gala, llegó a las cinco y media.

Entre personas principales que recuerdo haber visto, estaban la familia del doctor Carlos Bonilla, nuestro distinguido colega de El Pabellón y la del doctor de Machón, rector de la Universidad; el doctor don Darío González, director del Instituto Nacional, el doctor don Julio Interiano, Ministro de Instrucción Pública y Fomento, don Fernando Ayala, don Mariano Dorantes, don

Marcelino Pacheco, Secretario de la Legación de Costa-Rica y don Eugenio Aguilar. Advierto que faltaban damas.

Faltaban muchas de nuestra hermosuras, para dar más encanto a la tarde de oro que alegraba las colinas verdes y envolvían en su polvo de luz la gran concurrencia.

Un detalle

Llamaba la atención de los que la veían la tumba de la familia Kreitz. Estaba adornada originalmente. Una garza blanca, con las alas extendidas, estaba sobre el sepulcro, entre flores.

El hombre momificado

Como a las seis de la tarde, hubo gran afluencia de gente hacia el anfiteatro.

Se habían abierto las puertas y la curiosidad de todos estaba puesta en un cadáver embalsamado por el señor Renson, con un procedimiento especial.

Yo vi el cadáver y confieso que causa una impresión extraña y terrible, con su color negrozco, barnizado, estirado, en una actitud macabra, como los muertos de las pesadillas.

Pero la gente es curiosa, y en la puerta del anfiteatro era el atropellarse y el forcejar por ver primero el difunto conservado.

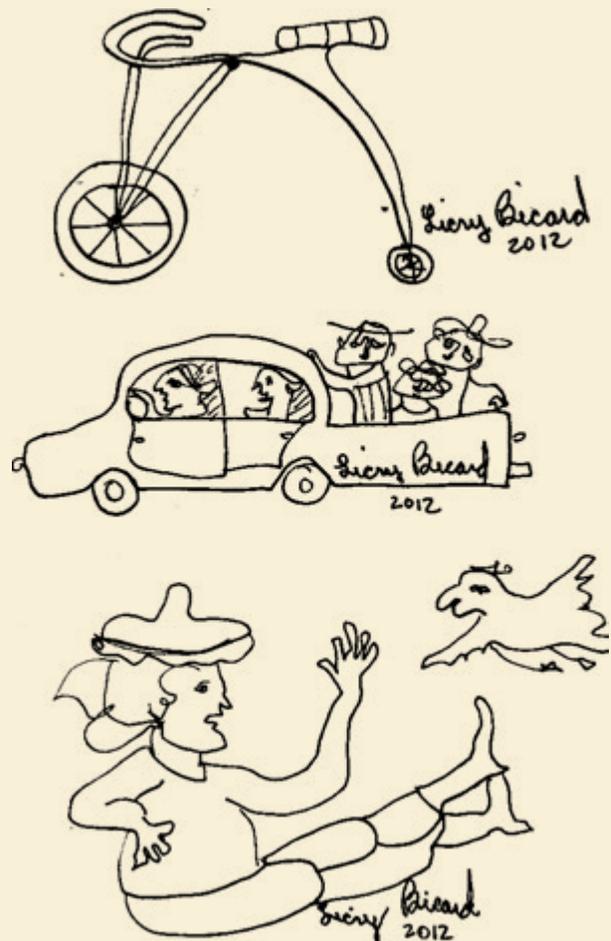
Parece que el procedimiento del señor Renson es de muy buenos resultados. Lo único que sucede con el cuerpo en referencia es que quizá por las condiciones del lugar en que se encuentra, se enmohece y no hay barniz que pueda evitar esto.

El regreso

Seis y media. Confusión, murmullo, señales de partida. Después de oír las músicas ad hoc que tocaba la banda a la entrada del Cementerio, y cuando ya el sol se ponía, la concurrencia empezó a regresar. Pasaban coches cargados de paseantes, y gran muchedumbre de gente de a pie.

Entre el crepúsculo venían paso a paso, los negros caballos de la noche.

(*La Unión*, Número 2, viernes 8 de noviembre de 1889, p. 1)





Las alegres temporadas

Rubén Rivera

A orillas del mar

Como se suspira con el recuerdo de aquellos plácidos paseos que se acabaron hace ya algunos años. Tiempo divertido aquel en que hacíamos la temporada en el puerto de Acajutla en inmensas caravanas, e íbamos a alojarnos en los viejos cuartos de la Aduana del puerto viejo, o en los toldos improvisados con esteras y con ramas de cocotero. Muchas gentes, casi todos los sonsonatecos, echan de menos aquel goce

anual, aquella sabrosa familiaridad, aquellos chistes salados que sacaban a los labios las carcajadas sonoras a borbotones. Era el desquite de un año de trabajo.

Ahora la temporada ha perdido toda aquella su gracia primitiva, aquel aire de andar; y los bañistas se van a Acajutla en ferrocarril por la mañana para volverse en la tarde, a hospedarse en el incómodo y feo pueblo que llamamos "El Muelle", a bañarse en la más fea todavía y estrecha playa del "Indio" que muy a propósito es para que se ahogue no solo un indio, sino un millar; playa de la cual si uno sale con la cabeza rota al andar contra los arrecifes que allí abundan, se retira con las canillas llenas de contusiones causadas por los fragmentos de roca que las olas hacen bailar sobre los cuerpos.

Bien podría tomarse esto como una protesta contra el progreso que nos ha traído el ferrocarril a todos los occidentales; pero, lectores, la protesta es solamente contra el pésimo gusto de los temporadistas que no se unen para hacer el paseo al Puerto Viejo, en los días de luna, y vivir allí en las casitas improvisadas, pasar las noches en la playa y las horas calientes debajo de los árboles que las brisas mecen; hacer las alegres chamuscas, los paseos en canoas y los viajes a la "barra de Santiago".

Pésimo es el gusto de ahora: los pollos enamorados de Sonsonate van y vuelven en el mismo tren, a ver a las lindas amadas sentadas sobre los fardos prosaicos en la casa de la estación, a donde llegan todos a salvarse de la sofocación que amenaza la

permanencia en las posadas. Y luego pasar las horas en el muelle incómodo y pésimamente situado, con aquella brisa pesada y desagradable.

Cosas son todas estas que lo hacen a uno anhelar aquellas temporadas a que asistimos de chicuelos, y que los viejos recuerdan con triste deleite. Y por eso dicen: aquellos tiempos eran mejores... cuando yo crecía... ah! ahora todo es detestable; y a fe, que en eso tienen razón.

Los rayos de la luna se cuelan entre las ramas de los altos árboles y las sombras que estas proyectan se dibujan sobre la blancura amarillenta del camino, el polvo sube en nubes espesas, pero a muy poca altura, removido por las patas de los bueyes cubiertas casi hasta la mitad, rechinan las ruedas al girar sobre los ejes; es que va una caravana de temporadistas encima de una decena de carretas. Cuando la luna no alumbra, la carreta delantera lleva una luz elevada como un faro.

Con el ruido que hacen las ruedas y los bueyes se oye la voz soñolienta del cantor que también rasca una guitarra, o el cuento de hadas que recita una voz femenina. El carretero pica los bueyes y repite sus nombres para animarlos a caminar: "pajarito! cara prieta!" y otras palabras muy originales: en la carreta, cubierta de toldo de pieles, van entre maletas los afortunados paseantes, unos profundamente dormidos, a pesar de los saltos del tosco vehículo al salvar las piedras o precipitarse en los

hoyos del camino; otros dormitan, generalmente las personas mayores, y los demás cantan o preguntan al carretero: ¿por dónde vamos?

De repente, bajo una gran ceiba, o conacaste, se para el empolvado convoy, y los guías dicen –vamos a "cestear". Tirón aquí y tirón allá, y todos salen del vehículo envueltos en sus frazadas y con la provisión de chocolate o café y pan en las servilletas. Nunca falta el chamuscado tronco, donde se hace la hoguera y se ponen las jarrillas con el líquido que va a calentar la sangre.

¡Qué sabroso es aquel chocolate, tomado a las dos de la mañana, sentados todos en círculo sobre el suelo, mientras los pacíficos bueyes muerden el pasto seco medio ocultos en la sombra, y un frío delicioso está acariciando la epidermis!

Cuando un convoy se levanta, otro llega a tener el mismo agradable descanso.

Cuando el cielo comienza a ponerse más claro y las estrellas a palidecer; que la luna se va y el sol viene, los carros ruedan por el llano; allí los árboles de morro con frutos ricos colgados se ven en todas las direcciones, los arbustos espinosos forman bosquesillos y el ganado que paca apacible se queda mirando fijamente la caravana con mirada de curiosidad, o va a ocultarse indiferente entre las matas. Entonces ya se está muy cerca del puerto; se oye el rumor de las olas y se ve la banda plateada en el horizonte. ¡Qué risueña mañana, animada con la ilusión de estar muy pronto entre las aguas del inmenso mar, o en la arena reco-

giendo las rosadas conchas y los caprichosos caracolutos!

La jornada de Sonsonate a Acajutla se hacía, en carreta, en una noche. Al amanecer todos gritaban: ya llegamos! ¡el Puerto Viejo! Cuando había esas alegres temporadas, se oía al llegar una comitiva, que los peroles sonaban como campanas tocadas por los madrugadores, y las mujeres salían envueltas de sus provisionales casitas y carretras por aquí, gritos por allá, la cosa se hacía un barullo.

A las nueve o diez de la mañana llegaban en las diligencias de Salguero los viejos, los enfermos o las mujeres nerviosas que no podían hacer el camino de noche.

Después del desayuno, las familias comenzaban a descender la pendiente que se halla enfrente de la derruida Aduana y se dispersaban por la playa.

Sobre los troncos dejaban sus vestidos y se ponían los bañadores, para ir corriendo a encontrar las olas: dos o trescientas personas vestidas de azul estaban en la orilla: los más atrevidos entraban a nado hasta más allá de las reventazones, donde las olas son mansas y no revuelcan; otros recibían el agua llena de arena en la orilla, donde apenas pueden mojarse los pies; muchas señoras salían huyendo a cada ola que venía, y la gran mayoría estaba asida de las manos para resistir juntos al empuje de las aguas.

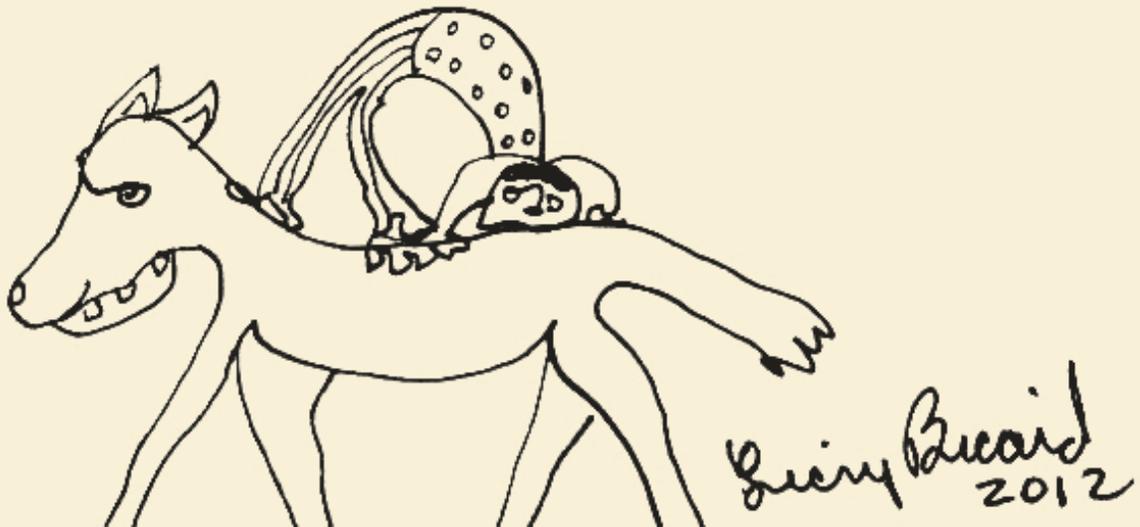
Unas personas saben bañarse, hundiéndose debajo de la ola, y otras se dejan revolcar y llevar a la orilla en posiciones que producen hilaridad. Allá adentro las olas son man-

sas, pero luego, cuando han crecido como montañas, comienza a dibujarse una línea blanca sobre ellas, como un encaje de nieve; ese ribete de espuma crece hasta que no pudiendo el agua mantenerse en equilibrio, forma un gran colicho con su penacho de perlas y se precipita sobre los bañistas: el que no anda listo, lo deja atolondrado y hasta puede romperle la rabadilla.

La playa del Puerto Viejo es inmensa y limpia, se extiende hasta la República de Guatemala, solo interrumpida por algunos ríos que van al mar. En ella está el incipiente astillero, formado por grandes galeras llenas de lanchas rotas o en construcción. Ahí se reúnen ahora las familias que van a bañarse, y muchos que pasan el día en la playa hacen fogatas y se sientan a comer. Todos iban antes a pasar el medio día a este lugar; o en los bosquecitos, a la sombra de lloras acacias que tienen legumbres con dos preciosas semillas, entre rosaditas y plomizas, y esféricas como caramelos, que todos llamamos casaditas. Estar sobre la arena, sentir aquella fresca suave y tener cerca a la que es dueña de nuestras esperanzas y el objeto de las ilusiones, debe ser cosa muy deliciosa, lectores. Los baños son por la mañana y por la tarde; siempre alegres y concurridos; y hasta la dificultad que hay para quitarse la arena de los pies y ponerse los calcetines es una circunstancia que les da gran atractivo y singularidad.

Cuando las viejas temporadas, todo el día se bailaba, se jugaba y se embromaba.

En las noches, cuando la luna echaba su luz pálida sobre las aguas del océano y las olas se agitaban como monstruos de fuego,



llegaban los alegres grupos con guitarras y acordeones, a jugar los juegos de prendas, la ronda, al naípe y a cantar chistosos versos y a improvisar disparatadas comedias: los cuentos salados venían a los labios y las risas hacían explosión; los viejos más alegres bailaban y hacían muecas ridículas, mientras los chicuelos estaban haciendo hoyos en la arena para enterrarse a medio cuerpo o metían algazara en el juego de la berruga.

Algunas noches había chamusca. Esta se verificaba en la boca barra, la desembocadura del río de Sonsonate. Allá íbamos a pie o en carreta, sobre alfombra de arena. Mientras los pescadores iban en canoas tendiendo sus redes sobre las aguas del manso río, los demás encendían el tronco, a donde estaban llegando los peces vivos y los plátanos pelados. Comerse el pez asado, en medio de la multitud que chista y embroma, es un gran placer que solo podemos imaginarlo los que lo hemos tenido alguna vez.

Los aficionados a la caza pasaban el día debajo de los árboles, atisbando las garzas morenas, los pulidos, las palomas o los conejos, con la respiración suspendida, los labios mudos y los cuerpos inmóviles; todo por el placer de llegar a la posada con las aves muertas colgadas de la escopeta y que

vinieran corriendo la esposa o la hermana a desatarlas y desplumarlas y ponerlas en la hirviente olla.

Aquellos almuerzos, llenos de pescado fresco, camarones, cangrejos, jaibas y ensaladas, son memorables.

Ver el sol que se pone, hundiéndose entre las aguas encendidas, es un cuadro de luz y bellezas.

Que vuelvan esas temporadas felices, y allá iremos a gozar con las amigas y amigos.

(*La Unión*, No. 114, sábado 29 de marzo de 1890, pp. 1-2)

El sargento Hernández

Miguel Plácido Peña

(A los jóvenes artilleros Benito Carranza y Francisco Sáenz)

Olvidado, sí, olvidado, como centenares de héroes oscuros que ni la Patria conoce ni la Historia glorifica, vive el sargento Hernández en su pobrísima casucha del valle del Carrizal. Hernández fue, en sus mocedades, un ga-

llardo mancebo de no muy elevada estatura, de ojos pardos y relucientes, boca movable y graciosa, el andar deliberado, un tanto tímido al principio, apostura marcial y francos ademanes, tan francos como lo eran sus palabras.

Ahora, el sargento es un hombre avejentado y canoso, con el cuerpo hecho una criba en fuerza de las heridas y balazos, los ojos hundidos y opacos, la boca siempre movable y graciosa, el andar fatigoso y lento; y, en cuanto a la apostura marcial y los francos ademanes, todavía se cuadra como un buen militar y se lleva la derecha a la cabeza, como tocándose el kepi para saludar, cuando alguno aunque sea un chiquillo, traspasa los umbrales de su vivienda.

Su padre, que también fue militar, sin pasar de sargento de la Guardia de Honor del General don Gerardo Barrios, fue avanzado y fusilado en seguida, en la batalla de Cojutepeque, cuando la victoria aún no se había decidido por aquellos ni por los salvadoreños que allí les opusieron firme resistencia y, al fin, les hicieron una completa derrota.

Su madre, su "Santa Marta" como Hernández llama a la que le dio el ser, quedó, pues, viuda, triste, inconsolable y pobre, aunque, respecto a esto último, no tanto como otras que quedan sin padres, sin esposas, sin hijos tal vez, por la ambición maldita de los que, a todo trance, quieren empuñar las riendas del Gobierno para tiranizarnos y dejarnos en la bancarrota, después de robarnos el trabajo de toda una generación y de pasar por todo y sobre todo, sin saciarse nunca, sin darse por bien servidos jamás!...

porque Marta, la madre de Hernández contaba con algunos ahorros que su marido había ido haciendo en tiempo de paz, como presintiendo la desgracia que, en su muerte, se cernía sobre sus deudas más amadas. Hernández, que era ya soldado cuando su padre murió, aunque no tenía más que diez y siete años de edad, dominado por una profunda tristeza que de milagro no se convirtió en idiotismo, parecía como anonadado con el desastre que le agobiaba; mucho más cuando veía a su pobre madre llorar la pérdida irreparable de su esposa (sic). Pero después, poco a poco sucedió a su pesar una rabia sorda, concentrada, una resolución fría y profunda: llegó a encontrarse bajo el imperio poderoso de una idea tenaz, fija, irresistible, cual era "hacer el sacrificio de su vida; pero matar, matar más, matar siempre y sin misericordia el mayor número de enemigos!" Vengaré a mi padre –se decía a sí mismo el intrépido mancebo;–oh sí! lo vengaré aunque me cueste la vida! Pues qué! Haber fusilado al autor de mis días esos canallas! un pobre viejo!"...

Y cumplió su palabra al pie de la letra.

Oigámosle; y oyéndole, admirémosle. He aquí el relato que él me ha hecho, y que yo transcribo a mis benévolos lectores.

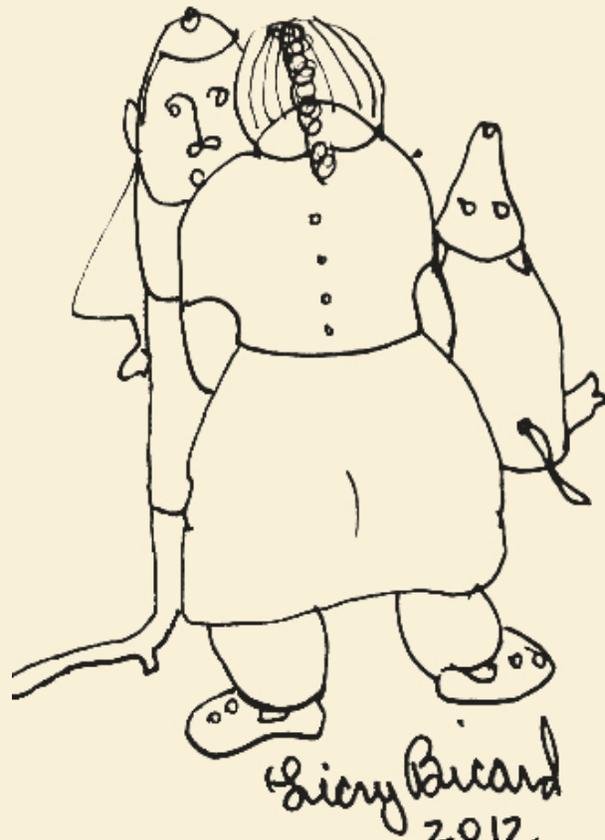
"Mi madre murió nueve meses después que aquellos miserables fusilaron a mi padre; y desde entonces, yo no pensé sino en tomar el fusil, adiestrarme en su manejo y ascender algo, ser sargento, a lo más, como

mi padre, o, cuando menos cabo...; sino por poder mandar a otros, buscar entre ellos unos buenos camaradas, y hacer de las mías llegado el caso.

Al año y medio de estar de alta, era yo todo un sargento con su pantalón colorado con franja negra, mi casaca con botones dorados, y mis charreteras, coloradas también como mi pantalón. Durante este tiempo aprendí a leer bien, retuve en la memoria algo de lo que la táctica y la ordenanza enseñan, y me hice querer de mis jefes, así como de mis subalternos, con mis buenos modales, mi exactitud en el servicio y mi subordinación a prueba de cañonazos.

Cuando supe que el General Cerna había llegado a Chalatenango, en seguida a Suchitoto, más tarde a Cojutepeque, y después a Tonacatepeque, y que en breve llegaría a poner sitio a San Salvador, yo no cupe en mis calzones, mi fusil quedó, a la primera limpio como una patena; mi cuchillo afilado en el moyejón quedó con más filo que una navaja de afeitar y capaz de cortar un pelo en el aire. Alisté mis muchachos unos cuantos soldados muy sumisos y muy bravos y dije para mis adentros: "¡Sargento Hernández! El día de la venganza se acerca! ¡Sargento Hernández ha hecho usted un pacto consigo mismo: vengar a su padre! ¡Y este un voto sagrado que usted ha de cumplir aunque se vea expuesto a innúmeros peligros! ¡Ea! ¡a matar enemigos!"...

Llegó Cerna a San Salvador y se situó en San Jacinto: comenzó el sitio y comenzó también la pelea.



Es verdad que no solo fueron guatemaltecos los que pusieron sitio a San Salvador, para derrocar al General don Gerardo Barrios y acabar con nosotros: la mayor parte de los sitiadores fueron salvadoreños y muy legítimos guanacos; pero yo... Dios es testigo que no maté ni herí a uno siquiera de nuestros paisanos; pero de los otros... durante los primeros días del sitio, maté por mi mano un considerable de ellos, llevé a la plaza los despojos de la mayor parte.

Tenía permiso de mis jefes para entrar y salir por donde quisiera; y no perdí coyuntura para poner en práctica mis planes. Un día, oculto tras unos guayabos, y con

medio cuerpo dentro de un charco, agradable y pacífico, morada de sesenta y cinco ranas, pasé cinco horas sin moverme, hasta que hallando la ocasión, me arrojé sobre un centinela y... pash! Le di una palmada en la boca, y un puntapié en la espinilla y... lo hice prisionero.

La audacia unida a la paciencia hacen, más en muchos casos, de lo que puede uno imaginarse.

Otro día, acompañado de uno de los míos, un calvareño rechoncho y amigo de destripar prójimos por nada y nada, me aproximé a quince pasos de otro centinela, le maté, y maté, además, a otros dos que acudieron a mi socorro. Este hecho, con todo con mi compañero, me valió un ascenso, que yo no acepté porque no llevaba en mira ascender del sopapo, como muchos tanatones que han llegado hasta ser Generales en el término de un año, como los que hacía el des-gobierno que derrocó la Revolución de mayo. Entre paréntesis: ya algunos de estos milindos han comenzado a conocerse como unos cobijones rematados, y a fe que el sargento Hernández tiene más vergüenza que muchos de estos fustanudos!...

"La noche, la reina del silencio y del reposo para los que no son militares, que no lo es para los que viven alerta y dando el "quién vive!" al que se asoma, me sirvió, en esta ocasión para desplegar mayor actividad en la consecución de mis peregrinos fines. Un noche de tantas hice una expedición por el lado de la Vega, donde sabía estaba,

en una casuca algo desvencijada, una escolta compuesta como de veinte soldados y un Sub-Teniente. Tomé ocho de los míos, muchachos todos más astutos que una zorra y más listos que una ardilla, y me fui con ellos sin meter ruido, sin respirar casi hasta ceca de la casuca predicha. La niebla que se levantaba del Acelhuate no dejaba de ser densa, así es que mis hombre y yo avanzamos como fantasmas, fusil en mano, cuchillo en boca, parados aquí, a gatas acullá, hasta llegar a las paredes del galerón. Llegar yo, cogerle el rifle al centinela, dar éste un grito agudo, tirarle yo de un pata y darle contra el suelo, todo fue uno!...

Evito decir lo que pasó después: los míos no dispararon ni un tiro: los otros tampoco: a solo cuchillo nos tomamos el galerón: hicimos nueve muertos, y llevamos prisioneros a los restantes; salvo el Sub-Teniente, que fue el primero en poner pies en polvorosa al oír el grito del centinela y el solemne porrazo que le hice dar contra el suelo. La acción del Sub-Teniente, ya casi no es muy chocante: fruta de toda estación se ha vuelto el tomar ciertos jefes, antes que ninguno las de Villadiego, y dejar a sus soldados comprometidos; unos por hacer traición, y otros, la mayor parte, por aquello de que "el miedo solo Dios lo quita! ... Si no se castiga a estos menguados, no sé en qué iremos a parar!... El ejemplo es la base de la subordinación; y, si los jefes se escurren, dando al traste su vergüenza y sus charreteras, los subalternos los seguirán, sin remedio, y, entonces, adiós mis flores! adiós carrera de las armas! adiós gobiernos legalmente constituidos! adiós Patria!...

Otra noche, con solo cinco de mis zorros, hice una trinchera más allá de la iglesia de Candelaria: cubrí a los míos hasta la cabeza y sólo dejándoles claraboyas para sacar los trabucos; me fui a gatas hasta a unos sauces de la margen del río, puse el oído en tierra, y percibí que un pelotón avanzaba en dirección a nosotros: volví a mi trinchera, siempre en cuatro pies como un cuadrúpedo: los míos y yo tiramos a un tiempo y... no hubo tu tía! los del pelotón se dispersaron y nos dejaron dos muertos y tres heridos.

Al amanecer, la trinchera había desaparecido: en lugar de ella, los míos y yo habíamos hecho una zanja: en ella, como enterrados vivos, pasamos todo el día, asomando la cabeza;... eso sí: ¡el que asomaba al otro lado del río, era hombre menos!

Para ya no cansaros: en todas mis correrías logré matar veinte enemigos, herir cinco y hacer prisioneros seis. Por supuesto, los últimos fueron pasados por las armas; los heridos se murieron a la postre: por todos, pues, ¡sólo fueron treinta y uno los de mi cosecha!

Estoy satisfecho: mi padre ha de haber visto desde el cielo que, si más se me hubieran puesto a tiro, me los soplo sin remordimientos para vengar cumplidamente la muerte que le dieron a él, al pobre viejo, que ya apenas podía con la fe de bautismo!...

"Cuando el General Barrios se vio forzado a salir de San Salvador, yo salí con él. Al llegar a San José Arrazola, me llamó, me dio



un abrazo y me obsequió cinco pesos diciéndome: –“No deje usted la carrera de las armas, sargento Hernández; usted puede hacer algo y ascender”. El general quería mucho y trataba mejor a sus soldados. Y yo le dije: “Mi General, yo no quiero seguir en esta vida: si llegara a ascender, (lo que es más bien obra de la fortuna que no de los méritos del militar), tal vez me acobardaría. No, señor: lo que yo quiero es mi libertad, mi fusil y que se me deje ir en paz a morir en mi casuca de “El Carrizal.”

Seguimos caminando: llegamos a Guayabal: las tropas de los sitiados nos seguían la pista como unos galgos, con sus verdes divisas; al llegar ellas cerca de nosotros, les hicimos unas cuantas descargas desde las lomas; y, acto continuo, seguimos nuestra marcha sin que nadie nos lo estorbara.

Después de pasar el río de “Guaza”, que queda a la salida del Guayabal y camino de Suchitoto, mi General me volvió a decir: “Sargento, ya van a terminar nuestras fatigas; ya nos vamos a separar: es usted todo un valiente: acuérdesse de su General; y, cuando sepa mi muerte, diga usted para usted mismo: ¡muerto el General Barrios, está enterrado el sargento Hernández!

¡Ah!... ¡a mi general lo asesinaron como a mi padre! Pero a mi padre hubo quien le vengara; ¡a mi General ninguno le vengó!... ¡Ah, mi General! “¡muerto el General Barrios, enterrado está el sargento Hernández!”... Se cumplieron aquellas proféticas palabras! muerto mi General, nadie se ha vuelto a acordar de mí! ¡Así pagará siempre la Patria a sus buenos servidores!”...

Aquí terminó el ya anciano sargento su relato. Su pregunta: ¿Así pagará la Patria a sus buenos servidores, cómo puede contestarse? Hoy por hoy, ¡triste es confesarlo! ¡sí, con el olvido pagamos el heroísmo de los mártires del deber y de la Patria!... Pero vosotros, jóvenes amigos a quienes dedico este mal pergeñado artículo; vosotros y vuestros jóvenes compañeros, y cuantos están llamados a figurar en la nobilísima carrera de las armas, siendo pundonorosos y valientes; vosotros, repito, a medida que os instruyáis y os elevéis, sois los llamados a hacer que los oscuros defensores de la libertad y del derecho, reciban siquiera, en prueba a su heroísmo, el aplauso de sus conciudadanos, dando a conocer a todos, con imparcialidad, el mérito de sus acciones; para que, así en lo adelante, no haya otro sargento Hernández que pregunte, al ver el olvido que le circunda y al contemplar sus cicatrices como únicos laureles: “¿Así paga la Patria a sus buenos servidores?”...

Abril 2, 1890

(*La Unión*, No. 124, lunes 14 de abril de 1890, p. 2-3)

Los indios en Izalco

Román Mayorga Rivas

Lejana muy lejana está la época en que a Cuscatlán llegaron los conquistadores españoles, a quitar a los naturales este hermoso país, junto con la posesión de la tierra, el imperio de su lengua, de sus dioses y de sus costumbres...

Pero aún suelen, al través de los siglos, implacables generadores del olvido y de la muerte, manifestarse algunas de aquellas costumbres de la primitiva gente indiana, porque es cosa fuerte, que en los pueblos se arraiga, la tradición legendaria, mantenedora, en cierto modo, del espíritu que alentó a las pasadas generaciones y que, con mágico poder de poesía, perpetúa sentimientos de una raza que pasó por los campos de la vida y de la historia, dejando en ellos resplandores de su alma y regueiros de su sangre...

En Izalco hay descendientes de aquellos indios dueños de este país que vinieron a conquistar los castellanos. Entre ellos, espontánea como la planta que en la selva nace, la tradicional costumbre se manifiesta en determinadas ocasiones y surge ante nuestra imaginación la antigua época de Cuscatlán, con toda su misteriosa poesía paradisíaca y leyendas de sus amores, guerras, infortunios, riquezas, sacrificios y victorias.

En Izalco, en el barrio de la Asunción, los indios, que todavía allá guardan con triste amor el escaso legado de sus progenitores, celebran fiestas de un carácter muy sugestivo e interesante para quien gusta de sondear el alma de una raza y de entrever en la noche de los tiempos las costumbres muertas y las cosas idas.

En esas peculiares fiestas suena, como antaño sonó, el *teponahuaxte*, con su música de una extraña armonía entristecedora, en la que parece condensarse, tímido y receloso, un poema indio de intensa pero contenida manifestación del espíritu que vive en el claro-oscuro de opuestos sentimientos de alegría y de pesadumbre.

Celebran esos indios sus tradicionales fiestas, el día de Corpus, el de la Asunción, el de San Juan y el de la Beatísima, así como también el 8 de agosto, que llaman *El recibimiento de la Virgen*.

Conducen una imagen de la Virgen María en andas enfloradas, desde la plazuela de San Juan hasta el templo de la Asunción.

Disparan lo que ellos llaman arcabuz, como principio de la fiesta; y consiste el tal arcabuz en un pequeño cilindro de hierro, que contiene pólvora y polvo de ladrillo. Lo colocan verticalmente en el lugar a la danza destinado. Allí estalla con gran estrépito, como si fuera un cañón; y acto continuo, los indios se lanzan en tropel a ese sitio, atropellándose con inusitada alegría y algazara inaudita.

Y la danza empieza. Una danza soñolienta, al son de la música de un solo instrumento, del tamboril, música de un ritmo lento, que suena con quejidos ronc, profundos e inacabados.

La danza va en crescendo, a medida que en el tamboril, –cada indio lleva el suyo,– golpean los toques lentos y pesados... En evoluciones circulares bailan, echada atrás la cabeza las mujeres, como si buscaran el sol, y los hombres caracoleanado en pos suya, puestos los ojos donde ellas dejan las huellas de sus pies...

A la cabeza del círculo de danzantes, va uno de ellos con un pito. Sopla en el selvático instrumento, y le siguen los indios en giros rápidos, al son de sus tamboriles. Ya llegan, y describen círculos con gran destreza y gallardía. Ya tornan y deshacen los círculos con marchas concéntricas. Y dan

vueltas y más vueltas; se agolpan, se entrelazan, y desfilan con pasos breves, veloces como ciervos, a veces, y tardos, otras, como bueyes cansados sobre el surco. Baile de figuras es todo, y en él no hay parejas determinadas, sino una comunión general de hombres y de mujeres, en agitada mescolanza, en filas revueltas, en círculos pintorescos o en marchas ágiles o atropelladas.

Solamente en las festividades de los matrimonios bailan en parejas y frente a frente un indio y una india.

Ellas, entonces, no levantan la cabeza: con los pies unidos dan unos cuantos pasos, tan cortos, tan tímidos, que apenas parece que andan.

En el centro está el indio que toca el *teponahuaxte*, y en torno suyo las parejas danzan, con gran recato las hembras, y los varones con afán amoroso. Dijérase que van dibujando con los pies una alfombra ideal, para que la compañera por ella transite con sus pasos breves y entre timideces de una rusticidad muy sugestiva.

No falta en estas indianas danzas, presidiéndolas, la imagen de algún Santo. Y al terminar, a la imagen se acercan los que en ellas tomaron parte, y en grupo le hacen una reverencia muy rendida; y se dispersan, después, al compás de los tamboriles y del pito y al son del *teponahuaxte* quejumbroso.

Un fuerte olor a chicha dejan en pos de sí los indios que se alejan... El viento de la montaña, oloroso a flores nuevas, sopla sobre el pueblo, solloza en las ramas de la ceiba de la plaza y en las ruinas cercanas, y va después a hacer sonar, como si fue-

ran liras, los abanicos de las palmeras... Y allá en lo alto, el izalco retumba poderoso y mancha de humo el cielo azul que sirve de palio a la comarca.

(*La Quincena*, Año IV, tomo VII, 15 de abril de 1906, n. 74, p. 56-57)

Costumbres salvadoreñas

Vicente Acosta

Las corridas de patos

Nuestro país heredó de la Madre Patria, entre otros hábitos y costumbres, la de la corrida de patos; diversión de bárbaras manifestaciones que, gracias al espíritu de cultura que poco a poco ha ido invadiendo las capas sociales, al presente ha decaído de manera notable.

En otro tiempo las corridas de patos revestían inusitada pompa. Principiando por la Capital de la República y terminando en el último caserío, la fiesta del Bautista, con la que daban principio las famosas corridas de patos, era un verdadero acontecimiento entre nosotros.

Desde la madrugada del 24, alegres serenatas recorrían la ciudad, yendo a regalar los oídos de más de una beldad o algo parecido, que llevaba el nombre de Juana. Por supuesto que no faltaba el indispensable cantor de tonadas, quien, echado el pecho hacia delante, apoyando el pie izquierdo en una grada de la puerta o ventana de la casa, y la guitarra descansando en una pierna, lanzaba al viento de la mañana los

versos más expresivos de su repertorio, entre el puntear ruidoso del melódico instrumento y el toque de clarín de los gallos madrugadores.

Era cosa convenia que casa a dónde se llevaba la recuerda, debía ser, durante el día, centro de reunión, con la correspondiente jalada de pato.

Poco antes de las 9 de la mañana, empezaba el ir y venir de jinetes por las calles, los más luciendo estreno: chaqueta de casimir, camisa de holán o de gasalina con chorreas de revuelos en la pechera, bien planchadas y azuleando de saca-tinta; pantalón de panilla a cuadros, de dril o de mezclilla salida de los telares de tata Piche; sombrero de junco o jipijapa, los más gamonales, y de palma los otros, y el machete al cinto.

Con ocho o más días de anticipación, eran puestas en cuido las cabalgaduras, para que el día de San Juan lucir pudieran todos sus bríos. Y era de verse ese día a cada jinete, embutidos los pies en los estribos de cubo de la amplia y holgada albarda y destacando el torso de entre el blanco vellón de la zalea o de la baqueta de pellón de espesas crines; erguido, resplandeciente de gozo, gobernado su caballo y haciéndolo caracolear sacándole plumas en los lugares donde había más gente agrupada.

Naturalmente, ese era día de jolgorio y se echaba la casa por la ventana, empezando por hacer cada jinete una parada en toda la venta de aguardiente de las que encontraba al paso. No es difícil adivinar los resultados.

En las primeras horas de la tarde, grupos de caballería se desparramaban por todos los

ámbitos de la ciudad, buscando donde se *jalara* pato; y la señal la tenían en unos cuantos cohetes que estallaban en el aire con ruidos alegres de invitación. Allá se dirigían. No importaba que la lluvia, –que es indispensable en ese día, y por lo cual la gente dice que San Juan es *muy llorón*,– hubiera convertido las calles en lagunetas y fangales: eso más bien venía a ser como la pimienta de la fiesta para los jaladores de pato.

Generalmente, la casa donde se jalaba estaba a esas horas que prendía de alegre: unos cuantos músicos, parecidos a esos que figuran en la zarzuelita *De vuelta del vivero*, se encargaban de entusiasmar a hombres y mujeres, a quienes, después de dos o tres piezas, ejecutadas sabe Dios cómo, ya les retozaba en el cuerpo el deseo de bailar. De tiempo en tiempo, dos o tres cohetes cargadores y una bomba doble servían de aviso a los vecinos de que en la casa de las Fulanas se bailaba.

Y mientras los violines, especie de *stradivarius de chilamate*, destrozaban rabiosamente un valse o una polca en boga, y los cornetines parecían tocar a juicio final, *galanes* y *sirenas* se entregaban a las delicias de la danza, imitando el ritmo fatigoso de los *sacadores* de arroz; menudeaban las copas de lo *blanco*, y afuera retumbaba la ruidosa grite– [vacío en el texto] espectadores situados a ambos lados de la calle.

El infeliz pato, enflorado como una víctima destinada al sacrificio, y pendiente de la cuerda, batía las alas, como dos grandes abanicos, en ademán de súplica. Disparado como una flecha, desemboca en el extremo de la calle el más gallardo jalador de pato

de que se tiene noticia en diez leguas a la redonda. Su llegada es acogida con un murmullo lisonjero por la multitud, que le saluda con motes cariñosos, a que el héroe responde con sonrisas amables y ademanes modestos. Monta un brioso caballo de *andar de nación* y nadie como él es tan dócil a los súbitos quiebros de riendas ni sabe sentarse mejor en las patas traseras, batiendo en el aire los dos remos delanteros.

La emulación se despierta, son más frecuentes los tirones del cuello del ave moribunda, y nuestro héroe espera que se gasten los demás y que el pato esté *de punto*, para meter espuelas al caballo, entregando el sombrero al espacio, y lanzarse en carrera olímpica, entre gritos de entusiasmo de la muchedumbre abigarrada, para arrancar el cuello del pato, de un tirón, con mano firme y robusta. Los aplausos y las aclamaciones ensordecen el aire, y el triunfador muestra la cabeza del palmípedo como un trofeo de gloria, mientras pasa repetidas veces la mano ensangrentada por el arqueado cuello del caballo.

Entonces empieza un nuevo espectáculo: arremolínase la gente de a caballo alrededor del cadáver del pato que, previamente, ha sido descolgado de la cuerda, y uno de los más audaces, toma un ala, otro una pierna, etc., para terminar la corrida con lo que en la jerga popular se denomina *pelear el pato*. Se acentúan las tintas salvajes del cuadro con los gritos destemplados y las imprecaciones de los luchadores, que hacen cuestión de honor el no dejarse quitar el pato. Acuden al grupo más jinetes y no es extraño que, en lo más encarnizado de la lucha, se aproxime un guasón, caballero en una mula *coceadora* y ésta empiece*

movientes, produciendo el desorden, y el

intruso se aproveche de la revuelta para llevarse el pato y no dejar a otros más que el recurso de pegar espuelas y seguir al triunfador afortunado.

Momentos después, la multitud se va dispersando, en tanto que en el interior de la casa de la fiesta el entusiasmo va en *crescendo*; siguen chillando los violines y be-rreando los instrumentos de metal, y en una atmósfera cargada de humo de cigarros y fuertes olores alcohólicos, las luces de las candelas pegadas a la pared esbozan figuras de dudosa belleza femenina y caras rubicundas por las repetidas libaciones.

¿No es cierto que esos tiempos han pasado para nunca más volver? ¡Épocas aquellas de patriarcal sencillez, en que no era extraño ver al Presidente de El Salvador formar parte de las cabalgaduras de la fiesta de San Juan y meterse en la primera casucha a bailar una polca de golpe de talón, un valse brincado o una mazurca con recortes! Con él iba *todo el Gobierno*, como dice el vulgo.

Pero es mejor que eso haya pasado.

(*La Quincena*, A II., T. III, N. 31, 1 julio 1904, pp. 229- 231)

De paseo

Conde Paúl (Arturo Ambrogi)

Vamos! –Y de un salto subimos todos, en alegre desorden, al vagón que nos espera. Sí. ¡Será esta que vamos a nacer una tournée sabrosísima!

-¡Tlín!..... ¡Tlín!..... ¡Tlín!

¡Ya está! El vagón, al fuerte impulso de las mulas, arranca a rodar pausadamente, luego más ligero, luego rápido. Al estímulo de la fusta, trotan las bestias negruzcas y de ancas lucientes y sudorosas.

A un lado y a otro, casas y más casas; gente que atraviesa la calle y es necesario llamarle la atención con el timbre para evitar desgracias. En los balcones caras de mujeres, que ven con curiosidad el fondo del carro. Y luego; al salir al campo, por Casa Mata, ya es un desborde. Grupos van de paseo, a pie, en carruajes, a caballo, alegres, charlando y riendo fuerte ¡Alegre vida!

Más..... Al carro han subido muchas personas. “¡Lindas muchachas tenemos al frente!” Tigri, el más alegre y decididor de nosotros, las galantea y jarroja a sus pies manojos de claveles! –“¡Vaya con el muchacho!”, refunfuña una vieja, descreída del amor, y nos lanza unas miradas capaces de atontar al mismo San Juan en persona. Pero él sigue en su empeño, más tenaz y persistente que nunca hasta que, quizá cansada una de las favorecidas, le echó un -¡Tonto!- tan en sus narices que no pudimos contener la risa. “¡Vaya el percance!” Y entre carcajada y carcajada lo comentamos.

De pronto, el carro se detiene frente a una casa de cuyas puertas sale un murmullo y

las armonías cascadas de un piano callejero que magulla desesperadamente un motivo de Pietro-Mica, un vals “La Paloma” que enardece el ánimo.

-¡El Tiboli! -¡Abajo! E invadimos el recinto –¿Qué tomas? “¡Yo, coñac!

-¿Y tú? ---¡Lagerr! ---¿Y tú? ¡Un whisky! –Después de saboreados los líquidos, nos vamos de paseo, calle arriba, hacia San Sebastián, dejando atrás al vagón, que ya ha dado su toque de partida.

La calle es ancha, está lodosa, llena de charcos. Es necesario ir con cuidado, saltando por temor de enlodarse todo el calzado. Mujeres con canastos en la cabeza, hacen el mismo trayecto que nosotros. Caminan ligeras, con un su paso largo, acompasado con un mecer del brazo izquierdo, mientras con la mano derecha sujetan el canasto, cubierto de manta blanca. ¡Qué lindos asuntos! Más adelante, una carreta entoldada, es albergue de un grupo de paseantes que van abrazados, casi besándose, ebrios, mientras uno de ellos, mal encarado y en mangas de camisa, rasga una guitarra destemplada y canta, con voz plañidera, coplas indecentes.

Llegamos al pueblo al caer de la tarde. La campana de la iglesia toca el *angelus*. Damos un ligero paseo, divirtiéndonos, riéndonos a grandes carcajadas, saturándonos de un aire fresco y sutil, como haciendo provisiones, para luego gastarlo en la ciudad. Nos mofamos de los rótulos de los *estancos* y pulperías, en las propias narices de sus propietarios que, sentados en las puertas, algunos de ellos sobre basas, otros en taburetes de cuero de buey, fuman sabrosamente sus puros ordinarios. Anochece y es necesario volverse cuanto antes para tomar el carro de las siete. Nos damos a andar ligero y logramos nuestro deseo. Llegamos casi

al mismo tiempo en que el vagón va a salir. Un momento más de retardo y hubiéramos tenido que tragarnos a pie el largo trayecto o pasar una hora más en *El Tiboli*, que nos sería quizá, fastidiosa.

El vagón iba lleno. Como nosotros, muchas gentes habían ido a dar sus paseos. Era domingo. Van alegres, derrochando manojos de risas y conversando rudamente. Aquella alegría burguesa era contagiosa; pero para nosotros no. En ese pescante, sentados en los bordes de la lámina de hierro, íbamos armando una algazara de todos los diablos. Entramos así a la ciudad. ¿Qué nos importaba que la gente nos viese? ¿Divertirse es acaso un delito? ¡Jolgorios dominicales! ¡Oh! ¡Qué delicias! Salirse presuroso por la tarde, escabulléndose de los amigos e irse al campo, a corretear, a gritar, a bromear libremente. ¡Procuraos, amigos lectores, estas sanas diversiones! Gozaréis tanto, que será un vicio vuestro con el tiempo. Nuestro lo es ya.

Y... ¡Cómo se trabaja con más ahínco, con más gusto, sintiéndose bien, gastando el aire tomada en el campo, aire libre que fortifica los pulmones y da nuevas fuerzas al espíritu!

-*Au revoir*, amigos míos!

(*El figaro*, 25 de octubre de 1894, Tomo I, no. 2, p. 7)

Brich

Conde Paúl (Arturo Ambrogio)

Así lo llamábamos, en la intimidad.

El prototipo, el espécime legítimo del bohemio era él. Desgarrapado el traje, greñudo

el cabello, poblada y desmadejada la barba nazarena, era curiosísimo un retrato suyo, al crayón, dibujado por un su amigo pintor, hambriento como él, como Brich soñador y buen bebedor de absintio. ¡Qué rudeza de líneas las de aquel rostro burguesote y franco! ¡Qué pliegue de tristeza fruncían aquellos labios gruesos! Era de mirar abotargado; la frente tenía fruncimientos melancólicos.

Era un amable bohemio. Cuando le veíamos vagar por las calles cabizbajo, pensativo, metidas las manos en los bolsillos de su gruesa chaqueta de jerga, fumando un puro ordinario, le saludábamos cariñosamente. ¡Ah! ¡El bohemio era un buen amigo! A veces le invitábamos a tomar un bock de cerveza, donde Fink, el húngaro, sentados a la mesa, él, viejo, ¡un "abuelo", entre la banda de muchachos alegres! Hablaba entonces. Hablaba mucho. El era músico. Miento. Poseía la armonía. Era sensible y sentimental; pero nunca había escrito nada. Pensaba mucho, mucho; pero a la postre no hacía nada. Era un ilusionado. Un cautivo de Mab.

¡Bohemio! ¡Cómo haciendo una fuerza imaginativa, traigo a la retina su silueta espartable! Buen bohemio... No lo hemos vuelto a ver; tal vez viva refundido en su pueblo, en algún monte: ¡Quién sabe! Tal vez...

¡...Oh! Lo recuerdo ahora! El nos hablaba de un su viaje, una vueltecita, decía él, a un país desconocido... ¿Sería ese país la eternidad? De ese viaje no se vuelve. El tren nos deja siempre. Las maletas, quedan hechas en casa, en el cuarto todo desarreglado. ¿Haría Brich su viaje al otro mundo?

(*El figaro*, domingo, 6 de enero de 1895, tomo I, no. 12, pp. 111-112)

La semana santa (crónica momentánea)

Conde Paúl (Arturo Ambrogi)

Las campanas que repican alegremente en este Sábado de Gloria, anuncian ya que la Semana Santa ha pasado. Con el Domingo de Resurrección, días de rosas y de incienso, se cierra esa que deja en nuestras almas, en vez de tristes recuerdos, agradables sensaciones, hondas impresiones.

Yo no podré, por falta de tiempo, diseñar todo el gran cuadro de nuestra semana triste. Logré al vuelo algo importante, como se atrapa una mariposa inquieta que revuela en torno de una flor, y como cronista, presto y puntual al cumplimiento de nuestro deber, dejaré aquí en el papel, des-parramado, todo lo que recoger pude en el espacio de un mediodía...*

Jueves Santo

Pues señor..... Por la mañana, cuando el amado y rubio Febo aun no ha desatado la cabellera luminosa de la aurora, las campanas de todas las iglesias invocan a los fieles con sus repiques alegres. Es a la misa de los "santos oficios" a la que asistiremos.

La ceremonia es larga y majestuosa. El altar todo níveo y resplandeciente, todo áureo entre las nubes gloriosas del incienso, que impaciente hace brotar el monaguillo de blanco sobrepelliz. Regados, por todas partes, atraen la vista los tonos suaves de los mazuchos (sic) de azucenas que alzan su corola a la caricia del humo sagrado. El órgano derrama por sus mil tubos torren-

tes de armonías: una música imponente, severa, llena de poesía, llena de dolor...* Jeremías llora ante la Jerusalem solitaria y maldita. Jesús pasa a través de viñedos florecientes, predicando, seguido de su cohorte de apóstoles...

El sacerdote, de traje blanco y capa pluvial bordada de oro y plata, acuesta la cruz sobre un cogín (sic) de damasco. De entonces...* ¡Adiós campanas! Por dos días enteros, no oiremos esa musical algarabía; por tres deliciosas mañanas, a la hora en que el alba rompe su pétalo de luz, no llegarán, en rauda y brillante tropel, esa parvada de notas, que colándose por las rendijas de la vidriera, inundan toda la estancia, nos envuelven en sus caricias y parecen que nos gritan al oído: "¡Levantaos!"...*

A las cuatro de la tarde, después del sermón de "el lavatorio", las "estaciones" recorren las calles, yendo en fervorosas peregrinaciones a orar ante todos los "monumentos" de las iglesias todas. Grupos de mujeres y hombres, capitaneados por un sacerdote, pasan rezando en voz alta. ¡Oh! ¡Qué noche tan deliciosa! Yo he ido también, en caravana, a postrarme ante el sancto sanctorum a rezar mis oraciones. Siempre soy bueno. Recuerdo que soy cristiano y no dejo que en el vaso de mi duda, se marchiten los crisantemos de las plegarias, no dejo que del fondo de mi pecho se borre ese nombre que es escudo para todos mis dolores y consuelo para todos mis sufrimientos: ¡Dios!

A las nueve de la noche, según los cánones religiosos, concluyen las estaciones y todos los templos se cierran.

Silencio... Sombras... La gente se retira, piano, piano, perdiéndose entre los dédalos de calles oscuras. Llegan aún en los pliegues de sus labios la nota no extinguida de la oración.

Allá, en el templo, el silencio ha invadido las anchas naves. Los monaguillos cierran las puertas y apagan los cirios. Sus pasos resuenan fuertemente, como pasos de gigantes. Poco a poco, queda todo en lo oscuro. Las vírgenes del altar sonríen con sus labios muertos, en medio de la sombra. Solo arde, junto al ara, la débil llama de una lámpara de aceite. Alumbrando "el monumento". Entre los rayos de oro de la custodia deslumbrante, irradia la forma alba y menuda de la hostia sagrada. Languidecen, en este sopor, las flores de lis, y las gardenias, esas púdicas invitadas al festín de la castidad, se mueren, cuando se ha extinguido su último débil perfume. En la sacristía, en un rincón apartado, a donde, rastreando débil, agonizante, llega un rayo de luz, vese, envuelta en su sudario morado, listo ya para las ceremonias del "vía crucis mayor" del día siguiente, la imagen de Cristo que, pacífico, lleno de mansedumbre, espera que por él doblen las campanas y se llenen de dolor las almas cristianas.

Viernes Santo

¡El día tan esperado!

El día es radioso, primaveral. Un sol de estío derrama sus rayos. El cielo azul, se ostenta sin una mancha, sin un cendal de nu-

bes, espuma de ese inmenso mar en que navegan las almas de los que fueron.

Desde muy temprano, la extensa calle del Calvario se ve llena de gente. Se compone los altares, donde se hará "estaciones". Se adorna vistosamente todo; de uno a otro balcón se tienden sargas de flores formando graciosos arcos. Bajo el sol fuerte, resalta la nota verde y triunfal de las palmas gráciles, que se mecen suave y ceremoniosamente. El piso empedrado se cubre de pino desnudado. Las gardenias, las regias verbenas, la ruda embriagante, la tan apetecida, por entonces, flor de coyol, hacen alarde loco, derroche de sus preciados perfumes. Ante los cuadros, que representan alguna escena de la pasión, arden los cirios. La gente espera, y de momento en momento, por las bocacalles, llega más gente aún, de modo que a la hora de la procesión casi es imposible el tránsito. Un mar de cabezas que se mueven sin cesar. Los balcones ostentan, tras un barandal, grupos de cabezas adorables. Las bellas muchachas esperan la pasada del Nazareno, recibiendo a cada instante, sobre su cabellera profusa, dentro de su escote, puñados de flor de coyol, que es la flor distintiva y de orden en esos cinco días.

A las doce y cuarto del día, cuando el sol pica más fuerte y hace arder la sangre, sale de la Iglesia de San Esteban la procesión, que se lleva al Nazareno al Calvario. Infinitud de gente, portando en las manos cirios encendidos, rodean a la imagen y rezan en voz alta. En cada altar, la multitud se postra de rodillas, por cinco o seis minutos, rezan las oraciones reglamentarias y, al camino. Lenta, muy lentamente, se llega a la parro-

quia, cuyo altar mayor ha sido convertido en algo así como un bosque, algo que recuerda la escueta vegetación del monte Calvario. La cruz acostada en el suelo, espera el cuerpo del Redentor, todo lleno de llagas y de golpes. El buen ladrón ve el madero pesado con ojos de compasión; en los labios del malo se crispa una mueca de cólera y llena su faz un placer diabólico...* y el sacerdote, desde el púlpito, vibra el rayo de su palabra apostólica.

A las cuatro y media de la tarde, después de concluido el sermón, sale del Calvario el entierro santo.

En un camarín de cristal y oro, cubierto totalmente de ramos de flores y girones de tul níveo, va la imagen de Cristo, recostada muellemente la cabeza sobre un almohadón, en la faz retratada la sombra apacible de la muerte, la frente manchada de sangre, los párpados entreabiertos, que dejan ver unos ojos vidriosos y en los labios,... ¡ni la muerte ha podido apagar esa sonrisa piadosa que nos reprocha dulcemente y nos recuerda que el camino del cielo está lleno de rosas!

*

Un asunto precioso para un chroniqueur de una revue elegante.

Antes del desfile del Santo entierro frente al Parque Bolívar, este es una jaula de que brota una algarabía inmensa. Es el punto en que se da cita nuestra sociedad. Se juega a la flor de coyol y allí, el novio va tras de la novia linda...

Sentados en un banco, en un punto dominante, podemos observarlo todo.

Pasan grupos de muchachas encantadoras. ¿Veis? Sonríen los labios rojos, en que parece que los besos duermen; chispean apacibles los ojos negros; cimbrean las cinturas zandungueras; ondulan las profusas cabelleras negras y el viento riza y alborota las melenas rubias... ¡Oh! ¡Si nos echamos por ese camino, no será suficiente todo un número entero del querido "Fígaro"!

El piso se llena de flor de coyol, granos menuditos de oro, que forman espesa alfombra. Es el tapiz opulento en que las rimas de la belleza posan su pie. ¡Salve, vencedoras de corazones!

Al acaso tomaré algunas siluetas, como un dibujante que al lápiz, rápidamente, sobre el álbum de dibujo que descansa sobre su rodilla, traza líneas para no olvidar el asunto y acentuar, más tarde, en las soledades de su gabinete de trabajos, un cuadro valioso.

Por allí, saludamos la gracia y la belleza en Hortensia Salazar y Cordelia Guirola, capullos de rosal divino. Emilita Leiba estuvo cautivante, Este muchacha pálida, de ojos de esmeralda y labios en que la sonrisa duerme, será asunto para uno de mis próximos "Medallones". Guardo líneas furtivas, trazos rápidos, en mi libro azul. Digna de una estrofa alegre y gentil, de una explosión de admiración comprimida, estaba Elvira Sagrera, María Drews, ¡tan envidiable! Octavia Zaldívar... ¿Qué decir yo de ella? Joven radiosa y blanca, iba hechicera. Luego desfilará por las páginas de este sema-

nal esa silueta de musa soñadora: un querido poeta, amigo y compañero nuestro, os la presentará; el encontrará el verbo para decirnos cómo Dios al vaciar esa hermosura en un molde divino, dio a sus formas el poder despótico que subyuga el alma. Josefina Sagrera, Albertina Stich Bonelli, dos rosas thé; dos vírgenes que tienen los ojos azules como un mar tranquilo, que formó un rayo de sol al herir el seno de una ola azul... María Alarcía, siempre modesta y simpática, hace que se le rinda un homenaje.

Cholita Reyes, Eugenia Palomo, Lucita Bonilla y luego... Tantas más. Imposible me es recordarlas. Entre tantas flores es trabajoso el dar con las tuberosas y con los mirtos. Para las que dejo olvidadas, para las que no toman el asiento que les corresponde de derecho en esta revista, va mi súplica de perdón. Digno de él es el pobre cronista que gasta su corazón inútilmente, que os da a todas, señoritas, un pedazo de él*

Muy cortejadas han estado este año las bellas. Les han gastado ya muchos gajos de flor de coyol. A la escasez de esta han sustituido los nombrados anicillos de la Repostería de Bengoa; pero... ¡Qué oprobioso es esto! Forma una nota mala, algo rayano en lo "cursi"*

¿Verdad que este es un bellísimo asunto?.....*

Desfila la procesión. Tiene esta un aspecto imponente. Todo va en orden, pulcramente compuesto de antemano. Casi anochece ya. La luz del sol va debilitándose porque él agoniza. Son millares y millares de velas

las que se ven brillar y también millares las bocas que mascullan, fervorosas, sus rezos.

Al pasar frente a mí el camarín mortuorio en que va el hijo de Dios hecho hombre y muerto por redimirnos, me he descubierto humildemente y un puñado de recuerdos se ha alborotado en el santuario de mi alma.

Y queden las fiestas del Domingo de Resurrección para la pluma de oro de Lohengrín.

Al escribir esta revista, siento el agradable perfume que despide un gajo de flor de coyol que, en un rincón de mi estudio, se marchita olvidado.

Sábado de gloria- 13 de abril de 1895

(*El figaro*, Domingo 21 de abril de 1895, Tomo II, No. 2, p. 9)

* El texto que corresponde a esa parte era ilegible en el original consultado

Páginas Patrióticas

Conde Paúl (Arturo Ambrogi)

El 15 de septiembre

Llegamos ya, señoras mías, muy señores míos, al quince de septiembre, a nuestro gran día. Llegamos a él, alegres y decididos, con el alma dispuesta al placer, henchido el pecho de santo entusiasmo y patriotismo. ¡El gran día de la patria!...*

Flamea en el ambiente claro y primaveral el pabellón tricolor. ¡Ah! ¡Nuestra bandera!

Bajo sus pliegues se abrigaron nuestros padres, mientras las balas llovían como torrentes de lágrimas de fuego, en las oscuras noches de nuestras luchas cruentas y sanguinarias, y la sangre, roja y fresca, empapó la enseña santa. Nuestra bandera tiene los colores más vivos y significativos. El azul de sus listas, es el color de las ilusiones, el matiz de los ensueños del adolescente. Azul... Como girón de cielo otoñal. Azul... Como ola del mar que llega a lamer la arenosa playa y se desfleca en espuma... Rojo! Ah! La sangre... El fuego ... La escarlata del gorro frigio... Blanco! El ensueño del niño... La veste de la desposada casta... La espuma intacta, la azucena sagrada, las fajas de lino, tibio y oloroso, con que se vendan las heridas reventoras... ¡Nuestra bandera! Por todas partes veía brillar esos colores: en el cucurucho de confites de los chicos, en las cajetillas de los cigarros, en el chiché llamativo de un aviso, sobre la puerta de algún tenducho; en todas partes. Preside las fiestas populares. La saluda, al enarbolarla en el asta, a la hora fresca del amanecer, el estampido del cañón, el trueno de los petardos, las dianas de las músicas militares, la lluvia de cohetes... Se llena de entusiasmo el corazón, el grito entusiasta estalla en los labios, cuando la vemos pasar ante nosotros, llevada en alto, entre el escuadrón de soldados de aire marcial, y guerrera flamante, al son de gloriosa marcha. Entonces... La sangre se sube a la cabeza, en oleadas; sentimos escalofríos por todo el cuerpo: somos salvadoreños y somos patriotas... ¡Salve!... ¡Nuestro pendón, siempre glorioso, pasa ante nosotros! ...Hincamos en tierra la rodilla y descubramos reverentes...

Cuando niños, ¡qué entusiasmo! ¡qué delirio por este día que hoy casi pasa desapercibido! Desde muy temprano la casa estaba en revolución. A la salva de cañones y las dianas de las bandas que saludaban en la Plaza de Armas la elevación de la bandera, hacía coro nuestro grito, aún en la cama. Nos levantábamos rápidamente. Ese día era de estreno. Luego... A la calle todo el día, a seguir la marcha de los soldados por las calles; a presenciar la gran parada, a ver los briosos militares... Hasta por la noche se volvía a casa. Y el regaño paterno llegaba siempre, pero... ¡Qué importa, si llegaba después de haber gozado!... ¡Qué de recuerdos!

Hoy, casi no nos acordamos de que es 15 de septiembre; de que hoy es nuestro gran día. El 15 llega para gozar, para hacer ruido; no para entristecer ni para aburrirse. El gozo comienza el 14. Este, trae de la mano, enchispao ya, a ese otro señor, que es militar retirado y que goza de una pensión. Es un crimen nuestro el recibirlo así; como a un extraño, como a un cualquiera... Recibámosle como se lo merece. No lo desdeñemos porque hoy es pobre, porque ha botado, en complacer nuestros caprichos, todo su capital. Recibámosle bien. Sentémosle a nuestra mesa, sirvámosle de nuestro vino; hagámosle charlar y reír. Ya es un anciano: tiene 74 años encima. ¡Pesada carga!

Fuera del discurso oficial, del banquete de orden en el Consistorial y del aluvión de discursos patrioterios en el paseo de Morazán, el 15 pasa como un día común, como un martes de semana. Es esta una fiesta, que hace el gobierno, como por no dejar

morir la costumbre. El pueblo casi no toma parte; él, que debía ser en la festival el alma. Tiene la fiesta una languidez exasperante, una seriedad oficial, un dejo de etiqueta fastidiosa. No. No debe ser así. ¡Lejos esas ceremoniosas tonterías! ¡Fuera los discursos cansados, de sabor académico! Dejadle eso a la gente de abajo, señores de arriba. ¡Que hagan ellos sus alocuciones! Dejad que al salón Municipal, en que el Gobierno está presente y el que llena la pechera deslumbrante, la levita traslapada irreprochable y el sombrero de pelo llegue "el jayán"; que esa tribuna que hoy ocupan hombres de gobierno, la ocupe el plebeyo de camisa de manta, charra de palma y chaqueta de jerga, y que nos recuerde que él, el de abajo, fue quien nos dio la independencia de que alardeamos; que él fue el que luchó encarnizado y fiero, que él fue quien derramó su sangre y fecundó con ella el árbol hermoso de la paz. Dejadles. Luego que llegue lo demás. Haced, señores del Gobierno, una fiesta para el pueblo. Tomadles de la mano y decidles: "¡gozad, ya que a vosotros os cuesta todo esto!"

Este es el día de los discursos, de los versos. El día en que a los poetas anónimos declaman sus versos, encaramados en el pedestal de la estatua de Morazán, ante la gente que aplaude a rabiar y prorrumpe en gritos cuando oye estas palabras: "Patria", "Independencia", "Tiranía", "Pueblo aguerrido".

No. No desdeñemos el 15. Recibámosle como se merece; ¡con el alma abierta al placer y el pecho henchido de entusiasmo y de patriotismo! ¡Con arcos de palmas y

cestos de flores, como se recibe a un libertador, después del triunfo!

¡Que las almas, hoy dispuestas al placer, sacien en el vino de la alegría su ansia indecible! ¡Que la bandera gloriosa flamee, lustrosa y viva, en el ambiente claro y primaveral!

Para las tumbas de los próceres, mandemos coronas de flores; inclinemos la frente y saludemos con el alma a la figura venerada del Padre Delgado, en el lienzo que ostenta, como una muestra de gratitud, el Municipio, en su salón de honor, y para el bronce de Morazán, en su paseo, tengamos un "¡viva!" que nazca del alma y estalle en los labios.

(*El figaro*, Domingo 15 de septiembre de 1895, p. 161-162)

Sonetos de Venus Púdicas

Venus Púdica

Román Mayorga Rivas

I

El agua en el estanque está dormida
Y la coronan pétalos de rosa,
A la indecisa claridad hermosa
De una aurora triunfal que vierte vida

Se dejó para el baño prevenida,
Límpida, y enflorada y olorosa,
Y ya llega la niña pudorosa
Al borde del estanque, desvestida

Toca la linfa con el pie; y al frío
Beso que siente, a echarse no se atreve;
Mas al mirar en el boscaje umbrío
Que la contempla un cazador aleve,
Al punto entrega al estancado río
Su cuerpo virginal de rosa y nieve.

Monsieur
Román Mayorga Rivas,
San Salvador.

Monsieur,

Je lisais hier votre "Venus pudica". Et comme la vision de la déesse surprise au bain persistait encore en moi, mon esprit conçut une autre Vénus, soeur parisienne de la première.

Elle est donc moitié de la vôtre.

Je me suis permis d'y inscrire votre nom, comme un hommage au délicat poète que vous êtes.

M. Landeau.

*Dans un mignon boudoir, tendu de satin rose,
Broché de nains mignards et de joufflus
amours,
Parmi les tons changeants des ors et des
velours,
Nue et belle, Venus, sur un divan repose.*

*Elle dort!— et fleur frêle au matin clair éclore,
Vers l'ideal vainqueur son rêve fuit toujours,
Emportant aux divins et bienheureux séjours
Un soupir échappé de sa bouche mi-close.*

*En face, dans un cadre, un jeune dieu, proscrit
De l'Olimpe sacré, la regarde et sourit,
La déesse s'éveille—et surprend le perfide,*

*Qui semble murmurer de bien tendres aveux...
Elle jette un cri, puis, rougissante, rapide,
Cache sa nudité dans l'or de ses cheveux.*

Señor
Román Mayorga Rivas,
San Salvador.

Señor:

Leía ayer su "Venus pudica". Y como la visión de la diosa sorprendida en el baño persistía en mí, mi espíritu concibió otra Venus, hermana parisina de la primera.

Es entonces mitad de la suya.

Me permití entonces inscribir junto a ella su nombre, como un homenaje al delicado poeta que usted es.

M. Landeau.

En lindo camarín color de rosa
Que ornán cupidos y querubes, ella
Como Venus desnuda, pura y bella,
Sobre un diván espléndido reposa.

Dormida, su alma vuela presurosa
Hacia un ideal lejano, que destella
Una amorosa luz como de estrella...;
Mas de pronto despierta temblorosa;

Y en frente ve en un lienzo retratado
A un joven dios, risueño, que la mira
Y que parece hablarle enamorado...

Ella da un grito... mas después suspira,
Y de su desnudez el gran tesoro
Cubre veloz con sus cabellos de oro.

Una historia de amor

La escritora Rafaela Contreras Cañas de Darío (1869 - 1893), quien adoptó el seudónimo literario de "Stella" vivió sólo veintitrés años. Publicó su primer cuento "Violetas y palomas" en el periódico salvadoreño "La Unión" (1889) que dirigía Rubén Darío. Tras leer ese relato, Rubén quiso conocer "al autor". Resultó ser una joven costarricense. Se enamoraron. Se casaron civilmente el 21 de junio de 1890. Al día siguiente, debido al golpe de estado que acabó con la vida del general Francisco Menéndez, quien patrocinaba a Darío en "La Unión", deben partir a Guatemala. Allí da Stella luz al hijo de ambos a raíz de lo cual queda quebrantada su salud. Regresó por ello a San Salvador, donde habitaba su familia. Vino sólo a fallecer.

Tres años más tarde, ya en Buenos Aires, publicó el poeta nicaragüense LOS RAROS, libro de semblanzas de los grandes autores decadentes y, antes de hablar de Poe, cuya vida y cuya literatura estuvieron tan marcadas por sus amadas muertas, recuerda Darío a Stella y le consagra el poema en prosa que aquí leeremos, junto a un cuento de la muchacha que Ricardo Roque encontró en sus andanzas.

El oro y el cobre

Rafaela Contreras Cañas (Stella)

El oro habitaba el principal; el cobre la portería.

Era en verdad un hermoso palacio, muy

hermoso. Cuanto al refinamiento, el arte y la moda pudieron inventar estaban allí bajo las formas más diversas.

Los marqueses Roberto y Cristina le habitaban. Oh! eran ricos, muy ricos. Vestidos siempre de seda y oropeles, cubiertos de joyas y piedras preciosas, en el día y por la noche entre los cojines de plumas, las pieles blancas y suaves y los cobertores de seda, vivían.

Iban al teatro, tenían, constantemente servida, opípara mesa, paseaban en coche por el bosque y los campos Elíseos, asistían a las carreras y los grandes bailes y recibían los constantes saludos de los más pobres y escuchaban como el zumbido de una colmena, aquellas constantes palabras melosas de la turba de aduladores, y se aburrían.

Su hijo Carlos Federico, el futuro marquesito, aun no tenía un año y era ya muy gracioso y tan lindo! Era una delicada flor en botón.

Rosadita y suave su piel; sus labios rojos sonriendo siempre; sus lindos ojos azules grandes y vivos y su cabecita formada de pequeños e innumerables rizos color del oro que debía heredar.

Le amaban, es muy poco, le idolatraban sus padres. Como vivía el pequeño, cubierto de riquísimos adornos y hermosas joyas! Sus pañales de suave seda y sus gorritas o bien de pieles blanquísimas o bien de valiosísimos encajes, según la estación.

Lloraba el niño? Se cantaba y se tocaba para hacerle reír o se le daban juguetes de gran valor que él rompía en seguida, para obtener otros.

Abajo, en la portería del mismo palacio, Manuel el portero y Rosa su mujer, pobres, muy pobres trabajaban todo el día. Manuel subía y bajaba, ya a dejar un recado, ya la correspondencia.

Rosa cosía y recosía, remendaba la ropa de hilo y bien ordinaria y la lavaba hasta dejarla más blanca que la nieve. Condimentaba sus escasos y groseros alimentos, pero de tal manera que llegaban a parecerles sabrosos y aun succulentos, limpiaba y barría su habitación, cantando sin cesar todo el día, y se amaban mucho Manuel y Rosa, y eran muy pobres, sólo monedas de cobre tocaban sus manos, pero era felices.

Su hijo, el pequeño Luis, tenía como el hijo de los marqueses poco menos de un año.

No era blanco como aquél, pero a su color, algo moreno, daba mucha belleza el rojo encendido de sus mejillas y labios. Sus ojos negros, rasgados y su cabellera de un castaño casi oscuro, rizada y suave.

Siempre reía, nunca lloraba. Con su camiseta de algodón, muy blanca, eso sí, sus pañales también de hilo y en vez de gorro un pañuelo anudado alrededor de su cabeza.

Estaba ocupada su madre? Lo ponía en el suelo sobre un pequeño colchón de paja que ella misma hiciera y allí, calladito, jugaba y se meneaba y reía con un pedazo de muñeco sin cabeza que Manuel recogió de la basura, restos de los que quebraba el marquesito.

Cuando Rosa concluía, le tomaba en sus brazos y jugaba con él y lo acariciaba, lo

besaba, le hacía bailar sobre sus rodillas y le decía cuanta frase melosa encontraba a mano como intérprete de su amor.

Por la noche se dormía en brazos de su padre que le depositaba luego en su pequeño jergón, cubriéndole hasta con sus ropas para que no tuviese frío en invierno. Cuando alguna moneda de cobre se podría librar a fuerza de economías, iba Rosa corriendo y traía cintas y género ordinario y le confeccionaba una gorrita para los domingos, y así, loca de alegría y llena de vanidad le llevaba fuera para que todo el mundo le admirase con traje de gala y cantaba sin cesar ella y él sonreía y besaba al morenito.



Enfermó un día el pobre niño y su madre llorosa porque no tenía como llamar al médico, fue a buscar con qué hacer una tisana, pero la fiebre no cedía y ellos lloraban. Diéronle otros remedios, de esos de riquísimo costo, y el niño recobró la salud y volvió a ponerse encendido y robusto; volvieron sus padres a ser felices.

El marquesito cayó a su vez en cama; lo mismo que Luis, tenía fiebre.

Llamaron al médico, corrían los criados, abundaban las medicinas. El niño empeoraba. Se llamó a todos los médicos, discutieron mucho, recetaron y recetaron y dieron al pobre mil drogas, pero al tercer día había muerto.

Sus padres lloraban, gemían y se desesperaban. El cuerpecito frío del pobre Carlos Federico, estaba deslumbrado de terciopelos, oro y sobre todo piedras valiosísimas.

Rosa con su pequeño Luis en los brazos, con la cabeza envuelta en un pañuelo negro en señal de duelo y su ropa de algodón, fue a contemplar al marquesito. Luego que le vio mucho y le admiró aún más, tomó de la mano a su marido y exclamó:

-Cuánta miseria, adornada con esa opulencia.

-Tienes razón, contestó él. Y nuestro tesoro no se conoce ni se ve porque va cubierto de miseria.

Tomó los brazos de Rosa, a su Luis y se alejó besándolo mucho.

Al siguiente día, el entierro. ¡Oh! fue es-

pléndido. ¡Cómo desplegaron pompas, cómo corrió el oro, para llevar dignamente al marquesito al hueco negro y sombrío donde él, lo mismo que sus lujosos vestidos, debían quedar hechos polvo!

Al volver los pobres padres del cementerio, Manuel todavía con su pequeño abrazado, les salió al encuentro para darles las muchas tarjetas que habían llevado para significarles su duelo los amigos y los aduadores.

Hasta entonces, por primera vez desde que aquellos porteros vivían allí, reparó en el lindo chico, mal vestido, pero sano y riendo.

Mirólo el marqués lleno de envidia y le preguntó al padre:

-¿De quién es ese niño?

-Es nuestro, señor marqués.

-¿Lo quieren mucho?

-Le adoramos, señor.

-Y ¿sois felices?

-Mucho. Nada ambicionamos.

-Entonces ¿sois ricos?

-No señor, nuestro tesoro y nuestra dicha es el amor que Rosa y yo nos tenemos y el que tenemos a nuestro Luis. Trabajamos mucho, pasamos muy pobremente, pero estamos siempre contentos y somos felices.

-¡Ay, sí! Tienes razón. Nosotros entre el oro y la abundancia nos fastidiamos. Adorábamos a nuestro hijo y él ha muerto. Para siempre ha huido de nuestro lado la dicha. ¿Qué somos hoy? Unos pobres, más po-

bres que tú. No es donde hay oro que hay felicidad y alegría.

-Toma, agregó luego, dando a Manuel cuatro monedas de oro, toma ese oro que para nosotros no brilla más y que no ha impedido que fuésemos unos miserables, y empléalo en dar a tu hijo más compostura y comodidad. Gozaréis y seréis aún más dichosos.

El oro, por primera vez en la vida de aquellos esposos, penetraba en la habitación donde el cobre moraba, pero también la paz y la alegría.

Aquel invierno Luis durmió envuelto en suaves pieles como un noble y en verano tuvo gorrito de cintas y vestido completo. Y sonreía él y sus padres locos de contento, le llevaron a paseo y le besaron y cantaron haciéndole saltar entre sus brazos.

(*El figaro*, 4 de noviembre de 1894 Tomo I, no. 3, p. 24)

Stella

¿Por qué vino tu imagen a mi memoria, Stella, Alma, dulce reina mía, tan presto ida para siempre, el día en que, después de recorrer el hirviente Broadway, me puse a leer los versos de Poe, cuyo nombre de Edgar, armonioso y legendario encierra tan vaga y triste poesía, y visto desfilarse la procesión de sus castas enamoradas a través del polvo de plata de un místico sueño? Es porque tú eres hermana de las liliales vírgenes cantadas en brumosa

lengua inglesa por el soñador infeliz, príncipe de los poetas malditos. Tú como ellas eres llama del infinito amor. Frente al balcón, vestido de rosas blancas, por donde el paraíso asoma tu faz de generosos y profundos ojos, pasan tus hermanas y te saludan con una sonrisa, en la maravilla de tu virtud, ¡oh, mi ángel consolador!, ¡oh, mi esposa! La primera que pasa es Irene, la dama brillante de palidez extraña, venida de allá, de los mares lejanos; la segunda es Eulalia, la dulce Eulalia de cabellos de oro y ojos de violeta, que dirige al cielo su mirada; la tercera es Leonora, llamada así por los ángeles, joven y radiosa en el Edén distante; la otra es Frances, la amada que calma las penas con su recuerdo; la otra es Ulalume, cuya sombra yerra en la nebulosa región de Weir, cerca del sombrío lago de Auber; la otra, Helen, la que fue vista por la primera vez a la luz de perla de la luna; la otra, Annie, la de los ósculos y las caricias y oraciones por el adorado; la otra, Annabel Lee, que amó con un amor envidia de los serafines del cielo; la otra, Isabel, la de los amantes coloquios en la claridad lunar; Ligeia, en fin, meditabunda, envuelta en un velo de extraterrestre esplendor... Ellas son, cándido coro de ideales oceánidas, quienes consuelan y enjugan la frente al lírico Prometeo, amarrado a la montaña Yankee, cuyo cuervo, más cruel aún que el buitresquiliano, sentado sobre el busto de Palas, tortura el corazón del desdichado, apuñalándole con la monótona palabra de la desesperanza. Así tú para mí. En medio de los martirios de la vida me refrescas y alientas con el

aire de tus alas, porque si partiste en tu forma humana al viaje sin retorno, siento la venida de tu ser inmortal, cuando las fuerzas me faltan o cuando el dolor tiende hacia mí el negro arco. Entonces, Alma, Stella, oigo sonar cerca de mí el oro invisible de tu escudo angélico. Tu nombre luminoso y simbólico surge en el cielo de mis noches como un incomparable guía, y por tu claridad inefable llevo el incienso y la mirra a la cuna de la eterna Esperanza.

(Fragmento de POE en LOS RAROS)

PROSAS Y VERSOS DE HOY

Argumentos medianamente estúpidos o bellamente inhumano

Aníbal Cerón

A quien interese

Señor don lector: el equipo de producción de mi mente le da la más grandiosa de las bienvenidas, esperamos, el caballero "yo" y el seigneur "je" and of course el ilustre "I" que pase buenos momentos en nuestros territorios, que aun no hemos terminado de explorar y le pedimos de favor, que si hay alguna cosa que tenga decir mientras lee estas cortas palabras de estos humildes servidores, se calle la boca y espere al final para darnos sus interrogantes, trataremos de guiarlo de la mejor manera para poder pasar la frontera del caos a la exaltación del caos mismo.

Atentamente suyos los ya mencionados.

Hay días, hay días felices, días olvidados, días de esfuerzo, de extraña satisfacción y de aparente resignación; hay días, días en los que hasta tu perro te da la espalda descaradamente. Todo comienza una mañana en un lugar cualquiera de una ciudad cual sea, pero temprano al amanecer.

Podría, si pudiera, me gustaría, eso suena mejor, me gustaría leer tu mente, claro me encantaría hacerlo, pero ni así lograría entenderte, pero disfrutaría indagando en tus sueños y leyendo tus secretos, buscar

en tus recuerdos... la mente humana debería ser producto de intercambio, las ideas deben ser libres y volar y buscar y encontrar y... encontrarse con otras mentes, quiero leerte y lo haré.

Yo creo, supongo, no sé, quizá he vuelto a nacer o más bien nací, vi la luz y ¡no me gustó! Vine al mundo y ¡lo odié!; francamente no deseo nada aquí, más que ser visto por unos pocos y ver a esos pocos; la realidad no me pareció, el odio de los ojos de la gente, el continuo desprecio de los unos a los otros, la falsa belleza y la infamia mayúscula del poder, la falsedad en el rostro, en los ojos, en el alma.

Para lograr cada objetivo se debe que recurrir a la manipulación, sea como sea, la política, la guerra, la diplomacia, el comercio, el arte, el amor.

*Qué maldita humanidad,
somos peones del ajedrez
maldigo a quien creó esta realidad,
una maldita bola de estrés*

No soy nada, absolutamente nada, y tu menos que nada, claro si CREES ser superior, caso contrario, parecido a mi nada, pero nunca igual.

La humanidad inventó la religión en todas sus variantes, y se dice que no puedes dejar de creer en algo, sólo digo algo al respecto, piensa bien en que creer.

Todos queremos ser escuchados, porque queremos (de alguna manera) manipular, todos queremos ser engañados, la verdad

es tan cierta como efímera y relativa, la mentira es absoluta e imperecedera, mientras haya algo de humanidad, esperamos algo a cambio de algo o más bien todo a cambio de nada, serviles, hipócritas, engañosos y completamente morales y éticos. TODO es una distracción a la concentración, nada significa algo, el algo para ser algo debe estar rodeado de nada, muchos algos no son más que nada, si no está la nada y aun en el todo ¡no hay nada!

Cuando las necesidades del alma se vuelven necesidades carnales es bueno, purifica la energía vital, el problema es que los placeres del cuerpo se transmuten a necesidades del alma.

Crucé el umbral de mi pensamiento, lo expresé, resulté ser... ser... mi ser... mi ser bellamente inhumano, los poetas lo expresarían mejor o los actores lo interpretarían de gran manera, los músicos tocarían para que los bailarines bailen ¡pero yo no!

Este momento no es de auto destrucción, ni de cuestionamiento al, o, a la humanidad, sino más bien le doy la razón al mundo, no somos nada más que vagos, y estamos orgullosos de ello, no es porque tome el papel, no es por ti, espero, no entiendo todas las situaciones que me plantea "yo", necesidad hay, ¿pero será realidad?, ¿ficción?

Filosofía, o patafísica, mala caligrafía y pura falsedad, ganas de crear y no tener la mínima idea de lo que hablo, divago, me molesto, me hacen jactarme (nunca había escrito esa palabra). Veo el odio, la necesidad y la pureza y ya no quiero más, si pudiera huir

lo haría, pero no puedo, no debo más bien, y en realidad no quiero, me encanta ver los trozos de lluvia y de sol sobre la búsqueda de la fe misma.

Un labial café en la boca, unas manos nerviosas, extrañas expresiones, enfermedad, producto de las malas maneras y además un café y un cigarro, gasto innecesario de tiempo que ya había sido invertido.

No sé qué es exactamente lo que pasa, sucesos irrelevantes a mis ojos que debería de comprender o al menos saber de qué hablan, si acaso hay una grada en la que me pueda caer me caeré, eso me lleva a explotar en furia desmedida contra mis mejores provisiones y armas. Me desarmaré, pero después de disparar contra la vida misma, la vida es una cobardía absoluta, tanto como la mentira, la inmadurez me lleva la luz del sol, como detesto la luz del sol, me hace emanar humo por la nariz y por la boca, y me trae un aire de muerte. Un día perdido, una semana de olvido un mes, un año y una vida, me atrae la idea del suicidio, toda la vida en un café lleno de pseudo-intelectuales; la vida es muy corta para pensar mes amis, ejecutemos al cerebro y fusilemos a la razón, porque la risa se ha ido, no volverá hasta que tú lo ordenes madame.

La luz me invade desde el suelo y el tren no para de andar, la gente de correr, los niños de llorar, ¡¡¡el ruido!!!, quiero dejar de morir o morir definitivamente, pero hasta la muerte es relativa, verdad jarry, castell o ubú el que sea. Fachas, maldición, fuera fachas, mussolini te odio más que a mí



mismo, tu eres el culpable tu iniciaste todo esto, ojalá no hubieras nacido, acabemos con el socialismo y con el capitalismo y acabemos con mi resistencia, alguien acabe con todo eso.

En resumen, me desesperan, el humo de mi nariz, el ruido de la vida, la política en definitiva y tú que seguro entiendes lo que digo, no me entiendas, sácame de aquí, no quiero más, ya no, ya no más.

Aunque la falsa belleza me distrae, sólo lo bello me satisface, para qué pensar, mejor evitar la moral y dejemos de andar no me amarro y me odio, no quieras seguirme que no me encontrarás, el maligno ser no puede alcanzar al que canta a la vanagloriada vida, o me matas o me amas; definitivamente mátame, si no me amarás de verdad.

Los nervios se alteran siempre por el bien o por el mal, pero no hay ni bien ni mal, sólo relativa realidad.

En las circunstancias adecuadas solemos llenarnos de emoción, sacar nuestros demonios y atentar contra la sociedad, la experiencia de la vida no siempre es lo que los sueños dicen, las pesadillas en realidad son sueños frustrados por la fuerza siniestra a nuestro alrededor, ¡la energía vital!

Al escuchar cotidianidades aprendemos la vacilación y superficialidad humana y al hablar lo cotidiano somos lo cotidiano. Cuando cada día nos repetimos, cotidianamente, somos políticamente correctos y educados, entramos a un lugar y saludamos, pero no tenemos la mínima intención de darnos cuenta de lo que pasa en ese lugar, poco nos importa el lugar donde estamos

Podría ser que al final termine suicidándome, lanzándome de un puente muy alto y así, al fin perder el vértigo, ya que toda mi vida actual es el sueño de mi vida anterior, y sueño de mi fin siempre fue ese: tirarme del puente más alto del mundo.

El déjà-vu de la vida siempre se repite, ciclo interminable de vida y de muerte, pero la muerte no puede alcanzar las ideas, por tanto se deben recordar todos y cada uno de los sueños, para tener noción de lo que pasa en la realidad, incluidas nuestras más siniestras pesadillas, somos lo que antes quisimos ser, con cierta relatividad claro, detalles faltantes, pero todo con una claridad mágica que deslumbra la mirada y el oído de quien esta ahí, con el estado alterado del alma seguimos siendo los mismos que quisimos ser, con todas las virtudes soñadas, pero con muchos más problemas que nunca imaginamos ni en nuestras peores pesadillas.

Hay un poema del maestro de mi maestro que me encantó y pareció apropiado para este texto:

*Doy por ganado todo lo perdido
y por ya recibido lo esperado
y por vivido todo lo soñado.
y por soñado todo lo vivido.*

*La más viva congoja eché al olvido,
del sueño más feliz no he despertado,
y agradezco la pena que me han dado
que en flor de suavidad se ha convertido.*

*La tristeza quemante del pasado
tiene un color de sueño parecido
al de la fuga del amor logrado.*

*Y es porque el ansia y la inquietud se han
ido
al recordar que el cielo prometido
comienza por la herida del costado*

Juan Guzmán Cruchaga (chileno)

Y continuando con los míos.

Poned atención a todo lo que circula a vuestro ser y tened paciencia y sapiencia, no desesperar, escuchad lo que tengáis que escuchar matémonos, así le hacemos un favor a la tierra, pero primero matemos a quien nos venda las arma, luego yo me lanzo de mi puente, y ustedes se matan y acabamos con toda esta relativa realidad, maldita sea mi mente. Bueno señor don lector lance todas sus interrogantes.

¡NO LAS RESPONDERÉ!

TRAS LEER A MAQUIAVELO

La vida es muy corta para hacer daño a medias.

RECORD

Tengo veintidós años y aun no me han matado ni he matado a nadie Oo.

SABIDURÍA

(Paráfrasis de Bart Simpson)

Google todo lo sabe.

BORRACHERAS

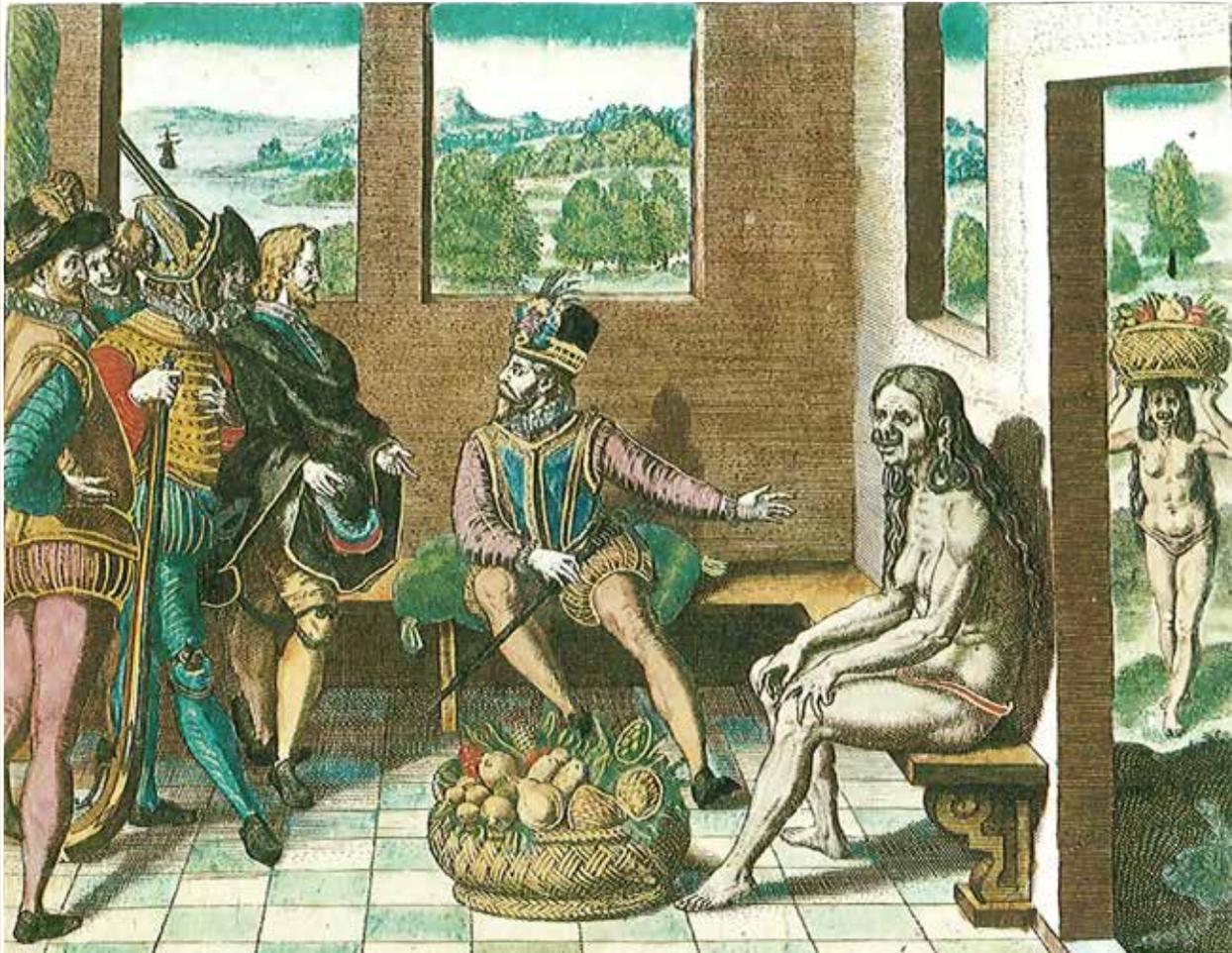
Para enseñar a un niño como ser un niño es necesario un niño más grande, por eso le pido consejo a mi tío, que es más grande que yo y tiene un desvergue más grande.

EL MOMENTO PRECISO

La mayoría de la gente sólo reflexiona cuando va a morir.

OPCIÓN

Mi opción es olvidar. Recordar es arrepentirse.



El grito de los confundidos

Roger Guzmán

No hay tiempo No hay tiempo
Ni para llorar ni para reír
sinceramente
No hay tiempo y el sol se apaga
No hay tiempo para los sueños
No hay tiempo No hay tiempo
Y todos debemos repetirnos que no hay
tiempo

Debemos correr
En nombre de la fe corramos
Y que el último en llegar sea una gallina
Que nos dé huevos para el desayuno
Y su carne para el almuerzo
No debemos descansar

Ni hablar con el vecino
Y debemos reír y reír
Para que los espejos no envejezcan
Y debemos correr detrás del sol
Y vivir sólo los días del mundo
Para que los espejos no oscurezcan

Vivamos la era del insomnio
Vivamos el tiempo de los espejos
Hay que atarnos a las corbatas
Que atarnos a los espejismos
Y reír con dulzura ajena
No hay tiempo para los sueños ni para la
oscuridad
Cerrar los ojos es negar la luz del mundo
Cerrar los ojos es volver inútil el sacrificio
de Prometeo
No hay derecho a pestañear
En nombre de la fe hay que elevar los ojos

No hay tiempo No hay tiempo
 Ni para llorar ni para reír
 sinceramente
 No hay tiempo y el sol se apaga
 No hay tiempo para los sueños
 No hay tiempo No hay tiempo
 Y todos debemos repetirnos que no hay
 tiempo

Debemos correr
 En nombre de la fe corramos
 Y que el último en llegar sea una gallina
 Que nos dé huevos para el desayuno
 Y su carne para el almuerzo

No debemos descansar
 Ni hablar con el vecino
 Y debemos reír y reír
 Para que los espejos no envejecan
 Y debemos correr detrás del sol
 Y vivir sólo los días del mundo
 Para que los espejos no oscurezcan

Vivamos la era del insomnio
 Vivamos el tiempo de los espejos
 Hay que atarnos a las corbatas
 Que atarnos a los espejismos
 Y reír con dulzura ajena
 No hay tiempo para los sueños ni para la
 oscuridad
 Cerrar los ojos es negar la luz del mundo
 Cerrar los ojos es volver inútil el sacrificio
 de Prometeo
 No hay derecho a pestañear
 En nombre de la fe hay que elevar los ojos
 al poniente
 Y perseguirlo sin abandonar una gota de
 sudor
 Hay que condenar a los que posean camas
 Y quemarlos en ellas y a sus

almohadas
 En nombre de la fe hay que poner ejemplo
 El sacrificio es la única vía para llegar al
 paraíso

No hay tiempo No hay tiempo
 Los espejos se han quebrado y ahora
 somos más los elegidos
 No temáis a los que matan el cuerpo
 Porque somos reflejos y vivimos de
 espejismos

Más reales que los sueños
 No hay tiempo para soñar
 Hace frío en los sueños
 Y necesitamos calor

Hace frío de puertas abiertas
 Y de ventanas
 Hace frío de oscuridad
 Y de imágenes sin color

Y en nombre de fe hay que calentar al
 mundo

Y si el cielo se congela hay que
 quemarlo estrella por estrella
 Y si la ciudad duerme hay que
 arrasarla como a Sodoma y Gomorra
 Y si el niño se cansa debemos
 golpearlo hasta que encienda
 Porque no hay tiempo para el
 cansancio

No hay tiempo para el letargo de los
 árboles

No hay tiempo para los pájaros
 Si nos detenemos sufriremos un infarto
 Y un infarto es la muerte del corazón
 Y qué haremos sin corazón
 Cómo mediremos el tiempo
 A través de qué nos haremos
 insensibles

Porque del corazón pasan las ideas al
 cerebro

Adónde implantaremos los miedos

No hay tiempo para perder el corazón
 Sin corazón no tenemos peso
 Sin corazón es inminente el frío
 Y el infierno sólo puede ser frío
 Porque sólo a través del fuego hemos
 podido comer la carne de otros animales
 Y ser ahora los elegidos
 En nombre de la fe no hay tiempo

Los misiles estallaron y premiamos con la
 paz a quienes nos hicieron la guerra
 En el espejo hay un eco para piano y
 orquesta
 Los golpes en sus paredes y sus ondas sin
 fin

Un espanto para violín y coro
 (Yo apago la luz y puedo amar
 Apago la luz y puedo soñar
 Pero no hay tiempo para los sueños)

No hay tiempo y ya llegó la mañana
 apenas atardeció
 No hay tiempo El sueño casi vence mis
 párpados
 No hay tiempo No hay tiempo
 Es un sitio sin fe
 No hay tiempo No hay tiempo
 Es la consigna de la muerte
 No hay tiempo
 Es el grito de los confundidos

Memorias del edén

Ronald Rivas
 (Fragmentos)

I

Todo es la noche
 Vos y tus labios,
 Tu cintura,
 Tus manos

Y el delicado gesto cuando apagas la
 lumbre

II

Curas como la mirra
 Y su lluvia de suave cobre,
 Cuando gotea el tiempo
 Sobre los huesos

Del primer animal que matamos:
 ¡Aún recuerdo los negros cabellos de Abel!



La purísima

Elena Salamanca

(Del libro inédito LA FAMILIA O EL OLVIDO)

A la memoria de Francisco Andrés Escobar

La abuela no decía más.

Al terminar un nuevo mantel, me mandaba a entregarlo a la iglesia. Antes de salir a la calle, tenía que recogerme el cabello. Mi cabello era largo y enredado como las bolas de hilo con las que bordábamos. La abuela me obligaba a sentarme en el patio y me trenzaba el cabello. En trenzas iba a misa, rezaba en los rosarios, cantaba en las procesiones.

Las ancianas del pueblo querían peinarme. Desfilaban por la casa con sus peinetas y sus pequeños ganchos de marfil que se clavaban en mi cuero cabelludo como garrapatas de fantasía. Una de ellas tenía el cabello blanco hasta los pies y me peinaba con la peineta de concha nácar que su abuela le había heredado cuando era niña, un siglo atrás. Otra era gorda y con poco pelo, me hacía rizos y colocaba flores silvestres en mi pelo.

Una vez, lo solté.

El pelo largo es signo del diablo, dijeron las viejas.

Sonreí.

Se persignaron.

Me dejé suelto el cabello y salí a la calle.

Las viejas cayeron de hinojos.

En este pueblo debió pasar algo. Los hombres que quedaron son viejos y barren la iglesia o pasan por la basura. Cuando hay una muerta, cada año muere una vieja, pasan con una carreta y la llenan de rosas. Cuando la vieja ha muerto niña, cuando no conoció nunca hombre, las rosas son blancas.

En este pueblo las viejas viven en eterna cadena de oficios. Unas cocinan pescados con garbanzos, quesos, frutas en conserva. Otras tejen las telas con las que nos vestiremos todo el año. Algunas cosechan huertos, otras hacen el pan. Han sido designadas, o condenadas, a transmitir de generación en generación el mismo oficio. Mi abuela aprendió de su abuela a bordar y coser. La iglesia del pueblo tiene los santos más antiguos de la región y mi abuela fue educada por su abuela para cuidarlos. Aprendió a coser, aprendió a vestirlos. No todas las viejas tenían el privilegio de la abuela de mi abuela. No a todas les nacían nietas para educarlas, a algunas ni siquiera les nacían hijas. Y cada vez nacían menos hijas y menos nietas.

Mi abuela al igual que su abuela, repetía, era afortunada: me tenía a mí.

Algunas mujeres del pueblo eran designadas para tener hijas. Salir al mundo, entrar al mundo, conocer un hombre. Parir. Educar hijas en los oficios generacionales. Nunca

he sabido de dónde salen los esposos y qué pasa con los hijos hombres. Las viejas se cosen las bocas como cosían los vestidos de los santos y nunca he escuchado el nombre de un hombre que no fuera San Juan, San Sebastián o San Nicolasito.

Yo imaginaba que los hombres debían tener nombres distintos, vitales, y cuerpos viriles, sin estigmas.

Yo siempre imaginaba a los hombres.

Cuando mi abuela creyó que yo tenía suficiente edad para aprender a vestir santos, me encomendó coser el ajuar de San Juan y María Magdalena. Cada año, la abuela y yo nos sentábamos horas frente a la ventana y veíamos la montaña y el campo y pensábamos qué color y qué tela, qué brocado, qué seda, qué lana cardada o listón usaríamos para los trajes de de la semana mayor. De toda la región venían viejos a requerir nuestros servicios de costureras con sus cargas de tela para vestir a sus santos: chantús, brocados, terciopelos.

Vestir santos no es fácil. Uno tiene que lavarse las manos antes de tocar la imagen que va a vestir, cubrir los ojos de las otras tallas, cerrar los suyos al desnudar al santo, y, sobre todo, no haber conocido varón.

Conocí al primer hombre el día que me solté el cabello. Era el único hombre en la calle. Se acercó a mí y me dijo que había visto cómo limpiaba los ojos de San Juan y cómo, al limpiarlos, los ojos parecían ver de verdad. Verme.

Sabía mucho de santos, era aprendiz de tallador, me dijo. Rondaba por los pueblos en

busca de los santos más antiguos, observando sus rostros, aprendiendo de sus cuerpos. Un crucificado jamás tendría cabello real, uno yacente, en cambio, tendría el cabello recogido en rizos reales, y la madera de cada uno sería distinta. Lo sabía por el olor.

Yo nunca había oído a un hombre.

Desde la ventana de la casa veía pasar a los viejos que vivían en el pueblo y presentía que apestaban como limones olvidados. El cura que venía de un seminario al borde de un barranco para officiar la misa cada domingo olía a incienso. Nunca un hombre joven había estado cerca de mí, y este hombre, el primero, olía a árbol después de la lluvia.

El primer hombre siguió estando en la calle todos los días cuando yo volvía de la iglesia. Me esperaba. Hasta una tarde que lo encontré afuera de La Perpetua, la única pensión del pueblo.

En este pueblo no había hombres como no había forasteros, las mujeres no deben viajar nunca solas, decía mi abuela, y la pensión era una casa deshabitada que se iba despintando y llenando de polillas.

Entramos.

Él no llevaba maletas.

El primer hombre volvió a hablarme de los santos y me dijo que sabía que el cabello de las vírgenes era cabello real, de niña. Mi abuela había dejado crecer mi cabello durante años para un día ofrecerlo a la Inmaculada. El primer hombre lo sabía. Me había visto, decía, me miraba.

Sus pestañas eran redes dentro del pozo donde me ahogaba. Y en la pensión, el piso rechinaba y era azul como un ojo muerto, y la cama, blanca como un ojo ciego, y el primer hombre, húmedo.

Blanco y desnudo como estaba, parecía también un santo. Cerré los ojos y lo dejé hacer.

Sus manos habían sido talladas con prodigio y se deslizaban por el vestido bordado por mi abuela, por mi cuerpo convulsivo.

Lo dejé seguir haciendo.

Nunca había sentido dolor y nunca había llorado como lloré bajo el primer hombre. Miré sus ojos y me ahugué. Cerré mis ojos de nuevo. Él siguió haciendo y doliendo.

Sentí su humedad sobre mi vientre y tuve frío. Abrí los ojos y vi que se preparaba para irse.

Murmuraba algo, una maldición.

Mi sábana no estaba manchada.

Se fue.

Volví a vestir santos.

Un día, mientras cosíamos el traje que llevaría María Magdalena el Jueves Santo, mi abuela se acercó a la ventana y suspiró:

- Es una pena que hayan cerrado el Convento de las Arrepentidas.

- ¿Por qué, abuela?

- Para enviarte ahí.

- ¿Por qué, abuela?

- Deberías arrepentirte de lo que hiciste.

Y volvió la mirada con sus ojos blancos de azúcar. Había dejado de bordar canutillos y cristales porque estaba perdiendo la vista. Con la vejez, todos los dulces comidos en la juventud se parecen a la muerte y estaban llenando el cuerpo de mi abuela, sus ojos. Regresó a la mesa de costura y suspiró de nuevo, buscó un canutillo naranja y quiso enhebrarlo. No pudo.

La abuela sabía que una vez me encontré afuera de la iglesia con un hombre.

-Es un muchacho tallador de santos –le dije entonces.

-Los muchachos también son peligrosos. Ese nunca ha tocado más que madera y su carne reclama carne.

La abuela no supo más del primer hombre. Pensó que me dejé acompañar por él al mercado y que incluso nos sentamos en el parque a ver la fuente central. Nunca supo de la pensión.

Nada en mí había cambiado: ni la mirada, ni la sonrisa, ni la forma de caminar. Ni se me había formado un hueco en la muñeca como ella afirmaba. Mi sábana no estaba manchada, y mujer que no mancha sábana no es pura. El marido debe devolverla a la casa y repudiarla, y, en casos de escarmiento público, quemar el velo del ajuar sobre sus manos de cualquiera. El fuego todo lo purifica.

Yo no me había casado con el primer hombre. Quizá por eso era peor. Él no podía devolverme a la casa de la abuela y romperle

el alma como me la había roto. El alma debía ser como la tela con la que hacíamos las mantillas de la Señora de los Dolores, y el primer hombre había rasgado la mía con sus manos de santo de alabastro.

Ninguna de las puntadas que la abuela me había enseñado para remendar podía zurrirme el alma. Y cuando la abuela giraba los ojos a la montaña o al fogón, yo lloraba, en el cuarto de costura, en el jardín, en la cocina.

Me habían dicho que se lloraba al partir cebollas, pero lo mismo sucedía con el pan, el queso y las fresas.

Es cierto que el primer hombre nunca se olvida.

* * *

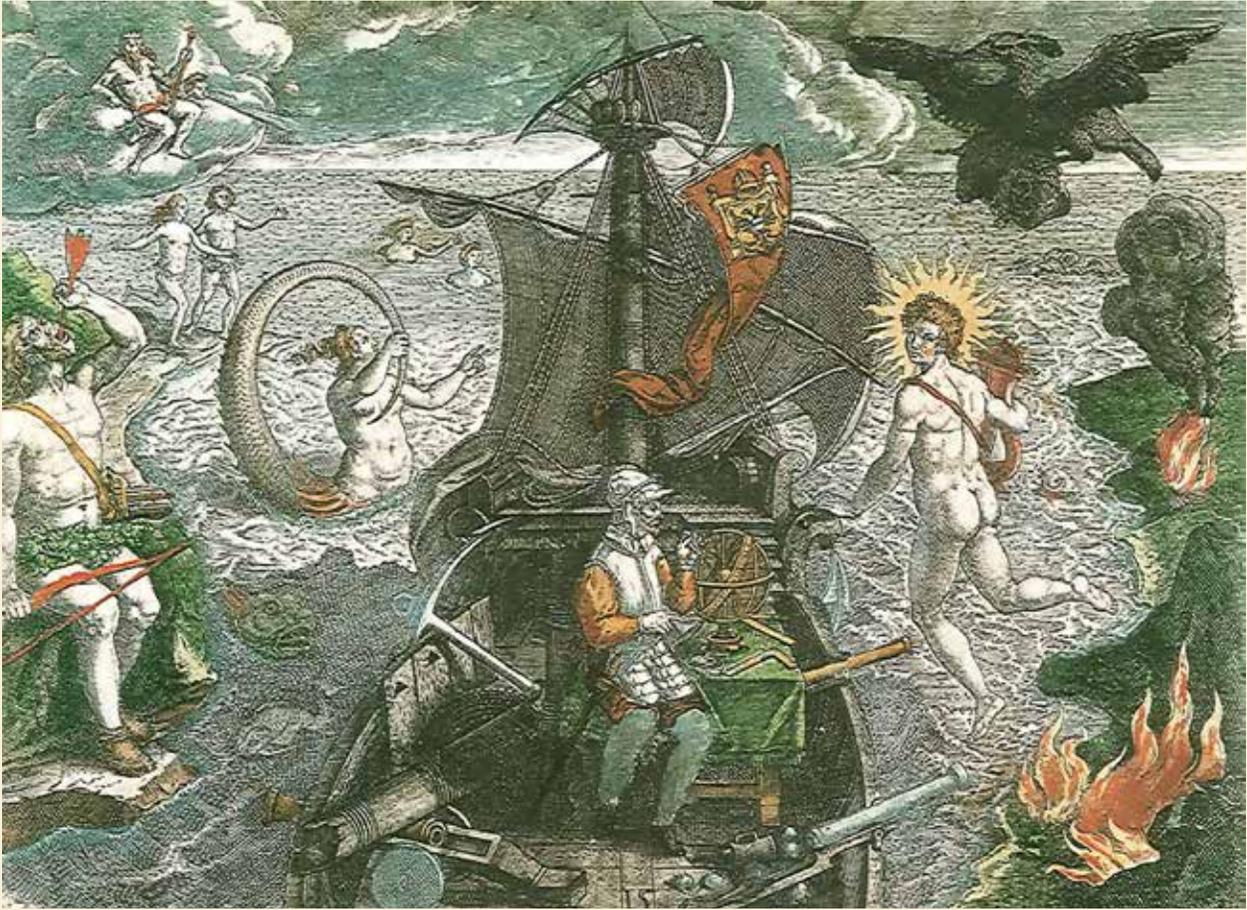
Había un cuarto viejo al lado de la iglesia en el que había muchos libros. Yo corría a leerlos después de misa. Mi abuela pensaba que leía las vidas pías de San Mauro o Santa Rita, pero yo buscaba un libro sobre el olvido.

Y todos, Santo Tomás y Santa Teresa, hablaban de amor.

El amor era un ardiente dolor, un corazón dibujado en alguna miniatura de los libros, un trozo de madera tallada sobre el pecho de Cristo. El amor, me dijo el segundo hombre, es una idea.

Cuando vi al segundo hombre, supe que haría el amor con él.

Mi abuela veía cada vez menos. Ya no po-



día enhebrar agujas, bordar con canutillos, coser.

Teníamos que coser los ajueres de la semana mayor de ese año, ella había elegido un terciopelo para la virgen, necesitaba ver. Me envió a la ciudad a comprar medicamentos.

Las viejas que me peinaban la cuidarían en mi ausencia. Yo no tendría que preocuparme, sólo apresurarme. La ciudad estaba a dos días de viaje en tren. Regresaría en menos de una semana.

Preparé apenas una bolsita para el viaje, caminé sola a la estación. En el camino de polvo ensucié mis zapatos y no vi más que gatos y viejas. Las viejas me decían adiós desde sus ventanas, que Dios me socorriera

y volviera pronto y con bien. Una tenía un bebé entre los brazos. Ojalá no fuese niña.

El segundo hombre apareció en las bancas de espera de la estación. Tampoco llevaba maletas.

Era alto y combativo como un arcángel. Mi abuela decía que los arcángeles eran altos y de ojos encendidos. Los ojos del segundo hombre eran dos túneles, no tenían fin. Pensé en San Miguel y en su enérgica pierna que doblega al diablo, pensé en San Rafael, con su cabello encendido y largo, cuando salía en procesión sobre una lancha y lo llevaban los pescadores viejos del pueblo vecino.

Había visto pocas veces a los arcángeles.

La abuela me había encargado pasar a la ciudad también por telas, encajes y canutillos para los nuevos vestidos de las fiestas. Intenté concentrarme en la cuenta de pedidos y en cómo podía bordar la túnica de San Juan este año. Le diría a mi abuela que bordaría un dragón sobre el pecho del evangelista. Mi abuela se opondría y diría que es San Jorge el que se enfrentó al dragón, que San Juan, en cambio, representa la juventud y la pureza y que lo mejor sería bordar una flor, un lirio. Yo le diría que el dragón sobre su pecho representa la fuerza del evangelio y que lo imaginara brillando sobre el pecho de San Juan, la noche del miércoles santo. Haría caer de rodillas a todas las ancianas; se vería hermoso y brillante recamado con canutillos. Cuando se llevan muchos años cosiendo el traje de San Juan, es fácil atribularse al pensar en el tono de verde que usará ese año. La naturaleza no nos ha dado tantos colores como telas merecemos.

Pensando en esto estaba cuando el maquinista sonó el silbato, era hora de abordar el tren. La abuela nunca me había enviado de viaje. Una mujer nunca debe hacer un viaje sola. Mucho menos, una mujer joven. Me levanté y corrí a mi vagón. Cuando llegué a mi asiento, el segundo hombre estaba sentado en la ventana junto a mi lugar.

Todo el camino reímos y vimos a la vera las hileras de chopos desnudos, como una gran maraña de pestañas de santo.

El segundo hombre había leído a todos los tomases: Santo Tomás el incrédulo, Santo Tomás de Aquino y Santo Tomás Moro. Y

no estaba de acuerdo con ellos. La religión, me dijo, es también una idea.

Todo, dijo, es una idea.

Yo no conocía muchas ideas. Había sido educada en una casa de una vieja; ahí nos reuníamos cinco niñas, y ella nos enseñaba a leer, escribir y bordar. Pero nunca a pensar. Las niñas hablaban de sus bodas y cómo sus vestidos serían blancos y enormes, como un campo de nardos florecidos.

Una vez, en la única boda celebrada en el pueblo, mi abuela me dijo que la mujer que se casaba no era más señorita. Era una maestra de unos treinta y cinco años y se casaba con un hombre de su misma edad, pero ya calvo. "Ese ramo de rosas rojas que lleva significa que está embarazada", me dijo la abuela.

A las mujeres del pueblo las habían educado para casarse, tener hijos, enviudar y coser vestidos para santos. O envejecer solteras y vestir a los santos. A mi abuela la había criado su abuela, severa y vieja como una estatua. La abuela la hacía dar vueltas en la casa cada noche para comprobar que no hubiese dado el mal paso. Mi abuela nunca lo dio y las flores de su ramo de novia fueron blancas como los campos de nardos florecidos que serían los vestidos de las niñas de la escuela. Esas niñas nunca se casaron.

El segundo hombre se dedicaba a pensar. Viajaba de pueblo en pueblo buscando los libros más antiguos, comprándolos en las iglesias, en viejas bibliotecas, leyéndolos. Llegó a nuestro pueblo porque equivocó

la dirección. Ahora buscaba libros sobre la memoria, me dijo.

Se hizo tarde. Saqué el pan y el queso que había preparado y le entregué la mitad. El segundo hombre mordía el pan y las migas se quedaban prendidas en su boca. El tren hizo una parada en un pueblo para que los viajeros almorzaran y nosotros bajamos a conocer, y al reanudar la marcha nos equivocamos de tren. Llegamos a otro pueblo. En ese pueblo había una tienda de listones y encajes. El segundo hombre me llevó a hacer mis compras. Metía las manos en las bolsas con canutillos y las llevaba a su boca. Los canutillos se pegaban en sus labios.

Algo pasaba con la boca del segundo hombre. Era como las leyes de atracción que la maestra jubilada nos enseñaba a las niñas que querían casarse y a mí. Las niñas murieron con la peste de la virgen dormida. Murieron así: dormidas.

Perdimos el tren.

Yo no tenía más dinero que el de las medicinas de mi abuela, y otro poco, mínimo, por alguna emergencia. El segundo hombre no tenía dinero. Los muchachos que leen siempre tienen los bolsillos vacíos.

Pero el segundo hombre conocía ese pueblo, había encontrado libros ahí antes. Conseguimos un cuarto en la casa del viejo librero. Yo ya estaba enamorada. Debía estarlo. Haría el amor con el segundo hombre.

Había sido tan bien educada en la historia de la cristiandad que con solo ver una pintura podía distinguir la forma de montar de

un cruzado o un sarraceno, de un caballero o de un infiel. El segundo hombre era el diablo. Yo lo sabía por su boca que no se desprendía de mi cuerpo y por su manera de montar sobre mí, como infiel.

Pasamos días encerrados en el cuarto del viejo librero. El viejo se acercaba a la puerta y gritaba al segundo hombre que había encontrado un libro muy antiguo, podría interesarle. El segundo hombre estaba perdido en mi cuerpo, y alcanzaba a gemir que lo vería más tarde, gracias, tal vez mañana. El viejo volvía a su biblioteca, a apartar las telarañas de los libros, a buscar lo más antiguos, oía que pasaban los días y no parábamos de gemir. Por fin una vez el librero se acercó de nuevo a la puerta, cansado, y dijo que al menos debíamos bajar a comer.

De seguro están comiendo la luna de miel, dijo, y escupió.

No bajamos.

Yo estaba también estaba perdida, no había forma de salir del túnel de los ojos del segundo hombre. Pensé incluso en bordar su nombre sobre las almohadas. Nombres completos, iniciales, letras góticas y cursivas. Yo quería poner cortinas blancas con nuestras iniciales en las ventanas de ese cuartucho, verlas desde afuera, meciéndose al viento.

Pero el segundo hombre no creía en el matrimonio, era una convención social, decía, una idea impuesta, como el amor. Y yo tampoco podría casarme. Había visto un hilito de sangre sobre las sábanas de la cama del cuartucho del librero y había comprendido

que tendría que llevar unas rosas rojas en el ramo de novia y evidenciar que la rosa de mi pureza ya se había abierto, y sobre mi abuela caerían las maldiciones de todos los siglos y las ancianas que antes querían peinarme me escupirían doblemente, pues doblemente he amado a hombres equivocados.

Lo mejor será regresar a vestir santos.

Se lo he dicho al segundo hombre y él ha aceptado. Ese libro que el viejo librero encontró no era un libro sobre la memoria, es sobre el olvido. El segundo hombre se ha quedado examinándolo.

Me olvidará.

Cerca de este pueblo hay uno más grande, me dice el viejo librero, y ahí encontraré las medicinas de mi abuela. He recogido mis cosas y abordado un nuevo tren con el dinero que tenía guardado. He encontrado las medicinas y también he comprado una muñeca pequeña para mi abuela. Las ancianas son niñas con cabello blanco y mi abuela no reprochará mi ausencia si le llevo un regalo.

Los trenes corren tan lento cuando uno no ríe ni ve los chopos desnudos desde las ventanas.

Nadie más va a mi pueblo y desde mi lugar veo las hileras interminables de asientos viejos. Vacíos. Llevo dos bolsas llenas de telas y medicinas. Cuando mi abuela vea las telas, llorará de la dicha. Espero que siga viendo, aunque vea que di el mal paso.

Cuando el tren me deja en el pueblo y se aleja del andén me da la impresión de que

no volverá nunca, de que nadie nunca querrá venir aquí, de que el sonido del silbato es una mentira que cuentan las viejas, como la de la niña que se convirtió en sirena por bañarse en viernes santo.

Ahora que vuelvo no hay ni una vieja asomada a las ventanas para recibirme, ninguna de ellas da la voz de mi regreso. Ni un gato.

Quizá hoy sea sábado, ya no llevo cuenta de los días. Quizá sí. Debe ser hoy sábado y este sábado no puede ser otro que el Sábado de Dolores, cuando sale la virgen de La Soledad, la patrona del pueblo.

Las viejas solas y viudas, con los hijos muertos o jamás casadas, acompañan a la virgen, atravesada en el pecho por siete puñales. Es la única vez en la Semana Mayor en que la virgen aparecerá sola en una procesión, errante y sufriente. Es una procesión silenciosa. Las viejas visten de negro y, cuando cae como un pañuelo la mancha oscura de la noche, iluminan el camino con velas de cera de cerdo y miel. Hasta que La Soledad sube la cuesta hacia la iglesia, en las primeras horas del domingo, las viejas cantarán una canción de la que sólo las más solas conocen la letra. Yo antes, antes de los hombres, siempre tuve miedo a la soledad.

De niña veía cómo mi abuela limpiaba cada mañana del sábado de dolores los ojos de La Soledad, las pestañas de fina cola de animal y las lágrimas cuajadas de alguna resina maravillosa. Todas las viejas llevaban flores y lloraban frente a la virgen. Yo sentía ahogos. La iglesia se me hacía muy pequeña y caliente y el pueblo un permanente abismo

de polvo en el camino. Quería salir al camino y ver qué había más allá de los chopos siempre desnudos, con frío.

Siempre pensé que afuera estaban los hombres, en algún lugar debían estar.

No debí salir nunca.

Corro. La noche caerá pronto y con ella dejaré de ver mi abuela. Debo entregarle sus

medicinas, ayudarla a recogerse el pelo, cambiarse ropa, zapatos, llevarla a la cama, abrir un frasco de alcanfor y perfumarle las manos y volver a mi cama llena de muñecas que vestí durante años ensayando que eran hijas.

En el camino hacia mi casa he encontrado la procesión. Lloran lágrimas de una resina

maravillosa la Señora de la Soledad, la errante y dolida, la de los siete puñales en el pecho.

Lleva el mismo vestido del año pasado. Mi abuela no alcanzó a coser el terciopelo para el traje nuevo.

Mi abuela.

Detrás de la virgen, los únicos viejos del pueblo empujan la carreta que arrastran sólo una vez al año. Nunca había muerto una vieja el día de La Soledad.

Corro, los alcanzo.

Las viejas voltean, me miran, me reconocen, se lanzan a mis pies, caen, se arrastran, limpian mis zapatos, se aferran a mis piernas, besan mis manos, me tocan el rostro, me halaran el pelo.

Lloran.

Lloran, gimen, aúllan.

Lloran.

Lavan mi cara con su llanto. Mejor habría sido nunca comprender por qué lloran. No haberlas recibido en mis brazos, no haberlas olido, podridas.

Una vieja me dará una vela y me arrastrará adelante de La Soledad. Yo soy también la virgen y cada uno de los siete puñales se clavará en mi pecho como un hombre equivocado.

Oiré la canción de las viejas. Cantaré. La conozco de siempre.

Regalos

Miroslava Rosales

El primero de ellos fue un elefante rosa. Sí, Ernesto me llamó desde la calle, tocó la puerta. Dejé la comida, limpié mis manos en la toalla y me dirigí a su encuentro, sólo para darme cuenta de que tenía un paquidermo en la entrada de mi casa, que ese paquidermo medía más de cinco metros, al menos eso calculé (evidentemente no tenía una cinta métrica). Pero sí puedo jurar por el Dios que todo lo ve y todo lo escucha que en la entrada de mi pequeña casa, afincada en el populoso Llano de las Palmeras, tenía al más vigoroso y fuerte de todos los cuadrúpedos. Cerré la puerta en su cara apenas salí de la consternación, subí las escaleras, para ver desde el balcón aquel animal de

suave comportamiento, que solo me recordaba a las Guerras Púnicas. Ernesto, después de tanto rogarme, desapareció con el pobre animal sacado de no sé dónde.

Más tarde llevó un hipopótamo dorado, dice que bañado en oro, con un collar de jadeítas. Pensé que en definitiva necesitaba internarse en el psiquiátrico. Le advertí que llamaría a la policía si no se retiraba de inmediato, que no necesitaba tener a un animal de esas dimensiones deteniendo al tráfico ni levantando pánico. Ernesto solo decía que había conseguido estos regalos porque me veneraba. Le proferí insultos: solo así entendería que no necesitaba de sus atenciones, de su bondad, o supuesta bondad, porque eso de llevar un paquidermo para interrumpir mis lecturas, mi vida, no podía recibirse con agrado.

Al día siguiente, escuché mi nombre nuevamente afuera de la casa. "Ernesto", me dije. Sí que era terco este hombre de corta estatura y pantalones desgastados. Esta vez traía un chanchito, no tan revolcado como podría esperarse, más bien un chanchito rosa bullicioso. Llevaba una chonga en la cabeza y un cartelito con la palabra "cuídame". No podía aceptarlo, sería tan insalubre, ¿qué dirían las vecinas de mi nuevo compañero de sala, de paseo?, ¿adónde dormiría?, ¿podría cocinarlo y después servirlo en la mesa sin sentir remordimiento? Además, no me visualizaba dándole de comer, ni cepillando sus ásperas cerdas, ni cuidando de sus pezuñas, ni arrullándolo como a un bebé abandonado. "No, en definitiva", grité desde el balcón. Ernesto lo tomó y me dio la espalda.

En la tarde apareció con una guacamaya, dice que la había robado del zoológico.

¿Cómo podía aceptar esas excentricidades en la caja de fósforo donde vivía? La guacamaya verde admito me encantó, parecía traída del paraíso, pero aún así me endurecí para pedirle que la devolviera. Después vino con un ramo de rosas, lo más común que uno espera en los cortejos. No las acepté, siempre las he preferido tener de lejos: no se sabe cuando una de sus espinas puede terminar en nuestras manos, en nuestros ojos, en nuestro vulnerable corazón. Vinieron las margaritas, y me adentré a la música, a la felicidad, a la danza. Ah, las margaritas podrían ser esparcidas en mi cama, en mi sofá rojo, en mi mesa, entre mis libros, en mi cabellera. Bajé de mi cuarto, no sin antes cerciorarme de mi belleza, retocarme un poco, ordenar mi espacio.

Ernesto ya había partido cuando salí, por fin, a la calle. Le hablé a su celular, a su casa, a su empleo (había sido despedido desde hacía dos semanas y no me había informado), y nadie supo más de él. Las primeras semanas, que son las más fáciles, me volví una lectora sin freno, sin relojes, me hundí en un cráter de signos y silencio. En los libros podría esconder mis lágrimas hasta disecarlas. Recordaba a Ernesto en las noches, a veces con una canción, con un poema. Marcaba de vez en cuando sus números y le enviaba correos electrónicos. No contestaba. Envejecí recordando el primer regalo: el elefante rosado alzando su trompa.

Por muchos años

Armando Molina

Estaba afeitándose tranquilamente, mirando aquel rostro que no le decía nada. Ni un pensamiento. Los trazos de la maquinilla de afeitar dejaban surcos trasquilados de un color rosado. Como la piel de bebé. Remojaba la maquinilla a intervalos entre el vaho de agua caliente, y volvía a repetir la operación sobre su rostro. El agua se volvía turbia; una mezcla esponjosa de pelillos y jabón. Pensó que aquello significaba algo, pero no supo exactamente qué. El ruido del metro machacando los rieles a lo lejos, abortó sus reflexiones. Se miró en el espejo. Allá afuera, la vida. Aquí, ni sus pensamientos. Era todo tan distinto. Y aquel reflejo, allí, sin decir nada. Como una fotografía. Una sola idea atravesada de recuerdos. Sin dolores ni alegrías. Procesos cotidianos. Nada que valiera la pena. Y entonces decidió dejarlo para más tarde. Como siempre. Aquello era el colmo de los vicios.

Se lavó el rostro con agua caliente. Luego con agua fría. Con la palma de la mano limpió el sudor del espejo. Tal vez era el suyo. Volvía a ver su rostro. El de siempre. Se dijo que no tenía mal aspecto, pero no parecía del todo convencido. Se palpó las mejillas. Mientras se frotaba el rostro con los dedos y se alisaba las carnes flácidas bajo el mentón, pensó en cómo se vería muerto. En cómo le arreglarían el rostro. Ese rostro que él había visto demasiado tiempo en ese espejo. En

muchos espejos. Y en muchos ojos.

Se fue a su dormitorio. Con una mirada de desprecio, escudriñó sus accesorios. ¿Valía la pena ponerse todas aquellas cosas? ¿Cargar con aquella maleta llena de papeles inútiles? Pensó que debería tratar de hacerlo.

Como un animal domesticado se puso aquellas prendas. Se sentía disfrazado. Un impostor. Como siempre. Por muchos años. Se miró la punta achatada de los zapatos. Nunca sabría si todo esto valía la pena.

Cerró la puerta y le dio dos vueltas a la llave. Cerrada para el mundo. Miró la calle y quiso aspirar el aire con fuerza. Pero no lo hizo. Todo quedó suspendido en un deseo. Un deseo largo y desesperado. Suspendido. Como siempre.

Por muchos años. Echó a andar sin volver a mirar hacia atrás. Caminaba hacia allá. Adonde apuntaba una necesidad adquirida. Aquel viejo vicio.

... La mañana del martes le acogió en sus entrañas.

El poema

Carlos Santos

I.

Igual es sombra, pero habla
desde los órganos
y desde un aire pensante.
Igual es transitorio

y se conmueve tres veces
sin componer un círculo
-risa del rayo.

Llega el día y se va,
llega el amor y se va,
llega la muerte y se queda.
Pero antes ocurrieron tantas cosas
-dirá entonces-.

Cuesta trabajo creer,
igual que el minuto despuntante,
mirando en derredor,
salido del caudal,
a la orilla.

II.

Con cuánta realidad se va quedando
desnuda,
cobrando peso hasta volverse luego
flotación:
una existencia rodeada de maravillas,
hechizando el momento demasiado breve,
para abandonarte en una salud que se
amarga
tan pronto llega.

En seguida buscas sentido en el suceso
con pobres, ya ordinarios instrumentos;
aún aturdido el espíritu por lo pequeño
y lo grande,
entremezclados antes de estallar
en los fragmentos que el día reúne,
bajo el abrazo de los rostros familiares.

A dónde ir después hecho de fiesta muda,
de márgenes dolientes y pedazos de
sobra,
con tanta falta de raíz

y una encontrada gloria hecha de nada.

La noche, madre y retorno, vivida y por
vivir,
hecha suertes con huesos.

III.

Sin juicio al cabo y apenas
vagas cuentas, quedan atrás,
casi fantasmal recorrido,
jugosos años sobre los que danza
algo heroico y pequeño,
algo grande y vil.

Casi nunca un velo de paz
nunca apetecido en su momento.
Fuegos y aguas y ruinosas
galerías, con ecos de colisiones
entre robustas sustancias,
a fondo en el reino
de los originales.

Historias sin salida
que brillan en una esquina
al cruzar una puerta,
o al avanzar en la calle de alta hora.

No hay caso en buscar el fiel.
Sólo el poema.

IV.

En el centro sopla el viento,
y nada sujeta el haz que se esparce
en obras y en incendios.
El crimen inigualable superado cada vez
inventa su legado,
con dedos reflexivos y quemados.
Está roto.

Es obsecado.
Está al revés.
Mata

con el mismo lápiz de su genio,
extasiado ante el puente y sus astillas.

Llega de lejos la voz
bajo el enigma de las estrellas que
avanzan;
todavía salada la lengua
con la leche de la madre oscura.

V.

Dueña de no saber que es ella,
con la certeza de mirar a un punto
y llegar a él volando,
segura en sus evoluciones
como el mar en sus olas,
la gaviota adormece las alas,
y se posa.

Hoy más abierto al cielo,
más inclinado a la tierra,
de corteza distinta, siendo el mismo,
no es el mismo el árbol renovado,
ya es de primavera.

Y al pasar bajo el árbol y el graznido
-sobre el trío el sol es un rumor-
la adolescente recorre las edades
recogiéndose el pelo
en una cola.

VI.

Entonces le ocurre un silencio imantado.
Atrae las fugas y la nostalgia primera
de dormidos y despiertos.

Es el pedernal de la voluntad de vivir.
En él confluyen las vertientes:
imagen de una conflagración.
El ojo a punto de llenar el cielo.

Y cuando abraza las oscuridades,
los originales lo llenan de reflejos
con su belleza numinosa,
sucumbiendo al impulso de ver la luz
e irradiar en el tiempo.

Llegando de todo sitio,
su naturaleza es la inminencia
de la fruta en la mano vacía.

VII.

Despide los destellos del mercurio
-ojillos improvisados muriendo en el aire-
aquel que no sucumbe entre realidades,
y larga diagonales a la sombra
que es montaña escalada
-el sombrero de su gloria.

Dispone de la brevedad para sus cuentas
entumecidas como sandalias de
marchanta.

Acude al reguero de las frutas pasadas de
largo
por los años en ensayo siempre,
saltando entre acontecimientos
desprendidos de un todo.

Saborea el vacío en presencia de las cosas
adueñadas de ese aire actoral que nos
imita,
o cuando viene en pos del vuelo de los
cuervos
y se deja ver,
como la entraña de un cielo, por

resonancias.

Irreconocible en los puentes se evapora
antes de tocar la otra orilla encantada,
coronado por la mordida de lo oscuro
igual que los guerreros al fondo del mar.

Sin alterar la redoma del aire,
extrae los encantamientos de los
figurantes
que sólo entonan antes del alba;
y sin buscar el fiel sobrepuesto,
lo declara a la vez indeseado en la flor
de su carne habitada.

VIII.

Ha salido para siempre una vez,
y no deja de ser nunca un acontecimiento.

Desde que se volvió tiempo visto
y por dentro algo girando sin duración,
se pone como el lobo, entero en cada
paso.

Parece que va pero no va;
parece que avanza pero nos espera.

Libre en la atadura de múltiples lenguajes
no se agota cuanto más ve,
rodeado de una eternidad imaginada.
Porque no termina de revelar existe
entre el límite-ayer y el horizonte-mañana.

Acontecido de realidades
escoge una piedra para dormir,
ni hijo y ni padre,
en el reino de los originales
(se tornan elusivos si los nombras;
por alusión se acercan a la llama
y dejan su impronta en la cera
reamasada).

IX.

El poema hace real a la ciudad,
la vuelve respirante.

En mi melena la burla de una estrella
tenaz,
me hace transitar sin moverme
por lo que hablando calla en la gente.

Y de pronto un destello los ilumina.

Algo los calienta por dentro
y los desarma faltando.
La parte nuestra que no vive
en estas calles humeantes
se alza como la imagen;
encuentra su tiempo natural
bajo el arco imantado de los siglos,
mientras a lo demás lo intersecta nuestro
tiempo.

El haz nítido en las aguas nocturnas
descubre rostros y cosas.
Cada cosa en su jugo de cultivo.
Cada rostro en su doblez abierto.
Renacen siendo otros esplendentes
a partir de sí mismos
y en virtud de aquello que los revela.
Sólo iluminaciones.

X.

Allí va una carrera.
El polvo que levantan los caballos
es el penacho de la doncella.
Y en los pliegues del vuelo de su falda
el siglo trece de la pista,
por el deseo abatida o por la guerra.

Arteria de polvo que se deja escribir
 a los mandobles de espadas nuevas del
 sol;
 y los rostros de bellas tensos por el deseo,
 enlucen la nube empolvada
 sólo para volver al olvido.
 El poema escala tiempos de la memoria,
 animados por sobreabundancia
 de seres perplejos.
 Pliegues donde duermen
 los monstruos del combate
 y los pañuelos de colores de las damas.
 Los jueces del hipódromo deducen
 escamas de dragón bajo la bóveda activa
 de sus sueños.

XI.

Ve las murallas alardeando contra el cielo,
 encerrando rebaños tributarios, cofres
 secretivos,
 barullo de mercado bajo las banderas,
 arriba en las torres perdonadas
 por la última guerra.
 Y en pasillos facciosos con murmullos
 fatales,
 el armadillo del gesto del político
 despliega el entramado de la miseria
 ajena
 --primero en la primera fila de lo oculto.
 Afuera de la taberna la música
 descanjilada,
 por la que van muchachas ensalivadas al
 pasar,
 tirando jardines cerrados sin margaritas.
 Cerca del portón poniente un viejo
 unidental
 narra a los niños el cuento
 de la ciudad de la muerte,
 brumosa y solitaria en una isla

que ha dejado de ver al mar.
 Afuera del portón el cielo de vastedad
 extranjera,
 pasa de largo por las montañas
 sin ofrecerles coronas,
 con vuelo igual como si regresara de un
 delirio.
 Y el hombre muerde la colilla
 ensimismada,
 avanzando despacio, seguro de no volver.

XII.

Con puertas abiertas igual me quedo o me
 voy,
 habiendo llegado ayer, sin un adiós aún,
 completamente de ninguna parte.
 Abriendo todo al abrir los ojos:
 astilla que el mar arroja
 en la orilla sin par, una vez sola.
 La serpiente enroscada en el colodrillo,
 y la corola de una nostalgia por algo que
 no ves.

Así va el día llegado, siempre de ida.
 Peleado a voluntad para que ocurra
 de algún modo.
 Jugado a las suertes con la atadura natal
 (soberbia y múltiple),
 sujetadora del flanco devorable
 de aquello que no cesa.
 Y la luz que lumina al árbol es el árbol,
 no su imagen entre nosotros.

XIII.

Se dice: nada hay aquí,
 los signos invocan a otros signos;
 el lagarto es la luz de la tarde en la hierba,
 y la luz es el fondo del ojo de la idea:

una sombra de rayo.
 Lejos está el mar y a la mano el vacío.
 El poema quiere llegar a ser todas las
 veces,
 hasta volverse su impulso.
 Va creciendo en la ausencia la mano
 dibujante,
 y su línea es el aire por donde cruza el
 ave.

Pero el ojo es rotundo
 en la sombra.
 Su claridad entera
 es rotunda,
 cuando habiendo llegado
 era abismo;
 hoy cifra oportuna.

Se dice: más cercano está el vacío.
 Pero el poema da cuenta de su instante
 sin enmendar el haz que ilumina,
 como sólo una vez ilumina:
 por acontecimiento.
 Definitivamente
 un arribo que se va.

Flor para Roque

Silvio Rodríguez

No sé si le habrá dolido
 el tiro que lo mató,
 ...pero sé que su asesino
 matándolo se murió.

No sé dónde lo pusieron
 a dormir el desamor.
 Hoy debo mirar al cielo
 si quiero darle una flor.

Aída, Juanjo y Jorgito,
 de cinco quedaron tres.
 ¿Dónde están Roque y Roquito?
 ¿Cuándo comienza después?

Roque Dalton fue mi amigo.
 Él era un poco mayor
 y ahora me resulta un hijo
 necesitado de amor.

No es venganza lo que quiero,
 sino dejar una flor
 donde escondieron los huesos
 de un héroe de El Salvador.

“Sólo el amor alumbra lo que perdura...”

Galería fotográfica

“Imágenes de la guerra”



Las imágenes que siguen fueron tomadas por el fotógrafo mexicano Augusto Vásquez durante el conflicto armado salvadoreño.

Realizadas en principio para servir de propaganda a la guerrilla, permanecen ahora como testimonio de un momento histórico y como obra de un artista que supo retener lo pasajero en toda la fuerza de su expresión y su dramática belleza.

A partir de la foto de los guerrilleros que avanzan sigilosamente sobre las huellas del primero, técnica vietnamita para atravesar un campo minado, hizo el artista nicaragüense Cristian Blandón, una escultura que se encuentra en Jocoaitique, en el departamento de Morazán, de la cual vemos aquí una fotografía.

A pesar de gozar de la condición de monumento nacional, esta obra ha sido objeto de recientes agresiones.



MONUMENTO

A LOS HEROES, HEROINAS
Y MARTIRES POR LA PAZ

HASTA LA VICTORIA SIEMPRE!!!



GOBIERNO MUNICIPAL DE JOCOAITIQUE PERIODO 2009/2012







Libros

Astrid Bahamond Panamá, PROCESOS DEL ARTE EN EL SALVADOR, San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2012, 404 páginas, ISBN: 978-99923-0-228-6, con ilustraciones.

Es cosa sabida que la filosofía occidental entronizó a lo racional por encima de lo sensible. Desde los griegos, la sensibilidad (percepción, intuición, sentidos) fue interpretada como una fuente de engaños, es decir, no nos daba cuenta de la verdadera realidad; o, en el mejor de los casos, servía como una mediocre antesala a lo que la razón humana descubriría a partir de sus raciocinios. Para Hegel, por ejemplo, la sensibilidad del artista era una fase más por la que el espíritu de Occidente avanzaría en su encuentro consigo mismo, pero no era una fase fundamental. Afortunadamente, a la par de estas interpretaciones filosóficas hubo propuestas que valoraron la sensibilidad, incluso sobreponiéndola al raciocinio. Actualmente pocos discuten que la sensibilidad es una importante dimensión primaria de lo humano, sin la cual es imposible entender su praxis cotidiana y aquella dirigida a los procesos de transformación socio-política.

Como se podrá intuir a partir de su título, el libro *Procesos del Arte en El Salvador*, de la historiadora del arte, Astrid Bahamond Panamá, revela justamente la praxis del artista. Y, en efecto, así es. La praxis artística, en cuanto es una actividad que involucra de manera interrelacionada las dimensiones de lo sensible y lo racional, se convierte en el objeto de este nuevo libro. Aparen-

temente se halla ubicado erróneamente en la línea conmemorativa de las publicaciones bicentenarias de la Secretaría de Cultura. Sin embargo, ese “encajamiento” con la línea de publicaciones bicentenarias no es azaroso, fortuito o simple capricho. En realidad, la obra de Astrid nos revela prácticamente doscientos años de historia del país pero a partir, en mayor medida, de la plástica y, en menor medida, de la escultura y otras artes (caricatura, arquitectura, diseño, etc.). La autora nos recuerda que la historia del país no se reduce a procesos políticos, sociales o económicos. Más bien, como apropiación permanente de posibilidades, según nos lo recuerda el filósofo vasco Xavier Zubiri, consiste asimismo en el enfrentamiento de los humanos con sus realidades desde el ámbito de la sensibilidad, de lo estético.

Si bien *Procesos del Arte en El Salvador* no es una obra de filosofía primera, Astrid nos sumerge en el ámbito de la reflexión y el análisis del arte salvadoreño. Pero asimismo nos lleva en un recorrido de doscientos años por el que salvadoreños, salvadoreñas y extranjeros radicados en el país, buscaron interpretar sus realidades desde el arte; emprendieron la tarea de enfrentarse a esas realidades, eligiendo posibilidades, desechando otras e intentando comprenderse a sí mismos y a su mundo vital circundante.

Si no fuera así, ¿cómo entender entonces a un pintor como Wenceslao Cisneros, quien a pesar de su inclinación al neoclasicismo, incursionó en la caricatura política durante las tempestades revolucionarias de la Cuba

decimonónica? ¿Cómo ubicar aisladamente la construcción de un Teatro como el de Santa Ana del sentimiento esperanzador que generaba el café para muchos sectores, entendido como motor de la economía nacional? ¿Cómo interpretar fuera del contexto político la pintura y la escultura a favor de las revoluciones del siglo XX y de los imaginarios del desarrollo nacional, tal como sucedió en las décadas de 1950 y 1960? Ciertamente, muchas de las obras analizadas por Astrid recrean la postura existencial de los artistas, sus sufrimientos y contradicciones internas. Sin embargo, y en concordancia con el título de su libro, en la imaginación y creación de la obra artística, asumida como un proceso permanente, interviene lo social y lo personal, lo político y lo apolítico, lo moral e inmoral, etc. Dicho de otra forma, la obra de arte en el país, según la autora, nos hace ver las diversas dimensiones de lo humano.

Otro aspecto que llama la atención de la obra de Astrid es que discute, a veces de manera subrepticia, a veces de manera manifiesta, las identidades en el país durante doscientos años. Aunque para algunos hablar de identidades es ubicarse en un terreno escabroso, el libro *Procesos de arte en El Salvador* nos revela desde la historia del arte, lo que muchos antropólogos ya nos habían dicho: somos una unidad en la diversidad, un país con múltiples identidades y culturas. El mérito de Astrid y de su libro es que nos lo dice ahora desde el arte mismo y no desde la ciencia antropológica. Contrario a los siguen creyendo en entidades puras o metafísicas de nuestra identidad salvadoreña, Astrid nos permite

observar, bajo la mediación de las obras de arte, las influencias foráneas de revoluciones como la mexicana en los trabajos de José Mejía Vides, Camilo Minero o Julio Hernández Alemán. Nos advierte también de aquellas obras que pretendieron afirmar lo nacional, de aquellas que intentaron ser la iconografía de lo salvadoreño y de sus raíces. Por tanto, el libro de Astrid viene a constatar desde otro ángulo afirmaciones como las ofrecidas por los científicos sociales del PNUD, quienes en el año de 2005 sostuvieron que somos un país transnacional, un país que por las migraciones no puede estudiarse únicamente dentro de sus 20 mil kilómetros cuadrados. Desde el arte, entonces, no podemos analizar a lo salvadoreño sin la influencia permanente del neoclasicismo, el romanticismo, las vanguardias, el cubismo, el muralismo mexicano, entre otras tendencias.

Para finalizar, a partir de la disciplina de la Historia del Arte, la autora ha empleado las metodologías propias de la misma en este libro, como los son: la filología documental, la biografía, la historia del país, la metodología comparativa, la estilística de la historia del arte universal y sus influencia en nuestra historia; la iconográfica que describe la historia de las imágenes; la iconología que describe el significado profundo de las mismas; la metodología culturalista, que describe los momentos contextuales más determinantes de cada siglo: en términos políticos, sociales, económicos, etc.. Asimismo, las cosmovisiones de cada artista y lo puramente estético, como las leyes intrínsecas que posee el lenguaje visual. Recomiendo el libro de Astrid Bahamond

como un material de mucho valor en estos tiempos de irracionalidad e insensibilidad hacia los otros y hacia “lo otro”.

Sajid Alfredo Herrera Mena
Dirección Nacional de Investigación en
Cultura y Artes
Secretaría de Cultura de la Presidencia.

Vladimir Amaya, AGUA INHÓSPITA, Colección Revuelta, 2010.

LA SED DE VLADIMIR AMAYA

AGUA INHÓSPITA es el poemario de Vladimir Amaya en Revuelta, colección que publicará a un escritor consagrado y uno emergente entre 2010 y 2011 y ha sido curada por Miguel Huezco Mixco y publicada por el Centro Cultural de España.

Agua inhóspita es un libro pequeño, que cabe en una mano. Dan ganas de besarlos, de meterlos en el pecho, cabe en la bolsa de una camisa. Es un libro discreto, como Vladimir Amaya, a quien no le gustan los escándalos, no es de tertulias ni bohémias ni esas cosas que suponen, para algunos, el compromiso literario.

El compromiso de Vladimir está encerrado, en él. Prolífico, este año publicó tres libros: *Los ángeles anémicos*, *Falso acorde del silencio*, en mancuerna con sus compañeros del taller El perro muerto, y *Agua inhóspita*, el primer libro de poesía que publicará la colección Revuelta.

Este libro de Vladimir es lo más selecto y representativo de su registro: el deslumbramiento triste, la resignación convulsa. Vladimir tiene un optimismo de sonrisa gacha, un pesimismo esperanzador, de ojos cerrados. Bien sabe que puede perseguir mariposas aún cuando adivina que

son briznas de aire, alguna luz que vio hace poco, un destello: «Corramos tras las mariposas, amor mío./ Aunque todo el mundo nos diga/ que se extinguieron hace cinco minutos», escribe.

Encuentro en este libro el camino que hace Vladimir a diario, de su casa al mundo, del mundo a su casa, de él hacia adentro.

Lo veo sentado en su cama escuchando ruidos de payasos muertos que caen como lluvia (como escribía en *Los ángeles anémicos*), lo veo sentado a su mesa, partiendo con las manos el pan que dejó un panadero asesinado: «Y a la mesa sucia del mundo serán los culpables/ probando el pan de la mañana siguiente,/ horneado, suave, con aroma a ese hombre/ que no reconocerán entre sus dedos», lo veo caminando por el centro histórico, entre vendedores ambulantes, casas de maderas podridas y niñas prostitutas. El mundo de Vladimir parece tan íntimo pero desata los grandes dolores de afuera, los del mundo: el amor, la muerte, la locura, la violencia, el olvido.

Entre mis poemas favoritos están: «Dos fotos con lluvia», «Virgen de la rabia (Invocación)» y «Te quiero bruja».

Agua inhóspita es un libro que da sed. Tan pequeño, se bebe de intensamente, sin pausa. Da la esperanzadora sensación de que a Vladimir le falta mucha agua por beber, de tantas fuentes.

Vladimir Amaya publicó este año *Una madrugada del siglo XXI*, una antología de poetas de su generación, nacidos de 1980 a 1989.

Sitio de colección REVUELTA: <https://sites.google.com/site/coleccionrevuelta/>

Elena Salamanca

Ana María Rodas, LA INSURRECCIÓN DE MARIANA, Guatemala, Ediciones El Cadejo, 2011, ISBN978-99922-868-5-2, 83

páginas. Portada: xilografía de Moisés Barrios.

LA INSURRECCIÓN DE MARIANA, poemario de Ana María Rodas, vuelve a salir en una preciosa reedición en la vecina Guatemala. La primera edición data de hace ocho años, de 1993.

Ana María Rodas, guatemalteca, periodista y poeta, Premio Nacional de Literatura Miguel Ángel Asturias, es una de las más importantes personalidades de las letras centroamericanas.

Este libro habla de la guerra y la muerte. Las experiencias de allá son tan similares a las que vivimos los salvadoreños no hace mucho, que, al leerlo, sentimos como si fueran las palabras de una compatriota nuestra. Salvo que ninguna mujer escribe en El Salvador, hasta dónde se nos alcanza, en un tono tan cruelmente despojado. Mejor dicho ningún escritor o escritora entre nosotros, con esa sensibilidad de despellejado viviente, nos deja ver con tal limpieza su amargor.

En su prólogo explica cómo, durante la guerra intestina, se apartó con prudencia de la profesión de periodista que pasó a ser de alta peligrosidad. "Pero no sólo fueron colegas los que perdí en esos años en que la sangre parecía ahogarnos para siempre. Amigos queridos de toda la vida fueron acribillados, desaparecidos, asesinados. Mi poesía comenzó a externar ese mundo silencioso, solitario y empavorecido que me habitó por tanto tiempo. Y quiso contar el mundo en que vivía, pero mucho de lo que escribí entonces es un lugar común. O así me lo parece tal vez porque la muerte en Guatemala, en décadas pasadas, ha sido un lugar común".

*Extraigo vida de la muerte
larva
nacida de la propia podredumbre*

Dice en una de sus Elegías. La vida es pues una no-vida, un acto casi culpable. Es culpable no encontrarse entre los injustamente asesinados. Más adelante, al hablar de los muertos en el mismo poema, otros hirientes versos nos aguardan:

*De sus huesos profundos me salió la sonrisa
de sus despojos cuerpo
de sus calladas manos esta maldita soledad*

El despojamiento al que nos referíamos se refleja, como vemos, en una reducción del lenguaje a lo esencial, saltándose incluso las normas gramaticales. Así, en la enumeración anterior, espacios suplementarios hacen oficio de coma o de dos puntos. En otras partes, cuando interroga, se salta siempre el signo de interrogación inicial, obligatorio en español aunque frecuentemente innecesario. No hay comas ni puntos, las mayúsculas presuponen con frecuencia el punto anterior que no vemos. Las formas tradicionales le incomodan. Para ella los sonetos son "palabras precocidas". Algunas veces (pocas) sin embargo, evoca las grandes tradiciones de la literatura:

*Soy la superviviente La que cerró los ojos
y se llenó las orejas con cera
La que pasó junto a las rocas sin escuchar
las voces
Ciega por propia voluntad para evitar la
visión de los buitres
limpiándose los picos en los
huesos*

El hecho es que haber cerrado los ojos en aquellos aciagos momentos le permite seguir en vida, le permite hablar de tanta crueldad que imaginamos inútil, aunque quizás no lo sea del todo, pues dio la ocasión a unos cuántos de llenarse los bolsillos y a periodistas menos escrupulosos sobrevivir como rastacueros del poder. Así, ironiza Ana María sobre el periodista que "esconde su conciencia en la segunda gaveta

de la izquierda”, o sea, renuncia a sus ideales y convicciones, para redactar en seguida una insulsa crónica en honor al general. Porque hay aquí mucha amarga ironía. Así la sección Los Inocentes se refiere en realidad a los verdugos. La experiencia amorosa, por su parte, tampoco parece ser reconfortante:

*Forado de tu piel hermosa
permaneces atado
a imágenes antiguas muertas
Cuando duermo una momia de piel sedosa
vela a mi lado*

Estos últimos versos provienen de la parte más extensa del breve poemario, la que da su título al libro, y al leerla no podemos menos que recordar los POEMAS DE LA IZQUIERDA ERÓTICA, aquel libro emblemático del feminismo centroamericano con que Ana María saltó a la palestra hace unas décadas, destruyendo tabúes. Pero este libro concluye con la esperanza que un nuevo nacimiento ejemplifica:

*Descuartizada mía
(reposición de trompas de bebés probeta)
lunas llenas que se vaciaban llorando
en tus ojos
para qué todo eso
si a media Calle Ancha
de
los
Herreros
te esperaba Gabriela*

Libro hermoso y terrible que se niega a toda complacencia, LA INSURRECCIÓN DE MARIANA se presenta como una llaga abierta y como un exorcismo, pues expresar las cosas nos redime en cierta forma de haberlas vivido.

Juan Rodríguez
Profesor salvadoreño

Doris Lessing, LAS ABUELAS, Ediciones B, Barcelona España 978-849872-119-5.

El libro se compone de cuatro relatos, Las Abuelas, Victoria y los Staveney, El motivo y Un hijo del amor. 388 páginas

Doris Lessing autora de origen británico, nacida en Irán en 1919, año de finalización de la Primera Guerra Mundial. En 1925 la familia se traslada a Rodesia, hoy Zimbabue, con la esperanza de lograr la bonanza económica cultivando tabaco y cereales. Zimbabue una colonia inglesa, en dónde, está de más decir, había una marcada diversidad cultural. Es el lugar donde la autora conoce las distinciones raciales tan determinantes y palpables en pleno siglo XX, situación que será tratada a lo largo de su obra literaria. La experiencia africana y la situación política vivida en la época serán factores determinantes en el pensamiento de la autora, quien forja a muy temprana edad sus ideales y objetivos. A lo largo de toda su obra podemos encontrar la exaltación de la figura femenina, la libertad política, la igualdad entre los seres humanos. Su estilo es claro, sencillo lleno de fluidez. Acreedora al Premio Nobel de Literatura de 2007 por su “capacidad para transmitir la épica de la experiencia femenina y narrar la división de la civilización con escepticismo, pasión y fuerza visionaria”

LAS ABUELAS, publicado en dos mil tres, contiene cuatro cuentos de fácil lectura, que mantienen al lector muy entusiasta de principio a fin, pero en estos breves relatos podemos encontrar en cada uno de ellos un elemento a destacar, el paso del tiempo, las diferencias raciales, el desarrollo de un pueblo, el autoritarismo y las ideas políticas, pero en ninguno de ellos puede prescindirse del amor, el amor en todas sus expresiones internas y externas, amor a la patria y amor a uno mismo. El primer relato del que el libro lleva el mismo nombre, es la historia de dos mejores amigas Lil y

Roz, quienes crecen y pasan todo su tiempo juntas, ambas conciben y dan a luz a Ian y Tom, pero la historia se vuelve fascinante cuando algo inesperado sucede... es un tema de difícil aceptación que se vuelve por momentos enternecedor gracias a la maestría y soltura con que Lessing transmite y relata cada una de las emociones de sus personajes. El paso del tiempo y el valor de la verdad son elementos que encontramos en "Las Abuelas".

El segundo relato; "Victoria y los Stabeneys", trata indiscutiblemente sobre la discriminación racial, y a la vez la falta de educación y formación en los diversos estratos sociales, elementos que influyen o delimitan a estas personas, demostrando como se encuentran atrapadas en un mismo círculo esperando solamente que este siga a lo largo del tiempo repitiéndose. Victoria, una joven de color, tiene una hija de un hombre blanco a quien nunca le dijo que estaba embarazada. Un día reflexiona y decide hacer saber al padre lo ocurrido tiempo atrás cuando todavía eran unos adolescentes. Buscando lo que muchas individuos de su etnia no logran y es el reconocimiento y aceptación de los hijos nacidos fuera del matrimonio, exaltando de esta manera la valentía de esta mujer que reivindica los derechos de su hija. Victoria es dentro de todo el relato una joven ejemplar, dotada de belleza e inteligencia, a la que el medio social en que se desarrolla no le permite florecer como los que la rodeaban lo hubieran esperado.

"El motivo", narrado por Once, uno de los elegidos, es la historia de una antigua civilización que florece bajo el mando de Destra. Esta mujer arrebató el poder al dictador, su marido, envenenándolo, tomando ella el rumbo de su nación, haciéndola progresar a través de la enseñanza y la educación de su pueblo. Y confiando el futuro a un selecto grupo de jóvenes ilustrados, de quienes elegirán al futuro líder del pueblo.

Devara el elegido, hijo de Destra, desarrolla su papel como líder dejando atrás todos los valores enseñados y exaltados por su madre, perdiendo poco a poco la identidad y legado de un pueblo.

El relato narra con cabalidad la situación por la que muchas civilizaciones han pasado y es la pérdida a través del tiempo de sus valores e identidad.

El último de los relatos "Un hijo del amor", una historia muy dulce, es un entramado de diversos temas, el amor, la independencia de los países colonizados, la influencia comunista en estos grupos que ansiaban en su momento la libertad de su país.

Transcurrido en Sudáfrica y la India, narra la historia de un joven soldado, quien gracias a Donald, conoce las ideas comunistas y la literatura. Es enviado a la India en tiempos de la Segunda Guerra Mundial por la amenaza de invasión a este país por parte del Japón. Pero es en su estadía en Ciudad del Cabo que el protagonista se enamora de Daphne, la esposa de un soldado encargada de recibir a los soldados británicos que van de paso. Los años transcurren y James recibe una inquietante noticia, la cual nunca borrará de su mente. Esto lo hace llegar a preguntarse cuál es el verdadero amor; ¿será que solamente se trata de bondad o lealtad? ¿cómo lo reconoceremos? O si este anhelo de conocerlo quedará siempre en nuestro ser y nunca podrá ser conocido.

De los cuatro relatos es en este último donde más reflejos encontramos de la vida de Lessing. Sus ideas políticas, plasmadas a lo largo de todos sus escritos, fueron la causa que le impidió regresar por muchos años al lugar donde creció, Zimbabue, tierra de sus recuerdos.

Julia Santos de la Cruz
Abogada salvadoreña

Autores

Ricardo Roque Baldovinos

(San Salvador, 1961). Licenciado en Letras por la UCA, doctor en Letras Hispánicas por la Universidad de Minnesota. Es autor del libro ARTE Y PARTE, ensayos sobre literatura. Dirigió la revista CULTURA. Actualmente es profesor del Departamento de Comunicaciones y Cultura de la UCA. Como editor y antólogo ha dado a prensas importantes publicaciones como NARRATIVA COMPLETA de Salarrué (Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 1999) y ENCICLOPEDIA DE EL SALVADOR (Coordinador Editorial, Barcelona, Grupo Editorial Océano, 2000).

Román Mayorga Rivas (1864-1925)

Nacido en León (Nicaragua) pero radicado en El Salvador desde temprana edad. En la década de 1880 fue muy activo en el mundo literario nacional, publicó la primera antología de poesía nacional, LA GUIRNALDA SALVADOREÑA (1881-1886). Fue director del importante periódico el Diario del Salvador y de su suplemento literario, El repertorio del Diario del Salvador. Publicó VIEJO Y NUEVO (1915), con poemas propios y traducciones. La mayor parte de su obra lírica y narrativa se encuentra dispersa en los periódicos y revistas de la época.

Vicente Acosta (1867-1908)

Fue periodista y desempeño más de algún cargo oficial. Entre 1903 y 1907 dirigió La Quincena, revista ilustrada que publicó entre sus páginas importantes contribuciones científicas y literarias de autores centroamericanos. Reconocido como una de las voces líricas más importantes de su tiempo, llegó a publicar en vida dos libros: LA LIRA JOVEN (1890) y POESÍAS (1899). Póstuma-

mente se publicó un volumen de POESÍA SELECTAS (1924), pero la mayor parte de su obra, tanto en verso como en prosa, se encuentra aún dispersa en diversas publicaciones periódicas de El Salvador y Centroamérica.

Arturo Ambroggi (1875-1936)

Su vida literaria se inicia a temprana edad con su participación en periódicos y revistas y la publicación de su primer libro BIBELOTS (1893), que le dio visibilidad en la escena literaria de lengua española. Conocido por sus narraciones costumbristas, reunidas en parte en EL LIBRO DEL TRÓPICO (1907; 1918) o EL JETÓN (1936), Ambroggi se declaraba ante todo versado en un género literario menor: la crónica, que cultivó con verdadera maestría a lo largo de toda su vida. Usó como pseudónimo Conde Paúl.

Joaquín Méndez

Nació en San Salvador en 1868 y falleció en 1942. Poeta, prosista, diplomático, periodista, fue uno de los compañeros de primera hora de Gavidia y Darío. Es autor de una ODA A MORAZÁN y de un romance, LOS VIENTOS DE OCTUBRE.

Rubén Darío (1867-1916)

Nacido en Nicaragua es considerado el máximo exponente del modernismo hispanoamericano. En su juventud tiene dos estancias prolongadas en El Salvador, entre 1882 y 1883, así como entre 1889 y 1900. Durante la primera entabla amistad con Francisco Gavidia y explora junto a él, como Darío dirá en su AUTOBIOGRAFÍA, "la floresta de las letras francesas". En la segunda, dirige por encargo del presidente

Francisco Menéndez LA UNIÓN, periódico de frecuencia diaria con el que promueve una visión del periodismo más afín a la sensibilidad modernista.

Chic
Pseudónimo de autor desconocido.

Rubén Rivera

Político sonsonateco, colaborador asiduo al periódico La unión.

Miguel Plácido Peña (1862-1896)

Originario de Chalatenango, se destacó en los círculos literarios afines al modernismo de finales de siglo. Publicó el poemario INSPIRACIONES (1884). Era contribuidor asiduo de numerosas revistas y periódicos de la época. Desempeñó algunos cargos públicos durante el régimen de los Ezeta, lo que le valió el ostracismo al final de su vida.

Rafaela Contreras Cañas (1869-1893)

Nació en San José. Con el pseudónimo de Stella publica narraciones en el periódico La unión, por entonces dirigido por Rubén Darío, con quien contrae matrimonio. Le acompaña a Guatemala cuando este se ve obligado a dejar el país en 1890, donde sigue publicando. Muere en San Salvador de una enfermedad.

Aníbal Cerón

Actor salvadoreño nacido en San Salvador en 1989 que incursiona por primera vez en la literatura.

Ronald Rivas

Nació en El Rosario, Comasagua departamento de La Libertad el 10 de abril de

1986. Poeta, ensayista y escritor ha publicado en revistas internacionales como Esquina Sur de Australia, Zunia de Brasil, en la página web artepoetica.net y otras. Actualmente trabaja en su libro MEMORIAS DEL EDÉN.

Elena Salamanca

(El Salvador, 1982) Poeta y prosista, Elena Salamanca ha publicado ÚLTIMO VIERNES, con la Dirección de Publicaciones e Impresos de El Salvador, (2008); DAGUERROTIPO, selección del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México (2009), y PECES EN LA BOCA, con Editorial Universitaria de El Salvador (2011).

Roger Guzmán

Nació en 1981. Ha publicado UN SITIO SIN LUGAR en editorial EquiZero y se cuenta entre los autores antologados en MEMORIAS DE LA CASA, volumen que recoge obra de quienes trabajaron con Rafael Menjívar Ochoa en La Casa del Escritor. (Compilador Mario Zetino; Índole editores y Fundación Claribel Alegría con la colaboración del Centro Cultural de España, 2011).

Miroslava Rosales

Nació en San Salvador en 1985. Es licenciada en Periodismo y miembro de la Dirección de Investigaciones de la Secretaría de Cultura. Es miembro del taller literario EL PERRO MUERTO. Su obra ha ido apareciendo en numerosas publicaciones, tanto nacionales como extranjeras, y es una de las voces más prometedoras de la joven poesía salvadoreña.

Armando Molina

Narrador y dramaturgo nacido en San Salvador en 1957. Vive entre San Francisco, California, y su ciudad natal. Ha publicado en español en San Francisco dos novelas, EL AMANECER DE LOS TONTOS y BAJO EL CIELO DEL ITSMO y el volumen de cuentos ALMUERZO ENTRE DIOSES en la prensas de Editorial SOLARIS.

Carlos Santos

Poeta, narrador y dramaturgo nacido en San Salvador en 1957. Ha publicado hasta la fecha un solo libro, el poemario LA CASA EN MARCHA (Dirección de Publicaciones e Impresos de CONCULTURA, 1999). Reside en Canadá.

Ilustradores

Los grabados provienen del libro AMERICA de Johann Theodorus de Bry o Theodoricus, Theodorus o Thierry de Bry, (Lieja ca. 1528 – Fráncfort 1598). Fue un orfebre, grabador, autor, coautor y editor. En nuestra portada aparece Colón con sirenas y un tritón (el Almirante creyó ver sirenas en la isla de Cuba).

Los festivos dibujos (realizados especialmente para ARS) son obra de la artista salvadoreña Licry Bicard (Lilian Cristina Andreu de Bicard) quien nació en San Salvador en 1944 y representa a nuestro país en diversos museos del mundo.

Los datos del fotógrafo Augusto Vázquez se encuentran junto a su GALERÍA FOTOGRÁFICA.



SECRETARÍA DE CULTURA DE LA PRESIDENCIA
DIRECCIÓN NACIONAL DE INVESTIGACIONES EN CULTURA Y ARTE